Fray Mocho

REVISTA SEMANAL





"CREPÚSCULO"

Por P. Balluriau

N.° 847

AVENTURAS DE PIPIRI



























FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Dirección y Administración: Cerrito 607

Año XVII — Buenos Aires, julio 17 de 1928 — N.º 847

FRENÓLOGO HUMANITARIO, por Rojas

Afectado ante el dislate,
busca, compasivo, el medio,
de curar al pobre orate;
y elige sitio en el mate
donde aplicar el remedio.

Los tres capitanes

Por K. W. Detzer

Los hermanos Mc. Carty habían reñido por rivalidades amorosas. Los dos estaban enamorados de una garrida moza: Elena, que admitía los galanteos de ambos sin hacer caso en el fondo a ninguno de los dos, lo que cada vez encendía más sus rencores.

Pepe era el mayor de los dos hermanos, gigantesco mocetón de largos brazos y palabra cortés. A los veintitrés años trabajaba con ardor ya en las goletas madereras de los Grandes Lagos, ya en vapores de Chicago a los puertos del norte.

Las grandes travesías le hicieron conocer las azules y gélidas aguas del lago Superior, y cuando regresaba a casa volvía con los labios agrietados, fruncido el ceño, como si el frío de la región, el puente de la embarcación hecho un carámbano, hubiese penetrado por sus pies helándole el corazón.

En cuanto desembarcaba, lo primero que hacía al pisar el muelle era buscar con la vista a su hermano Miguel.

—¿Cómo está Elena? — preguntaba.

—Tan guapa como siempre o más — respondía el otro de mala gana.

—Pues voy a verla.

Miguel era manguero en el equipo 13 de la brigada de bomberos, cuyo retén estaba en la estación del ferrocarril aéreo de la calle Dearborn.

Era época de constantes guardias de veinticuatro horas y frecuentes ejercicios, de manera que sólo cada diez días podía ir un rato a ver a Elena. Con frecuencia se encontraban allí los dos hermanos.

Durante algún tiempo los rivales se llevaron bastante bien.

Un anochecer, el marino Pepe se presentó en el retén de bomberos del equipo 13. Acababa de regresar de un viaje de tres semanas por los puertos del Canadá, y al desembarcar se había dirigido directamente a casa de Elena y no la encontró; pero los vecinos le dieron ciertas noticias que le pusieron frenético.

—El causante de esto es mi hermano — pensó, y se fué en su busca.

—¡Miguel! — gritó. — Esto hay que acabarlo a puñetazos. Mas que puñetazos; estoy dispuesto a matar al que me hable mal de ella. ¿A dónde ha ido? — preguntó furioso Pepe. — ¿A dónde te la has llevado?

—¡Yo! — replicó Miguel, asombrado, sin comprender las palabras de su hermano. — ¿Yo? ¡Yo que sé! Esta es la primera noticia que tengo de su desaparición. ¡Ojalá lo supiera!

—¿Esas son las noticias que me traes? Mira, déjame en paz; no quiero nada contigo. Hemos terminado.

Fueron las últimas palabras que se cruzaron. Durante muchos años no se hablaron; pero antes de separarse se fueron a las manos, luchando como fieras hasta que los bomberos les separaron e hicieron que cada cual se fuese por su camino.

Cuando se encontraban por la calle volvían la cabeza al lado opuesto para no verse.

Pepe echaba la culpa a Miguel y Miguel a Pepe y ambos a Harrison, el florista.

Elena, después de coquetear con los hermanos, se enamoró del joven cultivador de claveles, huyó con él y a poco se casaron.

Cuando el floricultor murió a los diez y ocho meses de casado, dejando a Elena un hijo, los dos hermanos sintieron una vergonzosa alegría en el fondo de sus corazones. Los dos sintieron vehementes deseos de ofrecer su ayuda a la viuda; pero ninguno lo hizo.

Sólo dos veces, en doce años, volvió Pepe a ver a Elena. La última vez se quedó asombrado; no se explicaba cómo aquella mujer tan bella había perdido su hermosura.

Miguel la veía con más frecuencia. Desde la ventana de su compañía en el cuartel de la calle de Dearborn, la veía pasar algunas tardes llevando a su hijito de la mano. Miguel miraba al niño y sentía cierto malestar al encontrarlo tan parecido a su madre, y, sobre todo, a su padre: al joven Harrison. Era el hijo de su padre.

Al cumplir el niño doce años, el niño un verdadero pillete de playa, murió Elena.

Otra vez los hermanos Mc. Carty pensaron proteger al chico, pero tampoco lo hicieron. Siguieron en su mutuo encono y no ocupándose sino de su trabajo.

Pepe siguió navegando. Miguel dormía en la compañía, siempre alerta, inquieto, aguardando intranquilo el repique de campañas y el timbre de alarma.

Los buques de vela fueron desapareciendo en los lagos; los vapores sustituían a los veleros. En los cuarteles de bomberos el olor a gasolina y grasa apaga el del cuerpo y el del caballo.

El marinero José ascendió a timonel en un buque de pasajeros que hacía la travesía Chicago-Ludvinton, y tres años después, recibió su despacho de segundo oficial. Era un marino sensato, trabajador, leal y digno de toda confianza. Cuando el vapor se hizo viejo para pasajeros, se le dedicó a la carga y así navegó hasta que un día se fué a pique. La tripulación pudo salvarse en las lanchas.

Miguel se enteró del naufragio; pero no dijo una palabra de ello a su hermano.

En la primavera siguiente, Pepe fué nombrado oficial a bordo del buque-tanque "Salem" del trust petrolero de los Lagos.

Era un buque feo, de alta popa, de cien metros de eslora, diez de manga y seis de puntal. Su casco estaba dividido en siete tanques estancos.

José Mc. Carty sirvió ocho años a su bordo como primer oficial, y al morir su capitán, una noche a bordo en el Hurón, Pepe se hizo cargo del "Salem", quedando de capitán del mismo.

Esto ocurrió ahora hace tres años, cuando Pepe había cumplido los cincuenta y nueve. Había hecho la carrera por puños.

Miguel había también ascendido, pasando de equipo a equipo. Era jefe de mangueros del equipo 32 cuando el terrible incendio del teatro Fraquois.

En el gran fuego del arsenal, en el que murió el director y veinte bomberos quedaron sepultados bajo una pared que se vino abajo, era Miguel teniente y se distinguió por su ardor y celo haciendo prodigios por salvar a sus compañeros, hasta que cayó extenuado, lleno de quemaduras y sangrando por todo el cuerpo.

Poco después, fué nombrado capitán del equipo 27, en la calle North Wells. También iba siendo viejo y echaba de menos el cariño de su hermano, al que atribuía la culpa de lo que ocurría entre los dos.

De vez en cuando veía a Pepe en la calle. Al hijo de la muchacha que había amado le veía más a menudo.

El joven Harrison fué grumete en el buque fluvial "Cruso", donde, a los veinticinco años, era un marinero consumado.

En la terrible catástrofe conocida con el nombre del "incendio de Burlington", el capitán Miguel Mc. Carty se distinguió al frente de su compañía de bomberos. Durante diez y seis horas seguidas no descansó, y, agotadas sus fuerzas, cayó desplomado.

Al ser llevado al hospital, después de la primera cura, el médico le dijo:

—Ahora, mucho descanso y mucho aire.

Miguel permaneció varias semanas en el hospital y al salir de él le entregaron el mando del buque contra incendios, que tenía su estación en el río de Chicago a la desembocadura de la calle Lasalle.

También esto ocurrió hace tres años, cuando el capitán de bomberos contaba cincuenta y seis años.

No hace falta ser marino para ser capitán de un buque bombero. Este lleva un piloto que lo dirige hasta que llega al lugar donde se encuentra la embarcación incendiada, hasta un punto del río, del lago, etc., y el capitán dirige la maniobra dando las órdenes que el piloto cumple.

El vapor de incendios número 37 era un barco ancho, de poca altura, nuevo, muy limpio y bien cuidado. Su puente era alto, con dos torres de acero, y en cada una de ellas un cañón lanza chorros de agua de gran potencia. Estos cañones lanzaban un chorro que en la boca medía nueve centímetros y era tal su fuerza que a 25 metros abría en dos segundos una brecha en una pared de ladrillo.

Una línea de hidrantes aparecía en cada banda; dos de ellas de 15 centímetros, de fuerza gigantesca.

Miguel Mc. Carty estaba orgulloso con su barco.

—No es muy veloz — decía, al ver pasar rápidos los vapores de pasajeros. — No; muy veloz no es, pero seguro; y el servicio que rinde, las vidas y el dinero que salva...

Su tripulación se componía de nueve hombres, curtidos bomberos marineros, que se habían jugado la vida muchas veces en lucha con los elementos. El contramaestre y jefe de mangueros era un tal Donley, que llevaba en su cuerpo quemaduras de doce incendios; luego venían Swensen y Burmeister, hombres sencillos ya de edad, veteranos que entendían bien su oficio; Cork, siempre el primero en el peligro; Cohen, Maloney y Smit, con siete años de servicios, y dos novatos: Whipple y O'Day.

"LA ROSA DE LA RESIGNACION"

Cuando el fuego del mundo agostó mi solar,
ardiendo como paja seca en mi corazón,
a la sombra de un blanco mármol crepuscular,
hallé la rosa gris de la resignación.

Color de humo y de ausencia, frágil como el cristal,
fué la flor para el alma la sorpresa más bella,
como si en la hojarasca de la tarde otoñal,
—zafiro insospechado—descubriese una estrella.

Sus pétalos humildes vendaron toda herida,
y la lágrima pura que en su corola hallé,
sorbo de eternidad me curó de la Vida
y el viejo orgullo vano para siempre se fué.

¡Banco de los silencios y las debilidades!
el pan hecho con llanto es el más tierno pan...
la penúltima rosa me da sus claridades,
y las redes nocturnas, deshaciéndose están.

El alma se reintegra a su antiguo aislamiento,
y allá en la certidumbre de la vida interior,
rememora este solo y puro pensamiento:
"¡Cúmplase la suprema voluntad del Señor!!"

Fernán Félix de AMADOR

Ninguno de la tripulación había oído hablar en su vida al capitán de su hermano Pepe. Los viejos le conocían.

—Yo le conozco — decía el contramaestre Donley. — Es un hombre tenaz como él solo; están reñidos los dos hermanos; riñeron hace tiempo por una muchacha, una coquetuela. ¡Demontre de mujeres! — exclamó, escupiendo con fuerza hacia el agua. — La conocí; sabía su nombre pero ya no me acuerdo.

El capitán Miguel, sentado en su puente, pensaba lo mismo... al cabo de los años. No valía la pena de acordarse de su nombre ni del de Harrison. Había dependido de un florista... nada, y ahora de su hijo..., otro cualquiera. No había que acordarse del nombre de Elena.

Miguel no había visto al joven Harrison desde hacía dos años, cuando una tarde vió en el lago Michigan un vapor feo y sucio, mal pintado de rojo en la obra viva y sucio color ocre en la muerta.

El hollín lo cambia todo; la cabina del piloto llevaba rotos todos los cristales. Sobre un inmundo puente se veía un cargamento de hierro viejo, de maquinaria rota, de jarcias deshilachadas. Un humo espeso y grasiento que salía de su chata chimenea lo ensuciaba todo.

Miguel soltó un terno y exclamó:

—¡Para qué demonios andará eso sobre el agua! Es indecente. No se debiera permitir cosas tan asquerosas en aguas tan limpias. ¡Da asco!

Un hombre, descuidadamente vestido, con un traje cuyo color había desaparecido bajo los lamparones, apareció en el puente. Al verle Miguel quedó sorprendido. Era el joven Harrison, no tan joven ya, pues, por lo menos, tenía treinta años bien cumplidos. Seguía pareciéndose a su madre y al florista.

—Ese es el apoderado de la casa —dijo Donley, dando con el codo a su capitán.

—Dicen que gana mucho dinero, que se está haciendo rico.

—¿Se apellida Harrison? — preguntó Miguel.

—Eso es; trafica con hierro viejo, chatarra y una porción de porquerías, y viaja entre Gran Haven y Chicago. Gana mucho y no lleva mala tripulación.

Mc. Carty leyó en alta voz el nombre y la matrícula que vió en la popa:

—Avestruz. — Ciudad de Michigan;—y añadió: — Debiera haber una ley que prohibiera navegar a las inmundicias.

Un buque entra; Miguel lo conoce. Es el "Salem", el de su hermano, que pasa orgulloso al lado del despreciable "Avestruz".

Miguel, aconsejado por el orgullo, pensó retirarse a su camarote, para no ver pasar a su hermano; pero permaneció inmóvil, y vió a Pepe en su puesto dirigiendo su buque hacia la boca del canal sin hacer caso de las demás embarcaciones. Miguel le vió y le encontró bastante aviejado desde la última vez que le vió.

El "Salem" iba, con todos los tanques llenos, a los puertos del Canadá.

—Hermoso buque — exclamó Donley.

—Sí, — respondió secamente su capitán, y se dirigió a la plancha por donde salió al muelle, se dirigió a un edificio cercano y se sentó en su despacho pensando en su hermano y en el hijo de Elena. ¡Qué diferencia! Pepe, tan limpio, tan bien vestido: el otro hecho una porquería como su barco.

—Pobre gente la que navegue bajo su mando — pensó.

Cerró la ventana, pues se sentía frío, a pesar de ser fines de agosto.

De repente sintió una señal de alarma para él bien conocida. Los tres puntos, del aparato receptor de telegrafía. Luego siete puntos más. De un salto se puso de pie y cogió el auricular del teléfono. Lo aplicó al oído y recibió estas palabras:

—Los vigías anuncian que está ardiendo un buque a diez millas al norte nordeste de la costa. Que salga inmediatamente el buque de incendios núm. 37".

En un momento toda la tripulación estaba a bordo. El buque atronó el canal con su sirena, pidiendo paso libre. Las campanas y pitos de los puentes levadizos repitieron la señal, y el 37 enfocó la entrada.

Todos se hacían a un lado. Cerca de la desembocadura un buque negro y sucio obstruía el paso. Era el "Avestruz", que también se dirigía al lago.

Miguel, desde el puente, dirigía la maniobra, y gritó al timonel:

—¡Si no se aparta, pásalo por ojo!

El "Avestruz" se hizo a un lado y el 37 pasó casi rozándole.

—El hijo de Elena ha tenido que apartarse humildemente — pensó con orgullo.

En el obscuro horizonte se veía una espesa y negra nube de humo.

—¡A toda máquina! — ordenó el capitán Miguel Mc. Carty.

La tripulación trabaja con rapidez. Cohen y O'Day preparaban las mangas; Dunley, al lado del cañón lanzachorros, blasfemaba.

Apareció un bote y el piloto gritó:

—Un bote salvavidas que pide socorro; alguna avería en el motor. Vamos a remolcarlo.

—No podemos perder tiempo — gritó el capitán. — Tienen remos, que remen.

La nube de humo se hacía cada vez mayor: ya se veía el resplandor rojizo; las terribles llamas. Estaban a cinco millas del buque incendiado.

Miguel dió órdenes y colocó a sus hombres en sus puestos respectivos.

—Que preparen un bote para mí.

—¿Para qué? — preguntó Donley.

—Para ir a bordo.

—¿Pero se va a meter usted en ese horno?

El capitán no se tomó el trabajo de contestar.

—Cada uno en su puesto y preparados — y ordenó al piloto:

—Al costado.

—No puede ser, capitán.

—¿Qué no puede ser? Venga el timón.

—Intentaré hacerlo, capitán — replicó el timonel.

El olor a petróleo ardiendo llegaba hasta el 37; el calor se hacía insoportable.

—Por aquí no podemos acercarnos.

—¡Por la otra borda! — ordenó el capitán. — Es más fácil.

—No hay facilidad alguna — replicó disgustado el timonel.

Siluetas de marineros se destacaban por entre las llamas del buque incendiado.

Swensen se acercó al cañón y empuñó el gatillo para disparar.



—¿Qué no tiene trabajo durante los meses de verano? ¿Cuál es su oficio?
—Mascota de un team de football.

LA HISTORIA DE UNA FLOR

Estaba en una quinta vieja, junto a una fuente dormida, bajo la bailadora sombra de un álamo. Era una azucena cuyo tallo tenía la frescura del agua y los movimientos de la brisa. Su hermosura prolongaba su vida, pues el jardinero la respetaba como al mejor adorno de su jardín. Apenas obscurecía y el huerto se reconcentraba la enorme corola parecía resplandecer, como un cáliz milagroso, de tanta blancura; y exhalaba una fragancia que era un ensueño, cuándo se deslizaba por el césped, la delicia del riego.

A mediodía, venían a jugar cerca de ella, los niños de la casa y sentíanse tentados de arrancarla, pero se contenían recordando que su madre les había prohibido que tocaran aquella azucena purísima. El perro mismo, un cachorro truhán que se llevaba todo por delante, demostraba el cuidado propio de un gato, al saltar por allí, como si él también fuera sensible a la belleza.

Los jóvenes amante que, de noche, a escondidas, pasaban horas y horas besándose bajo el álamo guardián, más de una vez se detenían a contemplar una flor que por su delicadeza, parecía un sentimiento... Acaso pensaban: esta azucena es el amor de este jardín, y nuestro amor es como esta azucena dentro del alma.

Algunos chicuelos desde la calle solían arrojarle piedras, a través de la verja; pero ella se doblaba dulcemente, hacía un saludo al agravio y perfumaba más...

El tiempo, esa mariposa invisible, sin duda, no venía a beber en su copa, porque no marchitaba sus pétalos. Un sapo verde le cantaba todas las noches una endecha acuática y la miraba con sus ojos húmedos de dulzura, abstraídamente, como se suele mirar a la luna.

Así pasó el verano, admirada por todos, hasta que en otoño, en Semana Santa, la dueña de la quinta, que era muy religiosa, después de vacilaciones que tenían algo de pecado, resolvió mandarla a la parroquia; pero el Sábado de Gloria, cuando fué el jardinero en su busca, la vió caída en el suelo y hecha pedazos, como un vaso roto. Un caballo, asustado con los ruidos de la fiesta pascual, había pisoteado la flor maravillosa, y de toda su hermosura no quedaba más que unas hojitas embarradas y dispersas.

Así terminó aquella azucena que había conquistado las alabanzas del sapo, el cuidado del perro, el respeto del tiempo y la admiración del amor. ¿Para qué decir que muchas almas tienen un destino semejante?...

Pedro Miguel OBLIGADO

Miguel miraba al buque: dió un salto y se llevó las manos a la cabeza: el buque incendiado era el "Salem": el de su hermano.

—¡Acercarse, acercarse a prisa! ¡Por la borda de barlovento.

El buque ardía por su parte central, las llamas llegaban hasta el 37. Todos los hombres se habían cubierto la cabeza con los cascos protectores; pero el calor, los atravesaba. Era insoportable aquéllo.

Del buque salían unas llamaradas horribles: las tablas saltaban ardiendo; los hierros se retorcían; los tripulantes se agolpaban en la punta de la proa, aguardando el auxilio que podía llegar tarde.

Estaban a pocos metros del buque.

—¡Venga! — gritó el capitán.

La gente se había escondido tras las bordas protectoras y se resistían a obedecer. Se sentían morir de calor.

—¡Agua, disparen! — ordenó.

Los cañones soltaban sus chorros gruesos como patas de elefante, toneladas de agua empezaron a caer con fuerza sobre el "Salem", al que se acercaban continuamente. A 10 metros de distancia Miguel se puso a caballo sobre la borda. Se acercaron a tres metros. Los costados del buque les sirvieron de protección. Sin embargo, el humo le ahogaba.

En aquel momento un hombre se arrojó desde el "Salem" a la cubierta del 37.

Del buque incendiado pendía un calabrote. Miguel lo cogió y ató el cabo en la borda del suyo. Al momento otro marinero se deslizó por él. Traía la cara cubierta de sangre y horriblemente quemado, luego otro y otro y así todos.

—Soy el segundo de a bordo — dijo a Miguel uno de ellos. —Alejémonos de aquí, el buque va a explotar muy pronto.

—¿Y los otros?

—Preparando la almadía. Han muerto cuatro hombres.

—¿Y el capitán?

—Saltó al mar.

—¿Qué saltó al mar? ¿Qué os dejó a bordo?

—Sí.

Miguel miró con fijeza, severamente al oficial. Por la primera vez en treinta años salió en defensa de su hermano y exclamó airado:

—¡Mientes!

Miguel cogió el calabrote y con una rapidez increíble a sus años subió a bordo del buque incendiado.

Por entre el humo, casi sin poder respirar; con las manos y los pies abrasados empezó a recorrer la embarcación. Nadie, no había nadie a bordo.

¿Es posible? No. ¿Pepe, Pepe Mc Carty abandonar el buque habiendo gente a bordo? No; no era posible. ¡Qué mentira!

—¡Pepe, Pepe!—gritó sin obtener contestación y al acercarse a la borda vió que su 37 ya no estaba al costado del buque. El calabrote se había quemado. Su buque estaba a más de treinta metros, pero seguía lanzando agua sobre aquella ascua flotante.

Un nuevo tanque explotó. Aquello se iba por momentos y el capitán del 37 moriría allí: abrasado, irremisiblemente.

Cuatro mil litros de petróleo lanzados al aire, ardiendo. Torrentes de materia inflamada cayeron sobre el buque de incendios. Las mangas, los cañones dejaron de apuntar al "Salem" para atender a su propia catástrofe.

DEL RETABLO DE LAS NOVIAS

Para FRAY MOCHO

AMOR Y BUENA NOCHE EN PAZ...

Claro es que esta luna — muy gentil pastora
de un redil celeste — apacenta ovejas...
en tanto que un perro, tiesas las orejas,
vela en la llanura la paz soñadora.

Un canto en la noche silenciosa llora
la ansiedad de un hondo querer; y hay parejas
que recién aprenden cosas que eran viejas
cuando Eva gustó su primer cuarto de hora.

Palpita en el aire una azul serenata,
dejando en el alma cauce al desencanto,
como una promesa — por lejana — ingrata.

Y, luego, al impulso de un mismo quebranto,
resurje el eterno dolor que nos mata
y se unen — temblando — mi llanto y tu llanto...

VERSOS A UNA COLEGIALA

(Ideal en lejanía)

Contemplando el peñón donde solías
darles cita a "mis quince" en ilusión,
se me ocurrió pensar que tú podrías
estar sentada aún junto al peñón.

Cierto que, si así fuera, ya tendrías
el alma puesta en gris vacilación;
pués... ¿quién espera tanto en estas frías
rocas del solitario malecón?

Afán de inconsolables pensamientos
quiso traerme el ritmo de los vientos
al recordarme tu pasión de ayer...

Que a esta playa vendrán, siempre anhelantes
como es su tradición, los estudiantes...
pero nosotros no hemos de volver.

Francisco A. PAGANO

MONTEVIDEO.

Miguel había sido derribado por la explosión. Se sentía morir y no cesaba de gritar:

—¿Pepe, Pepe, dónde estás?

Se levantó, buscó el lugar donde pudiera soportar mejor el horrible calor, pero aguardando la muerte, no podía arrojarse al agua.

SOBRE LA FELICIDAD

En general se pide a la vida más de lo que encierra; estamos acostumbrados a poner nuestra felicidad en las cosas imposibles y nuestra desgracia en las inevitables. — KARR.

Es en el deber cumplido que únicamente reside la felicidad. SALVANDY.

Una de las condiciones de la felicidad es la de no ser desgraciados; esto parece una necedad, pero en cuanto se reflexiona un poco se ve que es todo un programa. — DONNAY.

La felicidad es el estado de espíritu de cualquiera que esté contento de sí mismo, de las cosas y de las personas. — MOBILLEAU.

¿Y su barco dónde estaba? Miró al mar y entre el humo vió dos embarcaciones en lugar de una. La una con el 37; la otra con remolcador.

Miguel ya no sabía a donde ir; andaba como loco por la cubierta cuando al lado del timón encontró un hombre tumbado.

—¡Auxilio! — pidió aquel desgraciado. — Me he roto una pierna.

Era Pepe, su hermano.

—¡Ya decía yo que era mentira! ¡Mi hermano, salir del barco habiendo a bordo un solo hombre! ¡Mentira! ¡Mentira!

Con gran trabajo levantó a su hermano y lo cargó a sus espaldas. El humo les ahogaba y los dos hermanos medio asfixiados cayeron sobre cubierta uno sobre otro. Entonces Pepe, reconoció a su hermano.

—¿Qué haces aquí, Miguel? ¡Sálvate! ¡Sálvate! ¡Arrójate al mar!

Tres buques rodeaban el "Salem": el 37, que aún ardía, otro también incendiado y un pequeño guardacostas.

—Nos ha llegado la última hora, hermano. Se acabaron los Mc Carty.

Sintieron el silbido de un barco que se acercaba, un barco feo, sucio, repugnante. Un hombre trepó por una cuerda que consiguió hacer firme en la proa y por ella subió.

Aquel individuo, que entre el humo y las llamas parecía un demonio, se acercó a Pepe, para llevárselo a bordo, pero éste resistió y le dijo:

—Ya decía yo que aquello era mentira — pensó Miguel.

—No, éste primero; yo el último.

El hombre se llevó a Miguel y a poco volvía por Pepe, y los dos se vieron sobre otro nuevo buque, ardiendo también.

En el 37 ya no se veían llamas, y a él fueron conducidos Pepe, Miguel y la tripulación del único buque que no tardaría en irse a pique.

Los dos capitanes, a bordo del malparado 37, se miraron.

—¿Sabes quién es ese que nos ha salvado? — preguntó Miguel.

—Sí. Es el joven Harrison; el hijo de Elena.

—Es todo un hombre.

—Vamos, a llamarle para darle las gracias y ofrecerle nuestra ayuda. No podemos abandonarle.

Le llamaron y el capitán del "Avestruz" se acercó a ellos.

—Por nosotros ha perdido usted un barco y a nosotros nos ha salvado. Le demostraremos nuestro agradecimiento.

—Yo le prometo hacerle un buen bombero y llegará a capitán como yo — le dijo Miguel.

—No, señor, yo haré de usted un buen marino para que un día mande un barco como el mío.

—Muchas gracias, pero no quiero ser ni bombero ni marino en Chicago; yo quiero vivir en Michigán. Me procuraré una gasolinera y con eso podré vivir.

—¿Y por qué así?

—Pues, porque en Michigán tengo a mi novia que tiene otros dos pretendientes, que no están más libres que yo para cortejarla. Se ausentan con frecuencia y yo me llevaré el gato al agua. Pronto nos casaremos y los otros dos se quedarán a la luna de Valencia. Son dos hermanos que siempre están riñendo por ella.

—Es un valiente — exclamó el uno.

—Es un verdadero hijo de su padre — dijo el otro.

El angel de la caridad

Por R. B. Girón

Santiago Chías se hallaba en su taller, preparada la paleta y los pinceles, impaciente, nervioso, dado a todos los diablos. Su imaginación de artista exageraba las consecuencias que pudiera acarrearle la falta de modelo, en vano esperado dos sesiones seguidas.

—Inútil, completamente inútil, — murmuraba. Seguro que hoy tampoco viene... Todas son lo mismo. Sólo la necesidad que de ellas tenemos hace no sean tan aborrecibles como la peste... Habría de estar aquí, según su propia oferta, a las dos en punto y, no tardarán en sonar las cuatro, sin que haya parecido... Van ya veinte las veces que me hace la misma partida... ¡Ah!... si yo encontrara otra que tuviese sus brazos, ¡cómo me las pagaría todas juntas...! Nada; no tengo más remedio que el echarme a la calle en busca de otro modelo, so pena de perder la paciencia y, lo que es peor, el cuadro...

Chías, para alentarse a sí mismo, comenzó a pintar con verdadero furor.

Cuando al cabo de algunos minutos se inclinó hacia atrás para apreciar el efecto de su trabajo, desatóse en improperios contra sí propio.

—Soy un imbécil, un bruto; cualquier pintamonas lo haría mejor... Y ella sin venir... Otro día perdido; el cuadro estacionado, y yo sin paciencia para aguantar más...

Arrebatado por la cólera, arrojó paleta y pinceles al otro extremo del taller, diciendo:

—¡Dios de Dios! ¿A qué resulta que hoy tampoco viene?...

En aquel instante, un campanillazo que oyó en la puerta calmó su furor. Precipitóse sobre sus pinceles y paleta que volvió a empuñar, gritando desde el fondo del taller:

—Adelante; empuje la puerta...

Se abrió la de entrada, apareciendo en ella la silueta, silenciosa y fría, de una hermanita de la caridad.

—Usted dispense, caballero, — profirió dulcemente.

—¿Qué se le ofrece?

—Una limosna para los huerfanitos del Asilo.

El pintor quedó estupefacto, verdaderamente asombrado; dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, y mirando con sarcasmo a la joven religiosa, repuso:

—¿Qué? ¿Qué ha dicho usted?

—Pido limosna para los huerfanitos...

—¡Bah! Déjeme usted de huérfanos, hermana; he de acabar mi trabajo y viene en un momento en el que yo también estoy abandonado, huérfano de esa modelito Adela, que el diablo cargue...

—Un segundo, nada importa, caballero. Deme usted algo, por poco que sea y me voy, — contestó la monjita, sin desconcertarse por el enojo del artista.



—¡Limosna...! Limosna me pide usted, cuando no tengo un centavo

...Como no lleve a esos huérfanos algún tubo de pintura o de laca...

—Tal vez no recuerda eso, — replicó con igual tranquilidad la religiosa, señalando con la vista un papel de cinco pesos que había sobre un velador. Pero yo no pido tanto... No, señor; no...

—¡Bah!; eso es el jornal de Adela, la modelo que espero; por tanto, no puedo desprenderme de ellos ...Digo... a menos que usted pudiera reemplazarla... La hermanita bajó los ojos y preguntó:

—¿Qué se ha de hacer para ganar?...

—Casi nada; tener los brazos desnudos y colocarlos hacia adelante, con las manos juntas, en actitud suplicante. Si quiere probarlo... Es asunto de media hora escasa...

El pintor, en tanto, interrogaba con la vista a la joven entre esperanzado, sospechoso y lleno de ansiedad.

—¿Y me dará usted por ello?...

—Esos cinco pesos... Es decir el jornal de Adela; pero la advierto que tiene unos brazos... Si usted los tuviera por el estilo...

La hermanita de los pobres, rápidamente y en voz muy baja, repuso:

—Durante el día de hoy, que toca a su fin, no he podido recoger nada. Ya se ve; nos hallamos en pleno verano y las personas caritativas están en el campo... Sin embargo, precisa alimentar, vestir y cuidar a los pequeñuelos... Por ellos, pues, voy a probar...

—¿De veras? — interrumpió el pintor con alegría infantil. Pues nada, mientras yo arreglo mi paleta, puede usted prepararse ahí, detrás de ese biombo...

En medio del silencio sepulcral que sucedió a las últimas palabras del artista, oíase el ruido de las ropas y, al ser llamada la hermanita presentóse tranquila, con el heroísmo propio de los mártires; las anchas mangas levantadas hasta los hombros, los brazos desnudos y las manos juntas.

El pintor, silencioso y conmovido, la colocó, poniéndose a trabajar en seguida. Media hora escasa después, dando los últimos toques, satisfecho, dijo:

—Ha sido usted mi providencia... Jamás he visto brazos tan hermosos, tan finos y tan blancos. El codo es soberbio, la muñeca ideal y la mano... ¡oh, qué Magdalena voy a sacar, gracias a usted!...

. . . .

La hermanita recibió los cinco pesos en pago de su trabajo, diciendo, al par que se alejaba, silenciosa y fría:

—Gracias, en nombre de los huerfanitos pobres, caballero... que Dios se lo pague...

REGALO

Peregrino: si pasas por mi huerto, recoge todo lo que a tu espíritu mezquino se le antoje. No te pondré medida, jamás te diré: "¡Basta!" Pueden tomarlo todo tus ambiciones, hasta dejarme sin un fruto, no concibiendo que yo pueda tener hambre. Por nada te diré nada. Corta las flores si perfumes deseas; bebe y seca la fuente. Llévate lo que veas que es útil o que es bello. Y luego, peregrino si te encuentras saciado, prosigue tu camino.

Y no me dé las gracias tu espíritu mezquino.

Enrique SERPA.

La historia ignorada

Un episodio de la batalla de Sadowa

El general Francky era lo que se llama un militarote. Muy niño entró en la escuela de Land-Cadetten, en Copenhague; allí hizo sus primeros estudios y allí se acostumbró a las fatigas del servicio; posteriormente llegó a la corte del Rey de Prusia y desempeñó varios cargos, siendo agregado al Estado Mayor. Pronto le obligaron los mandatos superiores a dejar el estudio por el campo de batalla, y el año 66 iba camino de Viena, al mando de un cuerpo de ejército con orden terminante de marchar al punto sobre Gitschin.

El primer cuerpo de ejército prusiano, en unión del llamado del Elba, entró en acción. El segundo cuerpo, el de Silesia, una de cuyas divisiones mandaba Francky, desembocó por las montañas, encontrando al enemigo con fuerzas muy superiores a las suyas. El propio Federico Carlos mandaba aquellas fuerzas y el segundo cuerpo se batió denodadamente.

Hubo prisioneros numerosos por ambas partes, y el mismo Francky tuvo la suerte de prender a varios: entre ellos estaba un tal Francisco

Era un mocetón alto y fornido, había dado muestras de ser valiente; pero la valentía no es la temeridad, y así cayó bajo la mano de Francky. Apasionado Francisco por su patria, invadida por el numeroso ejército prusiano, había hecho proezas en el campo de batalla: no era extraño, pues, que los ayudantes de Francky dijeran a su jefe muy gozosos de la captura:

—Mi general, habéis copado buena pieza.

Para otro que no hubiera sido Francky aquel prisionero de guerra hubiera seguido la suerte de otros muchos; cautivo hasta el fin de la campaña, hubiera sido esclavo del vencedor.

Pero Francky odiaba las máximas de la guerra antigua, recordaba la Convención de Berna, a la que él había asistido, delegado por su gobierno; el nuevo derecho con todas las verdades proclamadas en el Congreso de París, de hacía diez años le enamoraba, y dueño de sus prisioneros, quiso poner en práctica, quizás ensayar, un adelanto de la ciencia.

Llamó a unos cuantos prisioneros. Cuando le fueron conducidos a su presencia, Francisco, desarmado y todo, parecía capitanearlos. Llegada la columnilla ante el general, el oficial austriaco se cuadró militarmente haciendo el saludo a Francky, quien después de ordenarle que avanzara, le dijo:

—Sabéis, oficial, que sois mi prisionero de guerra.

El joven volvió a llevarse la mano al chacó y continuó Francky.

—Me pertenecéis, por consiguiente. — Y luego, cambiando de tono, añadió: — He reparado que sois hombre de honor.

—Por ello me tengo, general — respondió el prisionero.

—Pues bien; si juráis bajo la fe de vuestra palabra no emplear armas contra los míos y presentaros ante mí al final de la campaña, quedaréis libre.

—¡Mi general!... — arguyó Francisco.

—Pensadlo bien y decida vuestro honor. Si os volviera a hallar haciendo uso de las armas contra nosotros, harto sabéis la pena que os corresponde. Resolved pronto.

Una lágrima nubló la vista de Francisco y éste respondió sin titubear.

—General, lo juro bajo mi palabra de honor!

Francisco fué conducido lejos de aquel lugar por una pequeña escolta y quedó libre en unión de otros cuantos, muy pocos, que disfrutaron de igual suerte, gracias a la magnanimidad del general Francky.

parapetado, hacía gran alarde de artillería. Urgía desenmarcarar a aquellos ocultos titanes y allá fué Francky hacia los bosques de Sadowa. Los austriacos habían aprovechado bien el tiempo y tenían unas fortificaciones inmensas. Y sin embargo, había que abrir brecha y Francky y los suyos la abrieron.

Allí habían de encontrar los prusianos un antiguo conocido de Francky. En efecto, muy cerca del general, sembrando la muerte en derredor se erguía iracundo Francisco, el prisionero libertado. El austriaco fué hecho prisionero nuevamente; pero revuelto y confundido con los demás, sin darle tiempo ni para suicidarse, sin hallar un casco de granada por el camino por lo mismo que lo deseaba, fué conducido a la retaguardia de la división.

Los prusianos pusieron en fuego quinientas piezas de artillería, y protegidos por esta inmensa avalancha de hierro avanzaron los dos cuerpos de ejército. Los austriacos y los sajones no pudieron aguan-



—Mi viejo amigo, vengo a decirte que me han dicho que tu mujer te engaña.
—¿Todavía?...
—¿Cómo todavía?
—Sí... porque mi mujer murió hace ocho años.

Hablóse algo de aquéllo, pero pronto la campaña hizo olvidarlo. El segundo cuerpo de ejército prusiano se concentró sobre el Elba superior, y el príncipe avanzó con el primero y el del Elba, que eran fuerzas más cortas. Este movimiento, alarde poderoso de estrategia, envolvió al enemigo. Sin embargo, el 2 de julio, a las once de la mañana, se supo que los austriacos pasando el Elba se habían reunido en número exorbitante detrás de la ribera de la Bistritz. Se pensó en el ataque, y a las doce del día se dieron las órdenes a los cuerpos. Francky no las recibió hasta el día siguiente, y por más prisa que anheló poner en el movimiento no pudo romper marcha hasta las cinco de la tarde. El primer cuerpo era el más próximo al enemigo; la cuarta división del segundo se situó hacia Sadowa y la de Francky a la derecha de la anterior, en tanto que el tercer cuerpo quedaba de reserva. Se hicieron varios reconocimientos en el Dub y se rompió el fuego; el enemigo,

tar la embestida; por donde les hacía hueco el cañón se les entraba la fusilería; flaquearon, pero una división entera de caballería los perseguía y los acuchillaba. Así acabó aquella jornada memorable.

Concluída que fué, Francky revistó los nuevos prisioneros, ¡y cuál no fué su asombro cuando se vió saludado por Francisco, que no negaba ser el mismo! Entonces tuvo lugar este diálogo:

—¿Reincidente?... Ya sabéis mi deber.

—Cumplido.

—Debo castigaros.

—General, estoy a vuestra disposición; podéis fusilarme cuando os plazca.

—Sois indigno de ser oficial y hasta de vestir un uniforme...

—¡General Francky! — rugió Francisco.

—Sosegaos. Habéis empeñado vuestra palabra de honor de no volver al campo de batalla, y ahora os encuentro con las armas en la mano; no merecéis ese honroso uniforme militar, sois un vulgar miserable.

—Mi general — interrumpió el prisionero, — no ignoro que soy un miserable, pero lo soy por haberos dado palabra de faltar a mi patria. Esa es la indignidad que he cometido y bien merezco por ella que me fusiléis. Cuando os hice el juramento me acordé de mi madre que me aguardaba impaciente, de mis hermanos, de la mujer a quien adoro, de la paz de mi aldea, vacilé y... confieso que he sido un cobarde. Después he visto mi patria invadida, mis territorios saqueados incendiado el caserío, devastada la campiña, ocupada por extranjeros la tierra que fué siempre soberana, sembrados de cadáveres austriacos, de camaradas, de amigos, de hermanos, los campos en que jugábamos cuando niños; me he visto útil, me he creído fuerte y he vuelto a donde el verdadero honor, ese honor del que me olvidé en un maldito instante, me ordenaba acudir. ¡Vive Dios, que aun me avergüenzo de que no hayan sido perjuros como yo los otros prisioneros!... Ahora, cumplid la ordenanza, mi general. También los austriacos tenemos una patria.

Calló Francisco y Francky añadió:

—¿Habéis acabado? Pues bien; aún cuando no os debo explicaciones, os diré que siento no haber fusilado a los que cumpliendo su palabra abjuran de su patria. En cuanto a vos, señor oficial, y pues que ha terminado la campaña, quedáis en libertad desde este momento. Id a consolar a vuestra madre y decidla de parte del general Francky que su hijo es un bravo mozo.

Y al ver el asombro entre los circunstantes, añadió iracundo como si diera una voz de mando:

—¡El honor es el honor!

Y nadie se atrevió a discutirlo.

Cuento judío

Mayer llega al cielo y se presenta ante Dios.

—Señor—le dice—, deseo entrar en el Paraíso.

—Imposible, porque eres un jugador empedernido.

—Es cierto. Pero al fin y al cabo soy un buen creyente.

—Es que no quiero jugadores en el Paraíso.

—Señor—dice Mayer—. Vamos a jugar mi entrada en el Paraíso al "ecarté". Si yo gano, entro; y si pierdo...

—Comprendido—dice Dios riéndose dulcemente.

Pasa un instante. Al fin aparece un ángel trayendo una baraja. Mayer corta y Nuestro Señor se decide a salir el primero.

Entonces Mayer dice:

—Bueno; y ahora... ¡nada de milagros!

LA MUERTA

Por Eduardo Zamacois

Aquella caseta de peones camineros fué puesta por orden de la Compañía al borde un torrente seco, especie de cicatriz negra y profunda, abierta por una convulción geológica entre dos cerros graníticos muy altos. En verano las agrias laderas de los montes colindante se cubrían de verdura, y en el fondo de la cañada, bajo los jarabes, los grillos cantaban; arriba, en la región azul, bañada por el sol, las águilas volaban pausadamente sumergiendo su mirada zahorí en las resquebrajaduras del planeta; pero el invierno desnudaba los cerros de molleja y apagaba el canto de los grillos, y la nieve caía silenciosamente sobre el cauce del torrente; cauce demasiado profundo, adonde las sonoras embestidas del viento no llegaban...

Allí vivía Martina, la mujer de Juan, el maquinista, llevando siempre en la mano el banderín verde que dá a los trenes paso franco, y los ojos fijos en los túneles abiertos en las vertientes de los dos cerros fronteros...

Por aquellos agujeros, que en invierno aparecían sobre fondo blanco del pasaje nevado como las cuencas orbitarías de un enorme esqueleto soterrado, entraba y salía continuamente, y como a borbotones, un flujo inagotable de vida que las locomotoras, en su eterno pasar y repasar, traían y llevaban de hora en hora.

Desde muy lejos, rompiendo el silencio de la angosta cañada dormida como una serpiente bajo la nieve, se oía el afanoso trepidar de los trenes que atravesaban los túneles. Entonces Martina dejaba su labor, cogía el banderín de señales y acudía a colocarse junto a los rieles. El cerro vibraba con un estremecimiento sordo, íntimo, como un hervor: era un gemido gigante de dolor que crecía, anunciando un parto monstruoso; hasta que del fondo del negro agujero, de aquella cuenca orbitaria perteneciente a un esqueleto ciclópeo perdido, aparecía el tren, avanzando en desaforada carrera: la locomotora, incontrastable como el Destino, se acercaba jadeando, arrastrando un largo rosario de vagones, paseando su panza ardiente sobre las llanuras heladas; y un minuto después desaparecía por el túnel del lado opuesto, con un estertor que menguaba, como algo moribundo que se despide hundiéndose...

La uniformidad de estas impresiones machacaban el espíritu de Martina: los trenes mixtos, con sus series interminables de vagones cerrados, no la emocionaban; eran coches mudos, sin alma, cargados de objetos muertos; en cambio, los expresos la empresionaban fuertemente, entristeciéndola: por las ventanillas de los coches veía cabezas que la miraban con curiosidad; cabezas siempre diferentes, que formaban legión y dejaban en su ánimo el recuerdo mareante de las multitudes. Otras veces, de noche, las ventanillas solían estar vacías; pero en cambio veía sombras fantásticas que se recortaban sobre los techos iluminados de los vagones. Una vez estaba segura de haber sorprendido las siluetas de una mujer y un hombre abrazados.

El tren que Juan conducía, Martina lo esperaba con más impaciencia. En cuanto la locomotora salía del túnel, el maquinista echaba al busto fuera de la plataforma para ver a su esposa desde lejos, y ella reía feliz. Era una ilusión fantástica, inapreciable, de aquelarre.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

La velocidad del tren no permitía otro saludo más expresivo, y Juan llegaba y se iba como una sombra: al principio parecía ser él quien arrastraba y regía la marcha de los vagones; luego diríase que el tren le empujaba... Y Martina, alta, fuerte, con su rostro moreno y sus grandes ojos pensativos de murciana, le veía alejarse permaneciendo inmóvil como una estatua de bronce, en medio de la nieve.

Aquel sempiterno trajín de trenes en marcha, aquel ir y venir de individuos avanzando siempre, más allá, más allá, hacia el horizonte, aquellas siluetas de amantes que se abrazaban sobre los blandos asientos de los vagones reservados, despertaron en la guardavía el deseo de lo desconocido, de lo lejano, del misterio que las leyes castigan... Y pensó que ella no merecía vivir así, sepultada en el fondo de aquel torrente, siguiendo en verano el vuelo de las águilas bañadas por el sol, recibiendo sobre sus hombros en invierno los copos de nieve desprendidos del cielo gris.

Y por eso, una noche de soledad y de supremo aburrimiento, Martina oyó embelesada las palabras de Pedro, el fogonero que acompañaba a Juan en sus viajes, y que siempre, al pasar, la arrojaba desde el "tamdem" una mirada de hambriento deseo. Pedro la ponderó su amor, aquel amor criminal que había de hallar satisfacción cumplida cuando ella se determinara a fugarse, siguiéndole a una ciudad lejana... Y Martina le creyó y le quiso...

Desde aquel día el exprés tuvo para ella un doble encanto: cuando Juan la saludaba, Pedro saludaba también, y su alma se estremecía con inquieto gozo viendo sobre el atezado semblante del fogonero, sus dientes que desnudaban la risa; aquellos dientes agudos y blancos que la habían mordido...

Pasaron muchos meses, y el ansiado día de la emancipación no llegaba; Pedro, aburrido de la guardavía, dejaba de verla alegando motivos y ocupaciones que nunca tuvo, y tan evidentes fueron las pruebas de su ingratitud, que Martina llegó a comprender...

Un remordimiento íntimo, creciente, devorador, como la carrera trepidante de los trenes bajo el túnel, se apoderó de la abandonada... Hasta allí la había servido de consuelo la conciencia de su virtud; pero al saberse burlada se apreció más sola, más triste, más insignificante que nunca, como bagazo humano despreciable arrojado junto a la vía por aquellas multitudes honradas que llevan los trenes.

Con la llegada del exprés siempre venía el saludo de Juan, que la miraba echando el cuerpo fuera del "tamdem":

—¡Adiós!

—¡Adiós!....

Pedro ya no saludaba, sonreía... con esa sonrisilla burlona con que suelen corresponder los hombres al saludo de las mujeres que engañaron.

Viéndose sola, completamente sola, con la soledad de los astros muertos que ruedan por el vacío, reconociéndose despreciada del amante e indigna del esposo, atormentada por la voz de su conciencia que murmuraba a todas horas en sus oídos un reproche interminable, atraída siniestramente por la perspectiva de los trenes que se acercaban ofreciéndola un medio instantáneo de liberación y de descanso, Martina pensó morir.

Y lo hizo como lo pensó.

Fué una tarde, a la puesta del sol, De pie, junto a la vía, con el banderín verde en la mano, la joven escuchaba el lejano fragor de trueno del exprés. Ella, que conocía muy bien todos los ruidos, sabía que el tren iba pasando un puente, situado más allá del cerro, luego comprendió que había entrado en la montaña, el estrépito, que al principio tornóse sordo y como opaco, fué creciendo, más, más... hasta convertirse en alarido formidable. La guardavía inmóvil, inconsciente como una sonámbula, esperaba, los ojos fijos en el túnel, que mostraba su bocaza negra sobre el fondo blanco del monte nevado. De pronto apareció la locomotora. Juan, según costumbre, asomaba la cabeza para saludar. Martina lo miró y miró, al cielo, despidiéndose; luego, instantáneamente, se arrojó de bruces sobre los rieles, tapándose los oídos para no oír... y el tren pasó...

. . . .

Una cruz de piedra indica el sitio donde murió la guardavía. Alguien dijo que se había suicidado por celos y que su marido fué un mal hombre. Los maquinistas, cuando pasan por aquel sitio, se descubren siempre.

ADIVINANZA

—¿Quién fué el hombre, que mamó antes que su madre; mató a la cuarta parte del mundo; y fué enterrado en las entrañas de su abuela?

—¿...?

—¡Caín!

—¿...?

—Mamó antes que su madre, porque Eva no mamó: mató a la cuarta parte del mundo, porque cuando mató a su hermano Abel sólo eran cuatro personas en el mundo, y fué enterrado en la tierra... su abuela, porque la tierra era la madre de su madre.

¡Mátese usted y vivirá feliz!

Por Enrique Jardiel Poncella

La oratoria es una de las fuerzas ciegas de la Naturaleza.

Agradezco vivamente las felicitaciones que el lector me está dirigiendo por haber construído la frase anterior, y paso en seguida a decir por qué opino que la oratoria es una de las fuerzas ciegas de la Naturaleza.

Y para decirlo del modo más claro trasladaré a estas cuartillas una curiosa historia.

* * *

Mateo Ramos nació con el don de la oratoria, como podía haber nacido con una afección renal. No heredó aquella cualidad, pues sus padres no pudieron dejarle en herencia ni siquiera un cerebro selecto; así es que me sería dificilísimo explicar por qué misteriosas causa Mateo poseía el don de la oratoria.

Pero que lo poseía es indudable. Desde la cuna, la fuerza de su elocuencia se hizo sentir eficazmente a su alrededor. Su llanto al exigir—por ejemplo—el biberón, no era un llanto como el de los demás niños, ese llanto agudo, persistente e irresistible, merced al cual cuantos lo oyen piensan en el rey. Herodes con melancólica nostalgia. Su llanto era apremiante, galvanizante, enérgico e imperativo, igual que un clarín. Al percibirlo, todos los de la casa se precipitaban como centellas en busca del biberón, y a los pocos segundos Mateo se encontraba con seis biberones distintos para elegir. Su elocuencia empezaba a triunfar.

Y siguió triunfando.

En los juegos infantiles le bastaban dos palabras para que todos los juguetes de sus amiguitos pasaran a sus manos.

En el Instituto no se movía la hoja de un árbol ni la hoja de un libro contra la voluntad de Mateo.

Y en la Universidad él llevaba a sus compañeros a la huelga o los encerraba en las aulas con sólo un discursillo de dos o tres minutos.

De suerte que Mateo Ramos, como los grandes generales y como los churreros avezados, podía ufanarse de mover la masa a su capricho.

Triunfó en la vida. Y fracasó en el amor; porque se esforzaba en enamorar a las mujeres intensificando su elocuencia, y nunca supo que a las mujeres sólo se las enamora intensificando los besos.

Como todo aquel que fracasa en amor, Mateo se hizo pesimista.

(Es absurdo, pero cuando un hombre ve su amor rechazado por una mujer morena, en lugar de dedicarse a buscar una mujer rubia, que sería lo lógico, se dedica a decir que la vida es una comedia odiosa, la Humanidad una jaula de chacales y la Historia un charquito de barro.)

Con su pesimismo a cuestas, Mateo se hizo reconcentrado y hosco; paseaba solo llamaba idiotas a los vendedores pegaba puntapiés a los árboles y sacaba la lengua a las estatuas.

—¡Es un caso perdido!—pensaba yo al verle.

Por aquellos días ocurrió que una Sociedad cultural invitó a Mateo a dar una conferencia en sus salones. Mateo accedió. Y declaró que el título de su charla sería este extraño consejo: "¡Mátese usted y vivirá feliz!"

Me prometí no faltar al acto, y así lo hice.

El local rebosaba de público. Había expectación enorme por oír al "rey de la oratoria", como anunciaban los programas. Cuatro gramófonos esperaban que Mateo empezase a hablar para recoger en sus discos vírgenes cuanto dijese el conferenciante.

Diez minutos más tarde el acto comenzaba.

Mateo Ramos prologó su charla asegurando que la vida no merecía la pena de ser vivida.

Hizo observar cómo nuestra única razón de vivir estribaba en crecer y en multiplicarse, y construyó unos admirables períodos, demostrando que el crecer era una cosa aburridísima y sumamente molesta, y que el multiplicarse sólo traía consigo dolores, preocupaciones, remordimientos y sobresaltos.

Cuando todos estuvimos bien convencidos de que crecer y multiplicarse era una verdadera equivocación. Mateo pasó a estudiar los estímulos que podemos tener los humanos para seguir viviendo. Eran éstos, según él, la riqueza, el poder, la patria, la paternidad y el amor.

—La riqueza no se alcanza casi nunca—dijo—, y cuando se alcanza nos llena de terorr a perderla y nos hace duros de corazón.

El poder sólo lleva consigo angustias y tribulaciones—declaró—, y el árbitro del poder acaba siempre en desgracia.

Y robusteció sus tesis citando los casos de Napoleón, Godoy, Olivares, Nicolás de Rusia, Marco Antonio, los Césares, Maquiavelo, etc., etc.

—La patria nos lo exige todo —exclamó vibrantemente—, y a la hora de pagarnos sólo nos da un agujerito en el suelo para que nos pudramos a gusto. La fraternidad —dijo—nunca puede compensarnos del dolor de haber creado un ser que nace condenado a morir.

Y adujo razones y más razones que fortificaban sus tesis con una elocuencia arrebatadora.

Los oyentes estábamos ya hechos polvo. Casi todos llorábamos, y muchos gemían a gritos.

—En cuanto al amor — siguió Mateo implacable—, es una mentira gigantesca. Al año de habernos muerto la persona que nos adoraba sólo nos recuerda el día de nuestro santo. Y a los cinco años, ni el día de nuestro santo siquiera. ¿Qué nos queda, pues, para ser felices? ¡Nada, señores, nada! Por eso yo me encararía con el Hombre y le diría: "¡Mátese usted y vivirá feliz!" Por eso yo...

Todavía la oratoria de Mateo siguió derribando el edificio de la felicidad humana. Y su palabra tenía tal poder de sugestión que las personas del público fueron abandonando poco a poco el salón de actos y comenzaron a sucidarse en el vestíbulo.

Cada dos o tres segundos se oía un nuevo tiro.

—¡Ya ha caído otro! — pensaba yo con angustia.

Mateo seguía hablando arrebatadamente, y en el vestíbulo continuaba la racha de suicidios.

Al poco rato sólo yo quedaba en el salón. Intenté resistir a Mateo, pero no pude, y salí al vestíbulo y me tiré por el hueco de la escalera.

* * *

De las quinientas personas que habían compuesto el público de la conferencia sólo un oficial de Ingenieros y yo sobrevivimos, después de tres meses de cama.

Y como empezaba a fulgir la primavera, y como no nos influía ahora la oratoria de Mateo, ambos estábamos encantados de vivir.

Una tarde, mientras merendábamos, alguien nos dió la noticia terrible:

—Mateo Ramos se ha suicidado ayer.

¿También Mateo? También. Yo no me explicaba aquello. Todo el mundo sabe que el que predica una cosa es siempre el único que no la hace. Los cirujanos no se dejan operar; los farmacéuticos no consienten en tomar ninguna medicina; los caudillos no utilizan la bayoneta; los cocineros apenas si comen dos o tres fruslerías; los vendedores de galenas no oyen nunca la radio.

¿Por qué, pues, Mateo, que predicaba el suicidio, se había suicidado?

Me lo explicó al día siguiente el oficial.

—A Mateo—dijo—le ha convencido su propia oratoria. Parece ser que había comprado los discos de gramófono impresionados con su conferencia. Pues bien; cuando los puso en su gramola y se oyó hablar a sí mismo, la fuerza de su oratoria era tal que Mateo quedó más impresionado aún que los discos y se comió dos kilos de estricnina. ¡Ha sido una desgracia que se oyese a sí mismo!...

. . . .

Lloré a Mateo dos horas y media.

Y desde entonces a todo el que me quiere escuchar le digo que la oratoria es una de las fuerzas ciegas de la Naturaleza.

¡MIA O DE NADIE!

En la lucha a que altivo te provoco
no mendigo piedad, amor reclamo:
mi ardiente corazón te adora loco
y tú debes amarme como te amo!
Yo sabré dominar tu necio orgullo
en el afan de mi ardoroso empeño:
si en mi loca pasión soy todo tuyo,
nada más justo: yo seré tu dueño!
No pretendas con fútiles agravios
gozarte de mis cuitas en los despojos
he de juntar mis labios con tus labios
y embriagarme en la lumbre de tus ojos!
La horrible sed de mi pasión maldita
me arrastra del delirio a los excesos:
toda la vida que en tu ser palpita
la beberán con frenesí mis besos!
Te venceré mujer sin la más leve
súplica triste de amoroso ruego:
tu virgen corazón es todo nieve
mi joven corazón es todo fuego!
No ablandaré tu corazón de roca
con la música triste de mis penas:
serán los besos de mi ardiente boca
los que enciendan la sangre de tus venas!
Vano es que finjas desdeñosa calma;
tuya ha de ser por fuerza la derrota:
siempre se inclina la flexible palma
cuando furioso el vendabal la azota!
Aunque la fiebre que me abraza es mucha,
nunca el volcán a mi pupila asoma;
pero... ¡guárdate bien! que en esta lucha
yo soy el gavilán, tú la paloma!
No pienses que a la angustia me abandono
al verte relucir entre tus galas:
para llegar mujer hasta tu trono
de mi ciega pasión tengo las alas!
Ufana de mi ardiente idolatría,
tu insensato desdén y orgullo crece;
mas te sabré vencer y serás mía,
—¡mía o de nadie! — tu destino es ese!

A. Mauret CAAMAÑO



El herrero Hullus

Por José Osés Larumbe

En el libro, en el lienzo y en la escena se ha descripto hasta la saciedad, en tonos magistrales, con pinceladas vigorosas y con acentos conmovedores el cuadro tristísimo de la miseria de hogar, de un hogar sin pan y con niños, de una miseria sin esperanzas de redención. Este cuadro, pero con tonos señaladamente sombríos, presentaba la triste morada de Juan Hullus, a mediar el siglo XI.

Hullus era un herrero inteligente, honrado, trabajador infatigable, buen padre, buen esposo, creyente convencido y cristiano de la vieja cepa. Tantas y tan buenas cualidades no le redimían de la miseria que, con frecuencia, se alojaba en su casa como huésped molesto. Cuando transcurrían semanas enteras sin que Hullus encendiera su fragua y venían consiguiéntemente eslabonados los días sin pan, el herrero no maldecía su destino, ni procuraba olvidar sus penas, como tantos otros, en los goces de la taberna; siempre animado por la fe y por la esperanza, corría la población entera buscando trabajo y, si no lo encontraba, volvía a su casa, en donde, encerrado, entregábase a un llanto silencioso e invocaba en sus oraciones a San Lamberto, patrón de Lieja, en quien Hullus ponía toda su esperanza.

Era el día 1 de noviembre del año 1049.

Apenas comenzaban a despuntar la aurora, cuando el prolongado tañido de una campana que tocaba el "Angelus" despertó al herrero de sus meditaciones.

Hacía muchos días que los tres hijos de Hullus no habían visto el fuego, a pesar del horrible frío que se dejaba sentir en el lóbrego camaranchón, agrietado, desnudo y sin cristales. Los infelices llevaban muchas horas sin alimento alguno, sin un pedazo de pan duro que roer; lloraban en silencio, acurrucados en un rincón, ateridos de frío y defendiéndose de él con cuatro malos harapos. La madre contenía sus sollozos para no afligir más a sus hijos y aumentar la pesadumbre del herrero quien, sentado en el suelo, tapábase el rostro con las manos, ocultando gruesos lagrimones que rodaban por sus huesudas mejillas.

Dejóse oír el tercer toque del "Angelus". Antes de que su vibración conmovedora se apagase, Hullus se levantó y con paso torpe y pesado, entumecidos los miembros, estropeado el cuerpo por una noche de hambre, de frío y de insomnio, salió a la calle alimentando una vaga esperanza de consuelo.

Creyente devoto, encaminóse seguidamente a la iglesia de San Pablo, que guarda, encerrados en una urna, los restos mortales de San Lamberto.

Como día de Todos los Santos y fiel a su tradición, la naturaleza vestía los más tristes ropajes de una triste otoñada: la niebla del río Meuse que baña a Lieja, una fría niebla que se diluía en gotas de helado rocío, envolvía las calles en triste penumbra; las campanas, que a intervalos rompían el silencio y cuyas notas parecían lamentos de dolor que el mundo cristiano exhala por las almas de los que fueron, aumentaban la tristeza de aquel despertar del día.

Hullus penetró en la iglesia resueltamente y fué a colocarse delante de la urna del Santo en aquellas frías, obscuras y desiertas bóvedas. Allí, de rodillas, humillada la cabeza sobre el pecho y entre lágrimas, suspiros y sollozos el sencillo herrero pedía con fervorosa piedad al Santo descendiese a la desnuda buhardilla y llevase un pedazo de pan a las desconsoladas criaturas.

Largas horas permaneció Hullus en la iglesia entregado a la oración y a piadosas meditaciones.

Al salir del sagrado recinto era ya más de medio día; en la calle, y por primera vez en su vida, aun cuando se hallaba curtido en los sufrimientos de la miseria, sintió herido su corazón por la punzante espina de la envidia, viendo cómo sus convencinos, vestidos a toda gala, se disponían a dar buena cuenta de una comida suculenta y abundante que no se amargaría por el recuerdo de los muertos a quiees, según Hullus, podía honrarse con el estómago repleto. A través de los cristales de horteías, tabernas y figones, miraba con fruicción los platos cargados de viandas condimentadas, pensando que aquellos manjares suponían tal vez un derroche y que, mientras los barrigudos patrones y los obreros afortunados embanastaban sendos trozos de carne, su mujer y sus hijos continuarían gimiendo en la buhardilla desamueblada, rechinando de frío, rumiando por la sed devoradora que sigue al hambre. Así pensando, aumentaba su coraje, le subía desde el corazón a los ojos oleadas de rabia, se le crispaban los puños, el vértigo de la desesperación loca iba apoderándose de su cerebro y cuanto má se olvidaba de San Lamberto tanto más se acercaba a las puertas del crimen, dispuesto a descargar sobre cualquier inocente y como maza de hierro fundido, todas las lagrimas de su mujer y de sus hijos, acopiadas en un año de privaciones, en un mes de necesidad, en ocho días de hambre.

Un golpecito amistoso dado en la espalda de Hullus bastó, acaso, para salvar a un creyente. Volvió nuestro herrero la cabeza, hosca y brillante la mirada, y encontróse con un mercader de paños, grande amigo suyo desde la infancia y a quien no veía hacía largos años.

—¡Pobre Hullus! ¡qué triste estás! — le dijo el mercader adivinando la verdad por el semblante iracundo y por el destrozado arreo del herrero.

—¡No!... Pensaba... ya ves... como es el santo de los muertos... y los vivos se entregan al placer... me indignaba... porque...

Y cuanto más hablaba el herrero, más colegia el pañero, por las vaguedades e incohorencias de su amigo, que a este le taladraba el cerebro un pensamiento amargo.

—Vaya, ven, ven conmigo y deja para otra ocasión esas honradas filosofías. Entremos en la taberna a beber algunas jarras de cerveza y a charlar de las travesuras de nuestra infancia.

Hullus se resistió; recordó a su familia que le esperaba, que acaso tenía puesto el oído en la escalera esperando la brusca aparición del pan llovido del cielo por providencia milagrosa; pero, fuese como fuese, pan al fin. Al representarse tal cualro en su imaginación, pensó que sería un crimen abandonarse a los goces de la taberna mientras los suyos padecían y esperaban; pero tanto y con tan melosas frases le instó el pañero, y, por otro lado, era Hullus tan aficionado a la cerveza... que al fin cedió.

Las tabernas de Lieja rebosaban de consumidores, no porque lo desapacible del día obligase a buscar un refugio en ellas, sino porque tal era la costumbre.

Por extraño que parezca, es cierto que los pueblos cristianos ofrecen raros contrastes en sus costumbres. La de honrar la memoria de los muertos comiendo, bebiendo y cantando, no es privativa solo de los moradores de Lieja y de otras poblaciones de Bélgica. En España, en algunas provincias del norte, es tradicional merienda de Todos los Santos, como es tradicional también la cena de media noche junto al alumbrado cuerpo del difunto cuando este tenía en vida el carácter de jefe de familia.

Hullus pertenecía al grupo siempre intenso de los mantenedores convencidos de la vieja tradición; la embriaguez no perdía en él su carácter de accidente, de acto inconsciente, que no se oponía a sus creencias religiosas; antes bien, éstas se exaltaban con los vapores de la bebida y provocaban visibles enternecimientos. "El cristiano viejo quiere vino añejo" decían nuestros antepasados del mismo siglo en que vejetó Hullus; y la embriaguez producida por el vino determinaba en ellos más ardor bélico en la defensa de los principios religiosoc.

Entre reptidas profesiones de fe, entre multiplicadas expansiones de la esperanza, Hullus menudeó los tragos de la buena cerveza flamenca y pasó largas horas entregado a los placeres de la libación y las confidencias de la amistad.

Cuando nuestro herrero abandonó la taberna, era ya de noche. Salía enteramente aturdido por los vapores de la cerveza y olvidado de su familia. Una lluvia menuda, fría y penetrante enfangaba el piso de las calles y traspasaba las ropas hasta dejar aterido el cuerpo. El brusco cambio de tmperatura despertó la razón de Hullus, embotado por la bebida.

—He olvidado el cuadro triste de la desolación de mi familia,— murmuró, al recordar su situación — soy un padre indigno, un mal esposo.

Atormentado por esta idea, incrustada en su cerebro con la tenacidad y fijeza de un remordimiento, pronto el delirio se apoderó de aquella cabeza debilitada por el prolongado sufrimiento de muchos días. Taladrado su corazón por la pena, desatentado, loco, vagando sin norte ni ventura, corrió la población entera. Luchaba su fe con la desesperación, su hombría de bien con su remordimiento, y entre invocaciones salidas de los labios y deprecaciones que se revolvían en su cerebro desequilibrado, llegó a orillas del Meuse.

El rumor vago de la corriente, la obscuridad, más bien la negrura de aquella noche, la soledad de aquel paraje, y sobre todo, la disposición de ánimo de Hullus, hicieron concebir al herrero la idea del suicidio.

Disponíase ya a depositar en las aguas el secreto de sus miserias y sufrimientos... Un segundo más y el honrado trabajador hubiera borrado con un crimen toda una leyenda de abnegaciones y de virtud.

Pero, en el mismo instante en que Hullus se inclinaba al borde de la orilla, surgió de las sombras la figura de un hombre respetable que, tocando en el hombro al infeliz, le dijo:

—¿Me invocas, y sin embargo pierdes la fe que en mí tenías?... Encamina tus pasos a la vecina montaña donde habitan solitarios los monjes consagrados a la oración; no detengas tu marcha hasta que encuentres un montón de nieve; una vez allí, cava con ahinco, profundiza hasta que tu pico tropiece con un cuerpo muy duro; verás, entonces, una piedra negra como tus pesares, brillante como tu fe; esa piedra hará en tu fragua el mejor fuego que se haya visto jamás y te dará la fortuna.

Chispeantes los ojos por los vapores de la cerveza, Hullus escuchaba con admiración las palabras de la noble y respetuosa aparición Borróse ésta y el herrero, comprimiéndose las sienes, exclamó:

—¿Es un sueño o es una realidad lo que he visto y escuchado? ¿No es mi pobre razón que estalla por el exceso del dolor o que es trastorna por los vapores de la bebida? Pero no; yo he visto su porte, su porte majestuoso, su figura respetable...

Animado por la fe, dirígese Hullus a su casa, ármase de azadón, bolsa y linterna, sale de la ciudad en el silencio de la noche y pronto la silueta del herrero se pierde en la sombra de la montaña. Sube, sube fatigado, más por las ansias del anhelo que por el cansancio físico, llega al montón de nieve, cava con ardor indecible y al poco rato ya su bolsa contiene una gran cantidad de piedra negruzca y reluciente.

Cuando ,a la siguiente mañana la esposa de Hullus se dirige a la fragua con ánimo de increparle por su criminal abandono del día anterior, quédase atónita contemplando los resplandores de un fuego más vivo, más intenso que el acostumbrado.

Ennegrecido, sudando, con movimientos de energúmeno, Hullus agitaba febrilmente la cuerda del gran fuelle y cantaba, como Estentor, en medio de una tempestad de fuego.

Ya tenían pan sus hijos y su mujer; ya no vendrían aquellos días de horrible pesadumbre.

No tardó mucho en divulgarse la noticia del descubrimiento de un carbón maravilloso; de Lieja y de sus contornos acudían en peregrinación las gentes, ansiosas de ver el prodigio, deseando poseer la piedra negra y brillante.

Cuando el carbón se generalizó, Hullus era ya rico. Agradecido a San Lamberto, construyó para éste una urna de oro que pasa hoy por una de las maravillas que encierra la industriosa Lieja.

Aquel carbón tomó el nombre de carbón de piedra y no tardó en hacerse una necesidad para la industria; pero, en bosequio al descubridor, cambióse después el nombre de carbón de piedra por el de "hulla" con que hoy lo conocemos.

Si la fe no hubiese animado a Hullus, si lo que juzgó realmente aparición lo creyera visión fantástica de un sueño exaltado por los vapores de la cerveza, tal vez hoy la industria, falta de ese combustible, no hubiese llegado a adquirir las gigantescas proporciones que ha tomado; tal vez la existencia del carbón de piedra fuese todavía un secreto encerrado en las profundas entrañas de la tierra; acaso no se levantarían los ejércitos de chimeneas de New York, de Liverpool, de Manchester, de Lieja y de Barcelona, ni subiría hasta el cielo la oración del trabajo envuelta en humo, ni se multiplicarían las fraguas de Vulcano en donde se agitan los hombres, convirtiendo las chispas del carbón en pan bendito.



Los burlados de Pátzcuaro

Leyenda azteca

(DEL LIBRO "AZTLAN", PROXIMO A APARECER)

Hasta el hermoso lago de Pátzcuaro llegaron
en su peregrinar los aztecas errantes,
y con maravillados ojos le contemplaron:
tenía muchas islas y peces abundantes,

blancas garzas y patos, ánades y otras aves
acuáticas vivían en la riente ribera,
y culebra obscuras en el agua; eran suaves
las brisas, apacible todo el conjunto era.

Y así los sacerdotes, viéndole tan hermoso,
a su dios consultaron si aquel sitio sería
el lugar prometido. "Mucho más portentoso
es el país que guardo para la gente mía"

dijo Huitzilopochtli.—"¡ Más es esto tan bello!"
insiste el sacerdocio.—"Si le queréis poblar,
algunos mexicanos queden, me avengo a ello,
mas haced ante todo lo que os voy a mandar:

Mañana, a los que al lago vayan a sumergirse,
huipiles y tilmatlis robad sin compasión,
y antes que del despojo lleguen a apercibirse,
la marcha al mediodía seguid sin dilación"

Se hizo así. Penetraron los aztecas desnudos,
apartando los tules, en el agua azulada,
y en tanto el sol doraba los cuerpos con sus rudos
rayos, con gran sigilo fué la ropa robada

por sus hermanos. Rápida y silenciosamente,
para huir, levantaron éstos el campamento
y partieron. Los otros, bajo la luz ardiente,
se entregaban del baño al ingénuo contento.

Al volver a la orilla, no encontrando un tilmatli
en las piedras, no viendo un huipil en la arena
de la playa, no hallando siquiera un breve maxtli,
creyendo en una chanza, enfilaron sin pena

hacia su campamento, más al verlo vacío,
mirándose desnudos, solos, desamparados,
sentidos por la innoble burla de aquel desvío,
decidieron quedarse donde fueran burlados.

Renegaron su antigua religión mexicana,
nación e idioma, creando la lengua michoacana

Justo G. DESSEIN MERLO

Los radjahs

Aunque los radjahs, esos soberanos del Indostán, guarden las grandes tradiciones fastuosas de sus antepasados y continúen presentándose en público vestidos lujosamente, llenos de perlas y piedras preciosas, y no aparezcan ante sus súbditos sino en carrozas de oro y de plata o sobre elefantes cubiertos de telas riquísimas, ello no quiere decir que se resistan a los progresos de las civilizaciones occidentales.

Nada de eso. Al contrario; la mayor parte de los radjahs se ha asimilado a las costumbres y ha adoptado los procedimientos científicos e industriales europeos, para que sean aprovechados por los pueblos de la India.

El maharajadjh de Kapurtala ha impuesto la enseñanza del idioma francés, además del inglés, en las escuelas. Desde hace veinte años, en los Estados del maharadjah de Baroda se aplica con rigor la ley de la instrucción gratuita y obligatoria. En el país de Grawlior, las muchachas más instruídas son dotadas por el soberano; y lo mismo ocurre en el país de Fravencore. El radjah de Gondal, que es doctor en medicina por la Universidad de Edimburgo, vela particularmente por la buena higiene de su pueblo.

Casi todos los príncipes indostánicos son amigos del progreso y de las civilizaciones de Occidente; pero siguen siendo fieles a las tradiciones de soberanía fastuosa.

QUE PEQUEÑO ERES, HOMBRE

Qué pequeño eres, hombre,
que por ambicionar el bien legado
a tu hermano, desatas tus blasfemias
y en un hondo rencor, buscas amparo!
Qué pequeño eres, hombre,
y como clava en el profundo arcano
de tu ser, su aguijón la baja envidia...
Lo que otros han hallado
en el dia de hoy, estaba escrito,
y el destino que lleva de la mano
a los seres, bien sabe a quien prodiga
sus dones y quien debe de aceptarlos!
Procura no desear lo que otros tienen
y a tí te falta... El árbol
del camino, no envidia la belleza
del rosal que tapiza los cercados,
y el árbol lleva en sí la providencia
de dar frutos óptimos, cuando el sacro
reinado, empieza aquella primavera
que esmalta con mil hierbas a los prados!
Procura desechar esa codicia
por el bien de los otros, que no es largo
el camino que emprendes
y Caronte te aguarda con su barco,
y tú no lo imaginas...
Hay que alzar el espíritu a los astros,
profundizarse en el sublime mundo
de todo lo ignorado;
que lejos de las bajas ambiciones
terrenales, un raudo
vuelo emprenda la luz del pensamiento...
Y se sueñe mas cerca de los astros!
Qué pequeño eres, hombre,
que pasas blasfemando
y empañas con dolores,
la frente de tu hermano!
Déjate ir por la corriente pura
de la vida, tan solo resguardado
en un amor profundo por las cosas
que Dios ha dado forma... Que es en vano
codiciar ese bien que otros adquieren
y tú no lo has logrado!
No olvides que el destino,
nos lleva de la mano!

Félix B. VISILLAC.

DESEOS

Reverendo padre: Perdone a estos dos pecadores. Los aires de la primavera soplan hoy en loco trastorno, y se llevan el polvo, las hojas secas... y vuestros consejos.

No nos diga usted, padre, que la vida es vanidad. Nos hemos hecho amigos de la muerte, y, por unas horas perfumadas, somos inmortales.

Aunque los ejércitos del Rey vinieran, ciegos, contra nosotros, moveríamos tan sólo la cabeza y les diríamos tristemente: "¡Hermanos, dejadnos en paz! Si os gusta ese juego ruidoso, ¡id a batiros en otro campo! Ved que sólo estos breves instantes nos permiten ser inmortales".

Si la gente nos rodeara, aduladora, le diríamos con un saludo humilde: "Toda esta felicidad es sólo nuestra; apenas cabemos en el cielo infinito en que vivimos. Pues, en la primavera, las flores llegan en tropel y las abejas se tropiezan en su vuelo afanoso. En este cielo, en donde nosotros dos somos inmortales, no cabe ya ni un alfilerito.

RABINDRANATH TAGORE

DURA PRUEBA

Por J. Codina Umbert

Nadie hubiera reconocido en aquel rostro dolorosamente desfigurado, las facciones nobles y apacibles de Javier Rodoredo, del joven bolsista, del hombre puesto a la sazón de moda por la caprichosa fortuna, de quien, según fama, recibiera los más señalados favores...

De pie en medio de su lujoso despacho, tenía fijos los ojos en la chimenea de alabastro de donde partían, en irisadas lenguas, mil blanquecinas llamas destructoras. El combustible que en tal momento devoraban, eran papeles: era un voluminoso paquete de cartas, guardadoras del amor de su vida, escritas de puño y letra de la mujer amada, y que Javier acababa de arrojar a las llamas por mandato de aquella. Era la prueba mayor que podía exigirle, y se la había dado casi sin titubear, haciendo caso omiso de su ser, el cual a pique estuvo de romperse, agobiado por su propio cruento sacrificio.

A su lado, bruñida caja de hierro, sobre la que entrelazaban artísticamente multitud de estrías de oro permanecía en el suelo abierta y vacía. Javier se apoderó de ella y la acercó a su rostro con ansia... ¡Cuán suavemente notó que trascendía! Era la única huella que habían dejado las cartas y que durante veinte años se hizo depositaria. Sintió que se ahogaba y fué a abrir una ventana. El aire penetró por ella yendo a desmoronar en la chimenea el promontorio de sutiles rescoldos que, como mariposas de fuego, volaron a posarse sobre el pavimento y los muebles y una de ellas a los pies de Javier, cual en rendida actitud de agradecimiento. Quiso el cuitado cogerla: ¡era polvo! Un estremecimiento convulsivo agitó su cuerpo y, cediendo a una necesidad suprema, corrió a su mesa bufete, tomó la pluma, y, autómata del exaltado espíritu, su trémula mano fué trazando lo siguiente:

"Perdóname, idolatrada Lidia de mi alma; perdóname, sí, que desobedeciendo tu súplica te escriba: si lo hago es porque sé que tu noble corazón no me negará este postrer desahogo; necesito de él en este momento solemne en que, por mandato tuyo, acaba de extinguirse el único lazo que pudo librar de sucumbir a mi espíritu durante el triste interregno de nuestra fatal separación, después de tu para mi tan desdichada boda... en este instante en que, sumiso a tu voluntad, temblando como un azogado, vengo de arrojar a las llamas tus cartas queridas, ¡todo mi tesoro! Ya no existe; no existen, no, esas preseas de tu alma que indiscreta fe daban de aquellos días dichosos en que los brazos ceñidos en torno de mi cuello eran lazos que me ataban dulcemente a la vida, cuando en tus claros y seductores ojos vislumbraba la promesa de un paraíso; cuando tu boca, como flor que entreabríase al beso de mi aliento, me mostraba en su purpúreo cáliz el néctar de su existencia, dejándome presentir la codiciada posesión de las más inefables dulzuras... ¡Todo, ay pasó! Mi ausencia, tu enlace, a raíz de éste mi casamiento desesperado, de cuyo hastío vino protectoramente a librarme prematura viudez... Pero yo, que sólo por amor a tí soporté el peso de tanto infortunio sin desplegar los labios, sin exhalar una queja, no fuí dueño de contener la ternura que rebosaba de mi alma encauzada en tu recuerdo y hube de confiarla a varias cartas que llegaron sigilosamente a tí y que tú, Lidia mía, leíste. ¡Ay! a ninguna contestaste jamás; así pasaron diez años. Dos cumplían que te dirigí mi última misiva cuando tuve de nuevo necesidad de escribirte. Lo hice, Lidia de mi alma, aprovechando tu permanencia en el Castillo de X, a donde me constaba habías llegado sola... Hace dos días un desconocido dejó en mis manos un sobre escrito; al reconocer tu letra estuve a punto de caer arrodillado; mi propia suprema ansiedad me sostuvo y devoré tus renglones que así decían:

"Javier: te prohibo, no, te lo ruego, que jamás vuelvas a escribirme. Tus frases me emocionan al extremo de hacerme muy dichosa, pero al mismo tiempo me espantan me hacen temblar: las deseo y no las quisiera. ¡No vuelvas a escribírmelas! La casualidad podría hacer que unas de esas cartas cayese en sus manos... si tal llegase a suceder, creo que me moría. Para evitar tal percance, acabo de quemar todas las que me has escrito, y quiero que tu hagas lo mismo con las mías sin omitir ésta con que oso por primera y única vez infringir las leyes que mi deber me impone... Quémalas, Javier de mi alma. No consientas que jamás nadie con su concepto profane nuestro secreto... ¿Por ventura el fantasma bendito de tu amor no ha de seguir persiguiéndome a donde quiera que yo vaya, como esencia emanada de mi propio ser? Constete, mi bien, que la comunión de nuestras almas persistirá siempre flotando como vapor sagrado por cima de la fatalidad que nos separa; pero es preciso que nuestro corazón conserve sólo en su fondo la esencia de estos amores, cerrándose a toda manifestación externa, como triste pasionaria que a la llegada de la noche cierra cuidadosamente sus hojas para guardar en su seno el licor dulcísimo..."

Al llegar aquí, Javier se levantó bruscamente, y, cual persona ebria, fué tambaleándose hasta un sofá en dónde cayó preso de un vértigo... Febril lucidez invadió de pronto su cerebro. Javier abrió los ojos y creyó distinguir tenuamente iluminado todos los objetos de su despacho. En la chimenea brillaban aún algunos rescoldos como inyectadas pupilas. Una puerta se abrió blandamente y apareció en su dintel una mujer hermosa, joven, esbelta, el pelo obscurísimo, grandes y de amoroso mirar los hechiceros ojos, de tez nívea, de rosadas mejillas, de labios purpúreos y graciosos...

Con andares de hada llegóse al sofá en donde se hallaba tendido Javier y, comenzó a decirle queda y amorosamente:

—Soy yo, tu Lidia. ¿No me reconoces? Me encuentras vieja, con muchas canas ¿sí? ¡No en balde ha luchado este maldito corazón por espacio de dos lustros! Pero al fin ha triunfado; vengo sugestionada y enloquecida por tus cartas; desde que las leí me ahogo en medio del vulgarismo de mi vida monótona y secundaria. Quiero confundir mi alma con la tuya, quiero levantar mi vuelo a tu lado; huir de lo efímero, de lo material, para volver a vivir de tu "gran vida" y ser así feliz.

Javier callaba; temía estar sujeto a la alucinación de un sueño y despertar de improviso; además, se sentía vivamente emocionado.

—¡Mujer amada, luz bendita de mi espíritu, ilusión hondamente querida! — pudo al fin articular. Pero al propio tiempo se incorporó con sobresalto: tras de ellos, las ya extinguidas llamas habían vuelto a revivir. Un hombre enlutado penetró en la estancia, y, cogiendo férreamente a Lidia por un brazo, mostraba empeño decidido de arrojarla a ellas. Javier dió un salto apercibiéndose a una lucha sangrienta; pero en el mismo instante, como visión de cinematógrafo, borróse todo a sus ojos que atónitos y deslumbrados, sólo contemplaron ante sí un río sobre cuyas transparentes aguas, veladas por perpetua sombra, flotaba con caracteres de estrellas esta inscripción: "Leteo, Río del olvido".

Airosa góndola avanzaba rápidamente en él conduciendo a un niño de rubias guedejas, colorados mofletes y de ojos vivarachos y alegres. El angelote hacía señas a Javier de que subiera a su embarcación. Rodoreda se embebecía mirando su cara que le era muy conocida, cuando oyó junto a sí una vocecita infantil e impaciente que exclamaba:

—Buenos días, papá; papaíto, "despielta, ¡despielta, homble!"

Javier abrió los ojos y se encontró con la riente carita de su hijo, un niño rubio de seis años, todo vestido de blanco, el mismo de la góndola: de tan larga pesadilla, la única realidad.

Y hostigado por ésta, Javier despertó...

INSTANTANEA

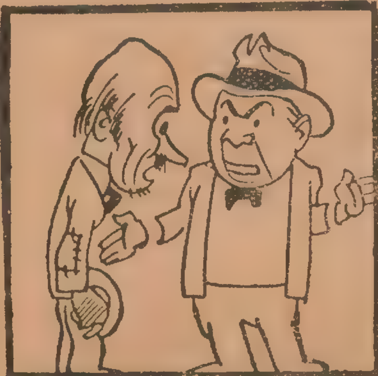
Armónicamente valsando, lucía
el vaivén donoso del talle sutil,
la bata de un rojo chispeante quería
abrasar en llamas su busto gentil.

El piano gozoso, reir parecía
con su cristalina risa de marfil,
y era tal el triunfo de la algarabía
que ningún "Nocturno" visitó el atril.

Haciendo derroche de olimpicas galas,
como en un esbozo rítmico de alas,
círculos pequeños trazaba su pie;

y dióle a la fiesta su música rara
en aquella tarde, suavísima y clara,
el viso azulado de fino moaré.

M. Cires IRIGOYEN.

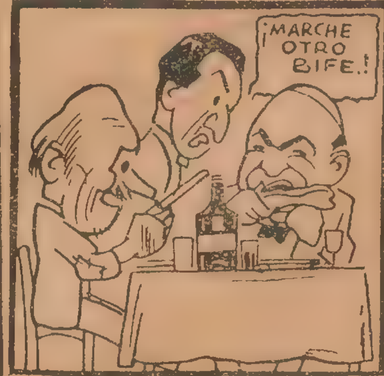


—Lo que son las cosas. Ud. no puede comer, porque no tiene plata, y en cambio yo, tengo plata, y no tengo apetito.



—Si paga el almuerzo, le indico cómo puede comer.

—Aceptado.



—Ha visto, amigo. No hay nada mejor que el "Hierro Quina Bisleri", para sentirse anfitrión.

EL TAMBOR

Por León Tolstoy

Erase una vez un hombre llamado Emiliano. Un día, al atravesar una pradera para ir a su trabajo, descubrió una rana que saltaba junto a él. Levantó el pie para no pisarla y pasó de largo. Casi en el mismo instante oyó que le llamaban y vió detrás de él a una hermosísima joven que le dijo:

—Emiliano, ¿por qué no te casas?

—¿Cómo pensar en ello, hermosa mía? Soy pobre y nadie me querría.

—Con tal que trabajes lo más posible y duermas lo menos que puedas, tendrás siempre en todas partes que comer.

—Sea — dijo Emiliano. — Casémonos.

Emiliano siguió a la joven; se casaron y vivieron felices.

Una vez, el voivoda pasó frente a la casa de Emiliano. Al ver a su esposa en la puerta, detuvo su caballo y le preguntó:

—¿Quién eres?

—La esposa del mujik Emiliano.

—¿Y siendo tan bella has podido unirte a un mujik? Tú merecerías un príncipe.

—Gracias — contestó Sonia; — con mi mujik soy dichosa.

Y en el palacio, el voivoda se dió a pensar en el modo de quitar al mujik su esposa.

Mandó buscar a Emiliano y, después de decirle que había resuelto tomarle a su servicio, le dió tanto trabajo que cuatro hombres hubieran podido hacerlo difícilmente, diciéndole que, si no lo hacía, lo mandaría matar.

Pero el mujik se puso a la tarea con tanto ardor, que la terminó aquel mismo día.

Transcurrió una semana y viendo el voivoda que, a pesar de aumentarle el trabajo, Emiliano siempre lo terminaba a tiempo, pensó encargarle otra tarea más difícil, y le mandó llamar.

—Oyeme — le dijo. — Es preciso que construyas una catedral y la dejes terminada por la noche. Si lo haces te daré una recompensa, si no, te cortaré la cabeza.

Emiliano no dijo nada; se fué a una catedral que estaba a punto de terminarse y trabajó en ella toda la noche.

Cuando el voivoda se despertó, recibió al mujik, que le dijo:

—Señor, la catedral está terminada. Miradla.

El voivoda, entonces, lleno de furor, al ver que nada podía contra el mujik, dijo a éste:

—Vete yo no sé dónde y tráeme no sé qué. Si no lo haces, te cortaré la cabeza. Entonces, Sonia le dijo:

—Tendrás que ir muy lejos, a casa de nuestra abuela; pídele ayuda. Si haces lo que ella te indique, todo irá bien.

Emiliano fué a ver á su esposa y le comunicó la extraña orden del voivoda.

Emiliano dijo a la abuela que lo enviaba su esposa, y le explicó el porqué de su visita.

—Bien — dijo la anciana. — Yo te ayudaré. Aquí tienes una pelota; déjala que ruede delante de ti y síguela. Te conducirá muy lejos hasta el mar. Allí encontrarás una gran ciudad. Entra en la primera casa y busca allí lo que te haga falta.

—Pero, ¿cómo lo podré reconocer?

—Cuando veas una cosa a la que se obedece más que al padre y a la madre. Tómala y huye. Lo llevarás al voivoda; y si te dice que no es lo que debías traerle, responderás: "Ya que no es ésto, habrá que romperlo". Entonces el voivoda te dejará en paz.

Emiliano se despidió de la anciana y, arrojando la pelota, empezó a seguirla hasta el mar.

Vió la ciudad y a la entrada de la misma una gran casa, en la que pidió permiso para pernoctar.

Al día siguiente se levantó muy temprano y oyó al dueño de casa que decía al hijo: — Vete a cortar leña.

—Es temprano — contestó el hijo; — tengo tiempo.

Después oyó a la madre que decía: — Vete, hijo mío; ya es hora. — Pero el muchacho no hizo caso.

En esto se oyó gran ruido en la calle. Entonces el hijo se levantó precipitadamente, se vistió y salió corriendo.

Emiliano salió también a ver qué era aquello a quien obedecía el hijo mejor más que a su padre y a su madre. Y vió en la calle a un hombre que marchaba golpeando algo redondo con unos palillos.

—¿Qué es eso? — preguntó.

—Un tambor — contestaron.

Entonces Emiliano trató de apoderarse de aquel objeto; lo logró y emprendió la fuga.

Se dirigió al palacio del voivoda, y dijo: — Decidle que aquí está el que viene de no sé dónde y trae no sé qué.

Pero el voivoda exclamó al verlo:

—No es esto lo que tú debías traerme.

—Bueno — dijo el mujik; — lo romperé.

Salió al patio y empezó a golpear fuertemente el tambor.

Al primer redoble, todas las fuerzas del voivoda se unieron a Emiliano, le tributaron honores y esperaron sus órdenes.

El viovoda empezó a gritar a sus soldados, pero éstos no le escucharon. Entonces tuvo miedo y dijo al mujik.

—Vete en paz; eso era lo que tenías que traerme.

Y Emiliano volvió a su casa y vivió dichoso al lado de Sonia.

SALVAMENTO

Por Will Scott



—Corran a buscar al sheriff. Esos locos quieren lynchar a un hombre...
—No es posible, porque el hombre a quien persiguen es el sheriff.

Se necesitan dos personas para hacer un héroe. Y a veces, como en el caso de San Jorge y la doncella, hacen falta tres; pues, a no ser por el dragón, el santo no hubiera debido salvar a la niña.

En ocasiones hasta se requieren cuatro personas, o cuatrocientas. El hecho es que nadie puede ser héroe por su propia cuenta. El heroísmo es como una canción coral que uno no puede cantar solo.

Si un hombre pudiera ser héroe ante sí mismo, no cabe duda que Smith lo había sido mil veces. En la imaginación no tenía ni pizca de pecho sino tan sólo medallas. Había ganado tantos premios imaginarios al valor, que puestos uno al lado del otro sobre su cuerpo, lo cubrían varias veces, como una armadura.

Smith era un soñador. Jamás pasaba ante un edificio de diez pisos sin imaginarse un incendio en la boardilla; una señorita que hacía desesperadas señales desde la ventana; una escalera de cincuenta metros; una multitud de cobardes, de los que nadie se atrevía a subir para salvar a la hermosa criatura: y, por fin, un héroe que se quitaba el saco y el sombrero, gritaba: "¡Despejen!", subía los diez pisos en un santiamén, tomaba a la joven en sus brazos en el preciso instante en que el techo comenzaba a desplomarse, y un mes después se casaba con ella en la catedral en presencia de lá mejor sociedad londinense. De más está decir que la señorita era millonaria e hija de marqueses, y que el admirado héroe se llamaba modesta, pero honrosamente, Jorge Horacio Smith.

Nunca veía un caballo sin suponerlo encabritado, montado por una desmayada amazona que había perdido las riendas y los estribos, precipitándose barranca abajo, hacia un abismo infranqueable, en medio de una muchedumbre aterrorizada que buscaba refugio detrás de las rocas... Pero no te asustes, lector; cuando el caballo ponía una mano en el vacío, Jorge Horacio se agarraba de las riendas, le obligaba a volver atrás con fuerza de titán y habilidad de domador, huía para no recibir las felicitaciones de la multitud delirante, era buscado luego por cincuenta "detectives" privados, descubierto al querer escapar al continente, llevado a presencia del padre de la joven, que había resuelto ser rey yanqui del carbón, del petróleo, o de los tomates en conserva, y... y el resto ya lo adivinas solo. El millonario quería retirarse de los negocios... necesitaba un socio activo y emprendedor..., una persona de confianza; su hija era la única..., etcétera.

Cuando Smith pasaba ante el Palacio de Justicia, veía con los ojos de la imaginación a un inocente preparándose a escuchar su sentencia, a un hombre — él mismo — que saltaba de un automóvil, derribaba de un puñetazo al policía que no le permitía entrar, se plantaba ante el asombrado juez, gritando: "¡Aquí tengo la prueba de que el reo es inocente!", y se desmayaba de fatiga, pues había viajado en "auto" durante treinta y seis horas, sin comer ni dormir...

Smith no podía cruzar un puente sin imaginar a una criatura de dos años que se ahogaba, y cuya madre era viuda, joven y rica... Y si oía que alguien había cruzado el Atlántico en veinticuatro horas, se veía cruzándolo inmediatamente en la mitad de tiempo.

Era ardiente la imaginación de Smith. Pero en contraste, ¡qué dolorosa realidad la de su vida!

No poseía aeroplano, de modo que no podía cruzar el océano. Si alguna vez aparecía en los tribunales, era para ser condenado a una multa. Cuando cruzaba un puente las ranas se burlaban de él con sus "¡cuá, cuá!" Los caballos a que se acercaba le recibían con coces. Y en su vida había pasado ante un edificio de diez pisos en el momento de declararse un incendio.

Una vez, es cierto, vió que un "cine" era presa de las llamas; pero le asombró tanto la inesperada dicha, que quedó paralizado, inmóvil... y otro héroe se le adelantó y salvó a la consabida señorita. En otra ocasión tropezó en la calle con un toro enloquecido, pero la bestia no le dió tiempo de preparar un plan de ataque; le rompió dos costillas y... prosiguió tranquilamente su carrera.

Lo único que le quedaba, pues, era salvar a un hombre en alta mar.

En eso, precisamente, estaba pensando el pobre Smith — se hallaba en un barco, en viaje al continente, — cuando vió asomar una cabeza en el agua. ¡Al fin le presentaba el destino una ocasión de lucirse! Sin pensarlo mucho se precipitó hacia la baranda, y se preparó a auxiliar al náufrago.

Como era medianoche reinaba en el barco un silencio completo. La luz de una claraboya trazaba en el mar una pequeña zona luminosa, en la que un ser humano se debatía desesperadamente con la muerte.

Smith dejó escapar un grito:

—¡Hombre al agua!

Después se quitó el sobretodo y el sombrero y abandonó el barco de un salto.

—¡Coraje! — gritó al desconocido. — ¡No se desanime, y sobre todo, no patalee! ¡En seguida le daré alcance!

El barco, mientras tanto, había detenido su marcha. Smith agradeció a Dios su buena suerte, pues eso significaba que bajarían un bote... Una cosa es salvar a un hombre, y otra tener que subirlo a bordo, cargándolo sobre las espaldas.

—¿Dónde está usted? — vociferó Smith.

Pero el viento soplaba con tanta fuerza, que ni él mismo oía sus palabras. Tragó una buena cantidad de agua, dió una vuelta en redondo, y, por último, a la luz de otra claraboya vió que una enorme ola levantaba a su hombre, y después lo dejaba caer como si se tratara de un muñeco.

—¡No desespere! — aulló Smith.

—¡Aquí estoy!

Con un formidable esfuerzo trató de acercarse al náufrago. Había visto bajar el bote y tenía miedo de que los marineros se le adelantasen. ¿Sería posible que fracasase su primer acto heroico? ¿Dejaría que otros le arrebatasen la gloria de un salvamento en alta mar? ¡Eso nunca! Lo impediría a costa de su vida.

Desesperadamente se abrió camino en el agua. Estaba ya a cinco metros del náufrago. A la luz de un reflector vió en los ojos de este último una mirada de terror pánico.

—¡Manténgase a flote! ¡Haga un último esfuerzo! — chilló Jorge Horacio Smith.

El bote que le seguía parecía haberse extraviado. Smith sintió miedo. ¿Y si los marineros no los encontraban en la obscuridad? ¿Si salvador y náufrago se ahogasen por falta de oportuna ayuda?

De pronto chocó con algo, y comprendió que había llegado al punto álgido del salvamento. La cosa con que había tropezado era el hombre a quien debía salvar.

* * *

No veía nada, pero tuvo la sensación de que el otro había comenzado a luchar, a pegarle. ¿Tratábase de un loco o de un suicida? Smith lo ignoraba, mas había leído tantos libros acerca de los héroes de la humanidad, y había salvado en sueños a tantas personas, que ya sabía cómo proceder en este difícil trance.

Tomó al náufrago por los cabellos, y le gritó:

—¡No se resista, estúpido! ¿No ve que está salvado? Si sigue oponiendo resistencia no haremos nada y nos ahogaremos los dos.

Smith recibió un puntapié bajo el agua. El otro murmuraba algo, pero el ruido del oleaje sofocaba sus palabras. Probablemente estaría protestando por el mal que le hacía Jorge, al tirarle de los cabellos. Pero Smith no le hizo caso, no quería perder la ocasión de ser un héroe.

Cuando más se oponía el náufrago a ser salvado, con tanta más fuerza le tiraba Smith de su respetable melena. Al final el sujeto dejó de vociferar frases ininteligibles, y de aplicar puntapies que más parecían coces de caballo. Eran inútiles sus esfuerzos para librarse de Smith. Este no iba a soltar su presa a ningún precio.

—¡No, no crea que le daré el gusto de ahogarse! — jadeó Jorge Horacio.

* * *

El bote ya estaba a la vista.

—¿Dónde está usted, señor Smith? — gritó un marinero.

—¡Aquí! — repuso el interpelado, orientándole con la voz.

—¿Encontró al náufrago?

—Sí, lo tengo agarrado de los cabellos. ¡Pero apúrese! Ya ha dejado de luchar.

Se aproximó al bote; media docena de brazos se extendieron en la obscuridad, y Smith y el hombre que había salvado fueron izados a bordo.

—¿Vive todavía? — preguntó el héroe con voz débil.

Abrió los ojos, y con enorme sorpresa vió parado delante de él a un hombre alto, de contextura atlética, que llevaba puesto un traje de baño. El "náufrago" le aplicó acto seguido un terrible pnñetazo a la mandíbula, que le envió rodando a un rincón del bote.

—¡Imbécil! — rugió el hombre. —Si no fuese por usted, yo sería el primer nadador que cruza en pleno Invierno el Canal de la Mancha. ¿Quien le mandó "salvarme"?

Smith no oyó nada más. Se había desmayado.

Las flores de la actriz

Por Alberto Acremant

—¿Has visto?
—¿Qué?
—Todavía más ramos de flores esta tarde.
—Sí; está bien.
—Afortunadamente, me admira la multitud de espectadores; porque si esperase de ti los testimonios de admiración..., tendría que esperar mucho tiempo.
—¿Por qué dices eso?
—¡Porque es la verdad!...
—Nosotros estamos juntos desde la mañana a la noche, y no puedo pasarme la vida repitiéndote que eres la primera comedianta de nuestra época.
—Tú eres celoso, y no me perdonas que reciba homenajes. Mejor harías siendo franco conmigo. Tú eres quien ha querido que yo fuese tu mujer. Si no me amas ya, dímelo. Conozco lo menos cincuenta que harían lo imposible por ser tus sucesores.

Como cada día Irene de Chautreuil recibe en su cuarto del teatro flores encargadas de revelarle el nombre de sus múltiples adoradores, cada día también se reproduce el mismo diálogo entre ella y su marido, Carlos Grandchamps.

Al cabo del tiempo se ha establecido entre estos dos seres, que, sin embargo, se aman sinceramente, una situacion bastante parecida al estado de guerra. Hay amores que están destinados a no gozar nunca de la tranquilidad... Sin embargo, cuando Carlos Grandchamps se casó con Irene Chautreuil parecía que su unión había de ser todo dicha y tranquilidad. El, enamorado de la artista, había pedido su mano, y ella, que parecía que lo esperaba, aceptó con una sonrisa.

Y no habían pasado algunos meses cuando comenzaron sus cotidianos enojos, a consecuencia de los ramos de flores.

La primera vez que ella le dijo: "Conozco lo menos cincuenta que harían lo imposible por sucederte", Carlos se sintió confundido. La segunda vez comprendió lo que pasaba por el espíritu de Irene.

Ahora sabía ya no apasionarse inútilmente. Consideraba esas escenas como uno de los obligados incidentes de la vida en común, y sabía que eso no duraría siempre.

La actriz que no tiene la aureola de la juventud ve pronto cambiar el carácter de los homenajes que se le tributan. Se la admiraba antes con el corazón; ahora, con la cabeza... Y las flores van siendo cada vez menos. Carlos previó el momento en que los admiradores se conformarían con aplaudir desde sus butacas. Entonces él tendría su desquite.

Llegó una noche en que, por primera vez, la doncella dijo a Irene:
—No han traído nada para la señora.

La actriz se negó a creerlo.

Pero cuando hubo de rendirse a la evidencia tuvo una crisis de lágrimas y reclinó la cabeza en el pecho de su marido.

Este se disponía a triunfar. Ella se preguntó:
—¿Seré ya vieja?

Al cabo de algún tiempo este pensamiento era su obsesión. Se había planteado la cuestión a sí misma, aunque es cierto que la resolvía siempre negativamente.

Pero los hechos le daban el mentís más doloroso.

Ella repetía:
—¿Seré ya vieja?

Carlos comprendió su angustia, y amaba demasiado a su mujer para consentir que fuese desgraciada.
—No. Tú no eres vieja. Tú no has tenido nunca más talento que hoy...

Desde el día siguiente comenzó a recibir Irene ramos de flores.

Era Carlos quien se los enviaba con nombres supuestos.

Su mujer pudo decirle nuevamente:
—Conozco lo menos a cincuenta que harían lo imposible por sucederte.

Y él tuvo el valor de contestar:
—Sí, querida mía: lo sé. Pero tú no me abandonarás nunca, porque yo te amo por todos los cincuenta, y algo más.

LAS SIRENAS

En las hondas del verde caimanero
estriadas de luz en áureas venas,
un grupo bullicioso de sirenas
juega y canta su canto lisonjero.

Es la luna de nácar un venero
y al bañar ese nácar las serenas
extensiones del golfo, de iris plenas,
finge hervores de perlas cada estero.

Dos sirenas del coro se retiran:
se quieren y se atraen; tornan, giran
se besan en los labios escarlata,
sumérgense abrazadas en las olas,
y resurgen unidas sus dos colas
como una lira trémula de plata.

Amado NERVO.

VALLISTOS

Por Fausto Burgos

Llegaron de mañanita, arreando una tropa de mulas gordas, de pelaje fino. Al paso de la madrina, sonaba el cencerro.

Eran hasta cuatro los vallistos; venían de la Poma, de la lejana Poma.

La tropa de mulas hizo un huelgo en un terreno baldío, a la vera de una de las calles de Abra-Pampa. Apeáronse los vallunos y a la hila se dirigieron al boliche de Quispe, el kocanis. Yo estaba sentado en un banco, cuando penetraron haciendo sonar las pesadas rusas. Gastaban antiparras, puyos de vicuña, sombrero ovejuno con barboquejo. Tenían la tez bruna y lustrosa; el bigote escaso.

Ya Quispe, el kocanis, me había dicho:

—Estos son buenos clientes: traen plata salteña. De aquí se llevarán una petaca llenecita de quintos bolivianos... ¡Y cómo no!... Fíjese, son cuatro ellos y como veinte mulas... La Compañía minera los ha contratado. Mañana empezarán a cargar no sé cuántos tirantes de quebracho y de hierro... Y no es poco... los caminos son de cerro, y casi siempre cuesta arriba, pura piedra. ¡Dónde llegan sus mulas, no llega ni el diablo!

Quispe les saludó cariñosamente, les palmoteó las espaldas y les ofreció cuanto tenía para vender: coca, del tambor en ese instante abierto; harina de maíz, lustrosa y dulce; alcohol tucumano de noventa y cinco arriba; pan de mujer, y rusas recién llegadas, de cuero fuerte; les enseñó pretales, frenos, pellones y caronas adornadas con piel de tigre.

—Caro... caro... todo caro, señor.

—Barato, tirado y de muy buena clase...

No se habían sacado las antiparras. Sus rostros tostados, producían una impresión de angustia y desaliento. Creo que compraron una libra de coca y tres botellas de alcohol. Después, un largo silencio.

—¿Qué tal el viento?

—Fiero, señor.

—¿Corre por la tarde?

—Todo el santo día. Las mulas se nos querían volver, se nos querían volver, tan fiero soplaba...

—¿Levanta greda?

—Y arena del cerro.

—Y arena de los peladares...

Yo les miraba el rostro tostado, los labios partidos, las antiparras negras, sus puyos castaños, los recios pantalones de barragán, los botines patrias, duros como palo, y pensaba en las desiertas pampas, en las quiebras angostas, en las cuestas pobladas de cardones, y pasacanas, en los salares bermejos que ellos cruzaron, a la zaga de sus mulas.

—Fiero el viento, señor... a ver, vea como se me han puesto los ojos — me dijo uno de los vallistas, de cara enjuta, joven lampiño, quiscudo.

Y se quitó las antiparras.

—A ver, vea señor.

Tenía irritado el ruedo de los párpados.

—¡Amigo!

—¡La arena, señor!... Se nos rasgaron los labios; el frío, el viento...

Los otros vallistos me miraban ahincadamente, como diciéndome: "Nosotros también anduvimos por pampas desiertas, por quebradas pedregosas, por ríos secos; repechamos por cuestas blanquizcas. De noche, mientras las mulas olfateaban buscando qué comer, nos dormimos al raso, sobre la montura. Y ni así nos dejó tranquilos el viento de las cordilleras".

—El viento, el frío, señor...

—¿Muchas jornadas?

—Siete y ocho días también, según las mulas. Estas que traemos son de una remesa nueva. Allá, en los salares, se nos querían volver...

En uno de tantos repechos, divisé la tropa. Iban las mulas gordas, de pelaje fino, cargadas con sendos tirantes de quebracho y de hierro. Hasta Abra-Pampa, habían llegado de vicio, como se dice vulgarmente.

Uno de los vallistos, enhorquetado en un macho, hacía la punta; los otros iban zagueros, volviendo sin prisa, con mucho regalo, el acuyico verde; miraban las cuestas vestidas de huarí-cocas y maichas, los morros blancos de donde manaba agua de roca y los mogotes azulencos. ¡Tanto caminar, tanto lidiar para ganarse unos pesos! ¡Y qué triste los montes bravíos, donde el viento zumba y zumba!... Hasta las mulas, se querían volver... De vez en vez, tenían que chicotearlas... ¿Y dónde la quebrada fresca con su regalo de iro y de chillagas?

Paré cerquita.

—¡Adiós!

—Que le vaya bien, señor.

—¿No lloverá?

—Apúrese, que ya viene negreando... Y ya rebuznaron dos machos... Y es seña segura.

Antes de pisar las peñas griseas, rosadas, que atalayan a Cochinoca, me volví atrás. Había barruntos de tormenta; ¡y qué barruntos!... De un cerro a otro se cruzaban los relámpagos... Tuve miedo. ¿Y el rayo? De mis ponchos de vicuña parecía levantarse una vaga fosforecencia.

Llegué al sitio donde estaban los vallistos, hecho un chumuco; la mula chorreaba.

—Aquí, señor...

—Allá voy...

Asombrado me bajé. De un cerro a otro se cruzaban los relámpagos. Después, el viento de arriba, arrojó sobre los montes yermos sus ponchadas de pedriscos...

Nos quedamos tiritando, uno al lado del otro.

—¿Ha visto, señor? Esta es la vida de los pobres...

Eramos hermanos, ahora; teníamos miedo a los nublados, al viento, a la noche, a la muerte...

—¿Ha visto, señor?

En ese instante, onduló una centella...

Celebración del 9 de Julio





El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, acompañado del vicepresidente, doctor Elpidio González, de los ministros del Poder Ejecutivo y seguido del cuerpo diplomático extranjero, altos funcionarios de la administración y demás personas de la comitiva oficial, dirigiéndose a la Catedral con objeto de asistir al Tedéum oficiado con motivo del 9 de Julio



Los alumnos del Colegio Militar desfilando ante el primer magistrado



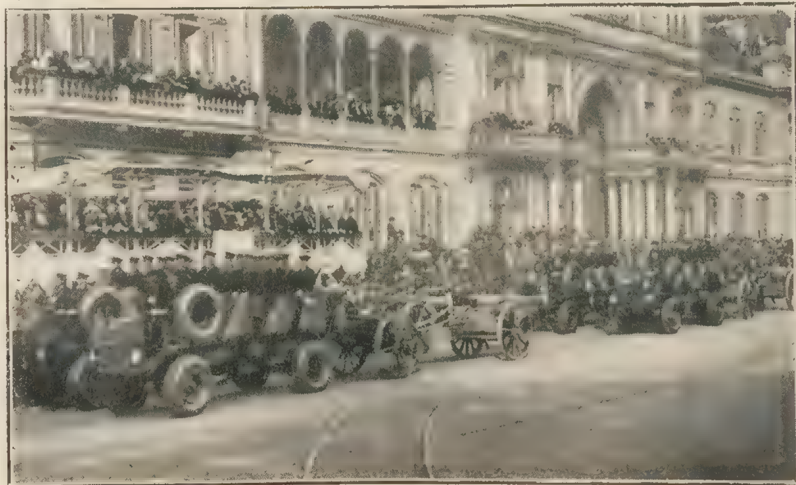
La Escuela Naval a su paso frente a la casa de Gobierno



Sección de caballería del Colegio Militar



Automóviles blindados que, por primera vez, tomaron parte en el desfile



Artillería pesada



Comunicaciones y palomares militares



Regimiento de granaderos a caballo General San Martín



Artillería de montaña



Marinería de desembarco



Escuela de tiro



El presidente de la Liga Patriótica Argentina, doctor Manuel Carlés, presidiendo la manifestación cívica de las alumnas de las escuelas para obreras, fundadas por la institución



Un aspecto de la columna femenina a su llegada a la plaza de Mayo

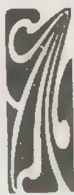


Las obreras rodeando la pirámide de Mayo



Durante el almuerzo servido en el Palais de Glace con el que la Liga Patriótica obsequió a las obreras

Fiestas sociales





Un grupo de concurrentes al festival organizado por la comisión directiva de la Asociación Inca Huasi, en beneficio de la obra que realiza esta institución, y llevado a efecto en los salones del Club del Progreso



Otro núcleo de asistentes a la lucida fiesta realizada por la Asociación Inca Huasi.



Instantánea tomada durante un intervalo del baile con que el Centro Valencia conmemoró el aniversario de la jura de la independencia.



Algunas de las familias que concurrieron al baile realizado en los salones del Círculo Andaluz, fiesta con la cual se asoció dicha institución a la celebración del 9 de Julio



Parte del elemento femenino que asistió al baile inaugural realizado por el Centro Unión y Progreso, en homenaje a la efemérides patria

La Casa del Canillita



Con una simpática fiesta, auspiciada por la Sociedad de Damas Protectoras del Obrero, realizóse la inauguración de la Casa del Canillita, situada en la calle Ayacucho número 352. Esta loable iniciativa, que se debe a las señoritas Sara Quiroga y María Bosch Alvear, tiene por finalidad proporcionar hogar a los canillitas que carezcan de él y brindarles gratuitamente la instrucción necesaria. Grupo de distinguidas damas y niñas de nuestra sociedad, que han tomado a su cargo la realización de tan bella obra, y que han de llevar sin duda alguna, al más halagüeño de los éxitos.





Vista parcial de los canillitas que asistieron a la inauguración de su casa social, tomada mientras las damas y niñas empeñadas en la noble iniciativa les sirvieron un suculento almuerzo. — El canillita Miguel Romano, leyendo un discurso de agradecimiento, en nombre del gremio de vendedores de periódicos

Concierto



Las señoras Carmen A. Sánchez Elía de Quintana, Magdalena Bengolea de Sánchez Elía y Antonieta Silveyra de Lenhardson, durante el concierto realizado en la Asociación Amigos del Arte

Pianista

El notable pianista Arturo Rubinstein que está obteniendo señalados éxitos ante el público porteño, con sus inspiradas audiciones musicales



Conferencia



Señor Ricardo M. Llanes que invitado por la Sociedad Popular de San Cristóbal pronunció, en el salón de actos públicos de la escuela de "Puertas Abiertas", una conferencia que versó sobre el tema "Los niños en el engrandecimiento de la patria".

Colocación de la piedra fundamental del edificio para la Dirección de Yacimientos Petrolíferos.





En el terreno comprendido por las calles Estados Unidos, Azopardo y Paseo Colón, y vecino a las dependencias que ocupa el Ministerio de Agricultura, procedióse a la colocación de la piedra fundamental del edificio que será destinado a la Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. — El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear y el ministro de Agricultura, ingeniero Mihura, dirigiéndose al sitio de la ceremonia.



El primer magistrado y miembros de la comitiva oficial escuchando el discurso pronunciado por el ministro de Agricultura



El ingeniero Mihura dando la primer palada de argamasa en la colocación de la piedra fundamental



Durante el acto de la colocación del bloque de granito sobre el que se asentará el futuro edificio de la Dirección de Yacimientos Petrolíferos Fiscales

Escritora laureada





Señorita Laura Cortinas, distinguida escritora uruguaya, a cuya pluma se debe la novela titulada "Carmita", obra que ha obtenido el premio a la mejor producción literaria, en el concurso organizado por el Ministerio de Instrucción Pública de la República Oriental del Uruguay, y de la cual reproducimos un capítulo en otro lugar de este número



UNA CURSI...

Por la Condesa de Castellá

¿Por qué crueldad de la suerte había nacido en viaje la niña de Listrán?

Cuando lo supieron las amiguitas todo fueron risas y cuchufletas.

—¡Pero hija, qué tonta!

—¡Qué imprevisión!

—¿No llevaba la cuenta?

Por no faltar a las fiestas, exponerse a "eso" en un tren.

—Claro, como que nunca ha visto nada y es "una cursi".

Ese fué el epitafio de la pobre señora de Listrán, pues la emoción y anormales condiciones de su alumbramiento, la dejaron en un estado de salud que la llevó pronto al otro mundo.

Una parienta rica y solterona que fué su madrina, resolvió darle a la pequeña su vulgarísimo nombre, y a pesar de la repugnancia de los padres, la niña se llamó Ceferina; cosa que acogieron los invitados al bautizo con un solemne:— ¡Qué atrocidad! ¡qué cursi!...

Al cuidado de su padre y de la tía creció Cefe como la llamaban, pero a los diez años la pusieron en el colegio donde estaba lo mejor de la capital.

Cuando llegaron las educandas de uniforme, más o menos cariacontecidas por las terminadas vacaciones, en la sala de recreo vieron entrar a la maestra con una niña de la mano que venía cohibida y llorosa. Llevaba el pelo rizado como el de una negrita y un traje de seda chillón, con medias de seda blanca y altas botas de tafilete.

Hubo un momento de silencio, los codos de las mayorcitas se pusieron en contacto y un suavísimo "¡Qué cursi!" recorrió los grupos de las colegialas. Con unas cuantas palabras severas a las niñas y un cariñoso golpecito en la mejilla de la "nueva", la dejó la monja extranjera entre sus compañeritas.

—¡Pobre chica!...

—¿Cómo te llamas?

—¿Tienes papás?

Dijeron a un tiempo varias voces a la recién llegada; mientras una "hija de María", zangolotina y guapa, le decía muy amable:

—Aquí estarás muy contenta... Vaya no llores más; y dinos como te llamas.

—Ceferina... Cefe...

Una carcajada general acogió la respuesta.

—¡Ceferina, qué nombre!... igual que el del sacristán.

—¡Já, já, Cefe...! qué diminutivo más feo y más cursi.

La pobre niña se sonrojó y siguió llorando al sentir el adjetivo que escuchaba a veces en la calle, cuando su madrina le ponía algún traje de esos estupendos que costaban tan caros; la palabra que no se esperaba en el convento donde las religiosas se ocuparían de su educación algunos años.

Ceferina, que no era torpe y además aplicada, se ganó las voluntades de las maestras, encontrando verdaderas amigas entre las de su edad. Pero a menudo un gran paquete que traía la portera turbaba la calma en que vivían las niñas. En él aparecían las corbatas lisas de reglamento, convertidas en complicados lazos que asustaban a las monjas y eran el hazmerreir de las educandas, o los guantes obscuros de uniforme, metidos entre cabritillas claras con costuras bordadas de colores: y así lo demás que mandaba la cariñosa y adinerada tía para su "nena", que alguna observó como la religiosa que guardaba la clase, mezclaba entre las "aves marías" del rosario que mascullaba, elocuentes "¡Nst! ¡Nst!" como quien dice ¡lástima de dinero tan mal gastado!...

En las vacaciones, las amiguitas de Cefe, que era muy obsequiosa, querían salir con ella, llevarla al teatro; pero al volver a casa oían a sus madres decir poco más o menos:

—Es mona esa niña y muy dulce. Pero hija, cuando entraron en el palco de al lado las de Fuentes yo estaba volada; porque como son tan burlonas y Ceferina estaba "tan cursi"...

Y el corazón humano que en la infancia es sencillo y generoso, pero no heróico se encogía en el pecho de las compañeras que seguían... queriéndola mucho; pero... por sus familias la convidaban menos.

Claro que había excepciones entre ellas, la marquesita de Liria, que huérfana de padre tenía una madre elegantísima, y a pesar de su modesta fortuna, resto de un capital espléndido, estaban siempre hechas un figurín. Mucho hizo Blanquita por Cefe; la llevaba a todas partes, y la señorita de Listrán ofrecía a su vez valiosos regalos a la marquesita y su madre, que éstas por delicado temor a que se ofendiesen, no se atrevían a rehusar, pagándolas con cariño sincero y mil pequeñeces de exquisito gusto que las dos Ceferinas ostentaban con mal disimulado orgullo. No había medio; por más que gastaran las Listrán, nunca resultaban como las de Liria, y cuando estaban juntas la diferencia era más sensible. El mal se hacía crónico, era un estigma, y los siete años de colegio elegante, aunque habían modificado a Ceferina y dirigido en parte sus aficiones, no pudieron quitarle el sello que el mal gusto de su madrina dejaba en todas las cosas.

Al entrar en sociedad sus compañeras la saludaban mucho; más tarde, al ver en paseo el coche y los trajes de la tía, el cordial y sonriente saludo se enfriaba ligeramente y en ocasiones se volvió presuroso y descortés.

Cayó la señorita de Listrán en un círculo muy inferior a su educación y fortuna; pero como el centro de gravedad se impone, doña Ceferina siguió frecuentando, una sociedad más o menos adinerada pero nunca distinguida. Cefe se defendía del contacto; leía mucho, se refugiaba en su "boudoir" donde estudiaba el piano largas horas; cerraba los ojos a la manera de sus visitas y, a riesgo de molestar a su tía, vestía con sencillez; pero confundida ante su solícita ternura y por temor a disgustar a su padre que vivía feliz, encerrado entre innumerables coleópteros, quemándose las cejas sobre Cuvier y Buffón, se ponía a menudo cosas absurdas, sombreros complicados, etc.

Con uno de éstos la conoció el Vizconde de Luna, muy guapo, muy tronado y capitán de caballería. Preguntó quien era la chica, se hizo presentar, y al olor de su dote la seguía como su sombra. No tardó Ceferina en corresponder a lo que creía verdadero cariño con un amor puro y profundo, y aquí empezó el Calvario. Doña Ceferina, instruída del buen punto que era el mozo, no quiso ni oir hablar de él; le prohibió la entrada en su palco, el hablarles en la calle, y así pasaron dos años.

Interesado algo el Vizconde, terco por la oposición y resuelto a conseguir el millón de pesos, ideó un medio para corresponder con Cefe; inauguró la serie de cartas apasionadas y tristes que ella contestaba con dolorosas y enamoradas misivas.

Bajaba la doncella con la carta hasta el café de la esquina; el Vizconde entregaba la suya; para no perder tiempo, la seña convenida era que Cefe tocase el piano, y como el de Luna no tenía pizca de oído, hubo que resignarse a que fuese siempre la sobada "Stella Confidente" único repertorio que el aristócrata poseía.

Doña Ceferina, encantada de salir de Beethoven y Chopín, decía a su sobrina:

—Hijita, gracias a Dios que tocas cosas que se entienden; la "confidenta" es preciosa y de noche me hace un efecto!...

Poco sabía la señora que era una contraseña; en aquel barrio solo una cosa así hacía comprensible la "stella" todas las noches y a la misma hora; péro, ¿cuándo había ella analizado nada en su vida, y a qué sacar consecuencias?

Una noche, bajó Petra la fiel criada por el misterioso papelito y oyó como el Vizconde decía a un amigo que le acompañaba:

—No se me escapa la chica.

—¿Quién es?

—"Una cursi, muy rica"; ya te contaré...

Indignada subió Petra la escalera, cuando temblorosa y sonriente salió Cefe a su encuentro.

—¿Qué tal, Petra?

—Como siempre, señorita.

—¿Nada más?

—Señorita... ese hombre... no la quiere a usted. Y le espetó el breve diálogo que había sorprendido.

À los pies de su doncella cayó Cefe como muerta, muertas también todas sus ilusiones. Extraño malestar la aquejó algún tiempo, el frío trajo tos y calentura, y durante tres meses agonizó la infeliz en una butaca.

Su madrina, aflijidísima, cambiaba de médico a menudo; pedía consultas y nuevos remedios. Todo fué inútil...

El último mes, la marquesita de Liria, con quien habían conservado amistosa correspondencia, llegó recién casada; día y noche acompañaba a su pobre amiga, sorprendiendo el vulgar y triste secreto que ocasionaba su muerte, y una cólera sorda atormentó a Blanquita contra el causante de tanto duelo; indiferente y mudo, a pesar de la enfermedad mortal de su víctima.

Afinado el rostro, transparente la tez, febriles los grandes ojos con azulados nimbos, libre de rizos y ridículas galas, Ceferina estaba hermosísima, espiritual y llena de la majestad del sufrimiento.

El marido de Blanquita, que era un parisien muy "comme il faut", fué un día a verla, y al salir dijo a su mujer:

"Elle est jolie ton amie et si distinguée la pauvre petite".

¡A buena hora aparecía Cefe distinguida por sus maneras, su educación y bondad nativa!... Si la hubiesen podido ver las compañeras del colegio esquivas, y sobre todo el Vizconde en particular...

Una tarde de invierno. Cefe murió en brazos de los que la amaban. Al salir el sacerdote que la confesara los tristes ojos se nublaron, y la gentil cabeza se dobló exhalando el último suspiro.

Frente al templo donde se realizaba el funeral, hallábase un blasonado carruaje.

La marquesita de Liria, cogiendo una gran corona de manos de un empleado, vió venir hacia ella un oficial de caballería; reconociendo a su lejano pariente el Vizconde de Luna.

—A tus pies, bellísima Blanca.

—¿Cómo va, Carlos?

—No tan bien como tú; y... ¿dónde vas con... "eso"? — preguntó señalando a las flores mortuorias.

—Voy al cementerio a rezar por Ceferina Listrán que murió por tu culpa. No sabes lo que has perdido, porque ¡era un angel!

El Vizconde palideció horriblemente y, llevando la mano a su gorra se alejó despacio, perdiéndose entre la multitud la gallarda y aristocrática figura.

Blanquita quedó pensativa, sin dar la orden al lacayo, cuando su marido y su madre subieron al coche y juntos se dirigieron al cementerio.

Al preguntar por la tumba que buscaban, el sepultero les hizo grandes elogios de su lujo y riqueza; después de andar un poco, les enseñó una verja con un prupo de piedra en medio.

En mármol blanco, muy parecida y sentada al piano estaba Cefe;

(*Continúa en la página* 35)

Actualidades cinematográficas



Charles Chaplin, tal como es en la vida diaria el famoso actor, autor y director cinematográfico



Chaplin y Mernie Kennedy en una escena de "El circo" que Artistas Unidos estrenará mañana



La bellísima Mernie Kennedy, nueva artista descubierta por Chaplin, su compañero en "El circo"



Monte Blue y Edna Murphy en "Entre mar y cielo", que la General estrenará el viernes 20



Escena de "Titania" (la Babel de hierro), film extraordinario que interpretan George O'Brien, Virginia Valli, J. F. Mc. Donald y Jane Collier, que la Fox estrenará el viernes próximo



Virginia Lee Corbin y Donald Keith en "La moral de los hombres", que la Corporación estrenará el domingo 22



Escena de "Demonio y carne", film que interpretan John Gilbert, Bárbara Kent, Greta Garbo y Lahrs Nauson y que la Metro - Goldwyn-Mayer estrenará próximamente



Vivian Gibson e Ivan Petrovich en "El diamante del Zar", cinta extraordinaria que la New York Film estrenará en breve

FOOTBALL



El embajador de España señor Ramiro de Maeztu, saludando a los jugadores antes de iniciarse el partido entre españoles y argentinos realizado en la cancha de Boca Juniors, ante un público numerosísimo que llenó totalmente el estadio.



Componentes que integraron el team del Real Club Celta de Vigo, a quienes correspondió la victoria por 1 a 0 goals, en su encuentro con el combinado Asociación Amateurs

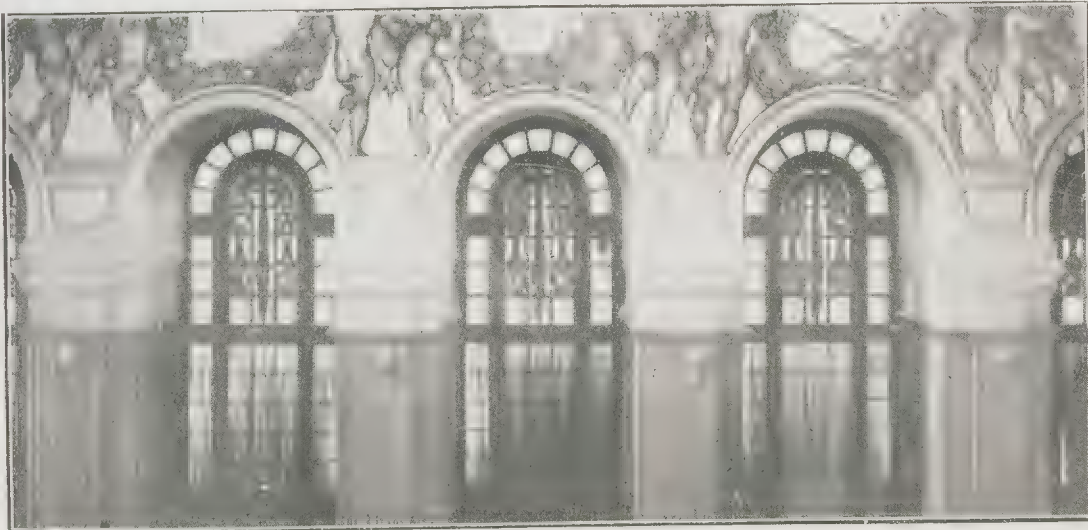


Elementos del equipo argentino combinado Asociación Amateurs, que sostuvo bravamente la lucha, cayendo vencido por el mínimo score.



El guardavalla del Celta en una de sus atajadas, frente al arco del equipo visitante

De Canarias. — El teatro Pérez Galdós





Hall del magnífico teatro Pérez Galdós recientemente inaugurado en Las Palmas (Canarias). Su costo es de cinco millones de pesetas y está considerado como el primer coliseo de España. — A la derecha: un detalle del interior del edificio, que ha sido lujosamente exornado.

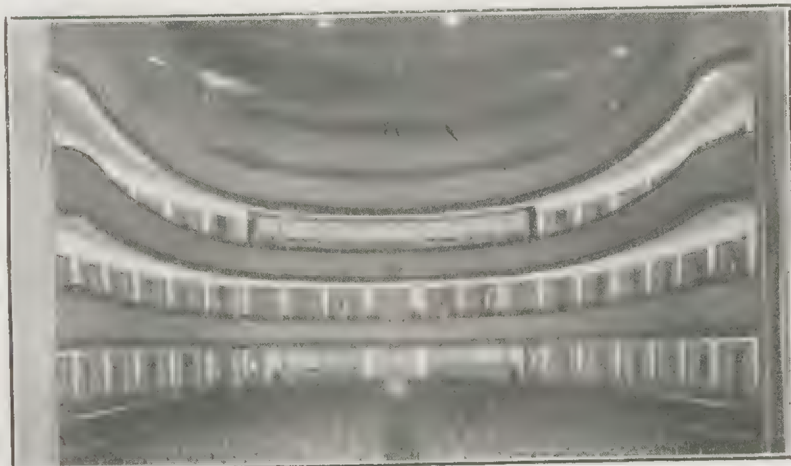


Aspecto de la escalera que conduce a los palcos principales





Salón Saint Saens, decorado por el notable pintor Néstor F. Martín de la Torre, trabajo por el que el artista cobró sesenta mil pesos



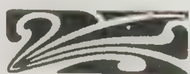
La sala del teatro Pérez Galdós, cuya capacidad es de dos mil espectadores



Entrada al salón denominado Saint Saens

Fots. Teodoro Maisch

Recitadora uruguaya





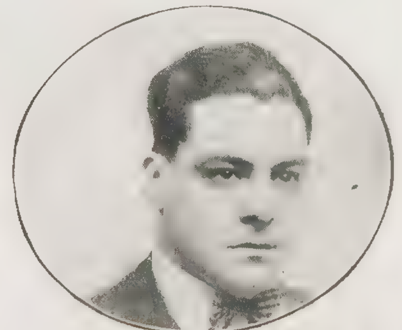
Señora Débora Valiente, declamadora uruguaya, que ha obtenido señalados éxitos en la Casa del Arte, de Montevideo, y que en breve dará en Buenos Aires algunas audiciones poéticas.

Guitarrista



Celia Rodríguez Boque, precoz guitarrista de 12 años de edad, que ha sido aplaudida en varios conciertos

Bibliografía

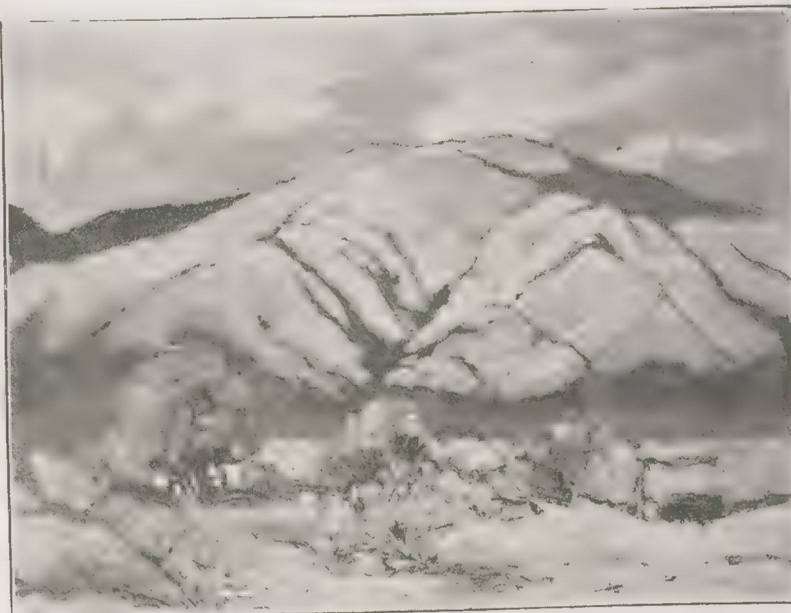


Señor Arístes Salgueiro, autor del libro "El hombre que se perdió a sí mismo", de próxima publicación

Pintores argentinos: Atilio Malinverno



"LA CAPILLA DE CAUDONGA"



"SOL DE TARDE"



"TARDE FRIA"

He sostenido más de una vez que tanto la pintura como la escultura como la música... y, en fin, todas las artes, serían expresiones divinas si pudiéramos apreciarlas con absoluta prescindencia del artista. Porque he aquí que en los tiempos que corren, decir artista es decir vanidad rayana en egolatría... y no pocas veces, es decir, lamentable unilateralidad.

Atilio Malinverno es una de las bellas excepciones que conozco. Es uno de los casos muy raros, por cierto, en que los valores artísticos están a tono con las exquisitas dotes espirituales del artista.

Malinverno es un hombre culto, de indiscutible versación en asuntos históricos. Es humilde y bueno. Su afabilidad desborda en su habitual sonrisa. Vive enamorado de su arte...

Este notable paisajista que parece tener en sus pinceles el secreto del color que la Naturaleza reserva solo a los elegidos; este magnífico poeta de la pintura que ha desentrañado con su mirada de aguilucho en la que se afina toda su alma de gran artista, el misterio de la niebla que enturbia las crestas serranas, ha sorprendido admirablemente el rayo de luz rojiza con que el sol parece querer agarrarse de las copas de los árboles en el instante de morir en el tramonto...; la diáfana alegría del agua...; la solemne tristeza de un rancho abandonado que es todo un símbolo de nuestra evolución étnica y social...; el comunicativo optimismo de un paisaje embriagado de luz bajo el maravilloso cielo sanjuanino...; la soberbia quietud de un rincón como Barranca Yaco, escenario salpicado por la sangre bautismal de nuestra Historia y donde la Naturaleza, aún hoy parece no haber salido del estupor que le causó la epopeya; la negrura de las tormentas rugientes, de esas tormentas cordobesas, traicioneras como los ojos de las *gurisas...;* la nube blanca flotando en el cielo que es como un pañuelito con que el alma de la serranía dice adiós al sol que se va...

Atilio Malinverno es un trabajador infatigable. Vive afiebrado de inspiración. Produce mucho, pero no se repite: es como la Naturaleza de la que vive enamorado, que no tiene dos momentos iguales.

Hace algunos años, ciertos críticos que vieron trabajar a Malinverno con decidido empeño, en la pintura de eucaliptus, llegaron a afirmar que este artista era el intérprete por antonomasia de aquel árbol. Y he aquí que en esta exposición, Malinverno, se abstiene de presentar eucaliptus, en un hermoso alarde de su ductilidad y en bella rebeldía de artista que se renueva en sus asuntos, aunque sea siempre la misma su serena y bella expresión pictórica...

Oscar R. BELTRAN



"EL SOLITARIO"



"RANCHO SERRANO"

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



ROSARIO DE LA FRONTERA. — Señora Masey de Acosta y su hijita Beba.



Señoras de Sáenz y de Araujo



Señor Amando Godoy



Señor Marcelino Sierra y familia



Señora y señoritas de Beltrame y doctores Gallino y Gowland.



Señoritas de Beltrame y doctores Gowland, Gallino y López



SAN LUIS. — Match de box entre los aficionados Torcarelli (argentino) y Miranda (chileno), donde venció el último por puntos



RIO CUARTO. — Team de Talleres de Córdoba, que en el encuentro sostenido con Liga de Río Cuarto, triunfó por 1 a 0 goals



ROSARIO DE SANTA FE. — Enlaces: Señorita María P. Saggese con el doctor Francisco Saggese



Señorita Aurora Sánchez Córdoba con el señor Carlos Pagliano



Señorita Osvalda Yolanda Fernández con el señor José A. García



Señorita Delia Vives con el señor Rafael Rodríguez Araya



Señorita Emilia M. Gastaldi con el señor José Julliand



Señorita Rede Bronstein con el señor Sergio Siderman



Señorita Delia Díaz Mazza con el señor Alfonso Catelli

El precio del agua

Por Víctor Montagne

I

A lo largo del camino de la Posta, y bajo la extensa muralla de álamos que lo bordea, corre la hijuela del canal Retamo. Con sus aguas pletóricas de fecundante limo, los labradores lugareños riegan las tierras de cultivo, donde florecen la vid y el olivo y fructifican los umbrosos nogales.

Una sabia ley, servida por rigurosa administración, pone a cubierto del robo las aguas de riego.

La hijuela de la Posta, no sólo provee a las fincas de algunas familias pobres que viven allí en el fondo del camino, sino que abona también la rica propiedad del viejo don Robustiano, primera, por derecho y razones de ubicación, para hacer uso del agua.

No existe en toda la comarca quien no conozca a don Robustiano.

Hombre laborioso como ninguno, con la inteligente avidez del labriego y la terca voluntad del buey, supo enriquecerse elevándose por encima de la pobreza y las humillantes miserias de un origen dudoso. Su vida transcurrió en medio de sendas fatigas y crueles sinsabores. De corazón ladino, hubo de moldear el espíritu en la maldad de su propio instinto. Desde que tal consiguió siniestro, receloso, atormentado por deseos egoístas, siente algún goce pasajero cuando sus ojos grises, que miran fijamente como los de las aves de rapiña, ven que las artimañas por él tramadas rinden su fruto: el logro del trabajo ajeno.

Nada tiene de extraño, por tanto, que don Robustiano haya pasado dos noches sin dormir. Motivan sus cuidados y desvelos el quererse aprovechar, ilícitamente, una vez más, de un turno de agua. Para ello ha maquinado, con pocas reformas, el plan de siempre, que en toda ocasión le dió resultados provechosos.

Temeroso de que el tiempo se le escape, inquieto como una ardilla, anda de acá para allá, detrás de la peonada, señalando, surco por surco, lo que se debe hacer para lograr hasta la última gota de aquel su codiciado elemento.

A pesar de haber comprado la voluntad del repartidor, toma toda clase de precauciones para evitar que ese día, o por la noche, le rescaten la compuerta sus limítrofes, unos buenos vecinos llamados Almeida.

En la duda de si el contratista hubiera olvidado las instrucciones que para el caso le había dado, resolvió verse con él. Lo halló abriendo un bordo a fuerza de azadón.

—Vea, José María: ya sabe que ando con ganas de darle un escarmiento a esa chusma que me roba.

—Comprindo, don...

—Quiero que me haga las cosas tal cual se las he explayado. Hay que acabar con el pillaje. ¿Me entiende?

—Comprindo, don Robustiano. Lo más importante lo hei de comenzar cuando sea oscuro.

—Claro, pues. Pero que esté listo bien luego. Es necesario regar toda la noche. Puede ir preparando los faroles.

—Pierda cuidao, que no nos agarrarán durmiendo.

Don Robustiano se aleja, acercándose de paso a un peón que se ocupa en regar. Saca su reloj y toma el tiempo que emplean las aguas en llenar un surco. Y luego continúa hacia las casas, animado el rostro por una perversa sonrisa.

El sol se acuesta perezoso sobre un horizonte abierto y encarnado. En las arenas doradas del sendero la sombra grotesca del viejo Robustiano se alarga desmesuradamente, midiendo el último cuartel que lo separa de la casa, donde, bajo la solana y desde su viejo sillón, permanecerá hasta muy entrada la noche, fija la mirada en el sombrío lugar de la compuerta.

II

En el humilde hogar de los Almeida debe ocurrir algo inusitado. Sentada junto al fogón se halla la viejecita viuda, criolla muy honorable y bondadosa, a pesar de su extremada pobreza. Un tanto apartados están sus hijos Diego y José, un buen par de férreas voluntades y de corazones sencillos. Angélica, única hija mujer, atiende el servicio del mate. Acaba de cebar uno, lenta y cuidadosamente, el que pasa a su hermano Diego, diciéndole:

—Tomá, chei, servite. Y dejá de andar pensando tristezas, porque para nada sirven.

—Y luego que.. lo que estorba se bota — agregó el otro hermano sentenciosamente.

—Lo mesmito hei dicho yo toda la vida. Por eso es que agora quiero salirme con la mía. No faltaría otra cosa que ese viejo ladrón de Robustiano nos malogre la cosecha. La viña se muere de sed por culpa d'él; o de nosotros que le permitimos sus fechorías — repuso Diego indignado.

La vieja madre, que hasta entonces había escuchado en silencio los razonamientos de sus hijos, se atrevió a decir:

—Si es ansina, ¿por qué no van por el agua?

—Vayamos, po — contestaron los mozos al tiempo que se levantaban de las sillas.

Y los dos hermanos, Diego y José, salieron en busca de las cabalgaduras que se encontraban sujetas a un poste, bajo el parral del patio. Montan. Poco después se alejan de la tranquera, y, callados, se internan en la obscuridad del camino, bajo los álamos, cuya alta fronda se confunde en la lobreguez del cielo entoldado, semejando una bóveda claustral. Apenas se percibe entre el ramaje el rumoreo de las brisas.

Los hermanos Almeida siguen la huella sinuosa e invisible, dejándose llevar por los animales, que van al paso y aparejados. De pronto la voz de los viajeros turba la callada soledad del contorno.

—¡Está güeno! Todos los años la mesmita cuestión: nos tenemos que



BECQUER

Fué su arpa un corazón. Sus rimas fueron
Gotas de llanto en perlas convertidas,
Y flores delicadas y encendidas
Que viven tan fragantes cual nacieron.

Las enlutadas aves le tejieron
De su laud las cuerdas doloridas;
¡Y de sus cuerdas fueron desprendidas
Las estrofas que el mundo recorrieron!

¡Oh, negras golondrinas adoradas!
No olvidéis al poeta; y, en bandadas,
Volad a la mansión de llanto y duelo.

Y allí, donde descansa vuestro amante,
Alzad una canción dulce y vibrante:
¡Una canción que llegará hasta el Cielo!

Eduardo de ORI

robar le nuestro. Yo no sé pa qué hacen tanta lay los abogados. Al fin son los ricos quienes se llevan l'agua.

—Es verdad. Igual cosa sucede con el pan: unos pocos tienen mucho, y muchos no tienen nada. Y ansina seguirá la noria dando güeltas y regüeltas, mientras la manoseen los hombres.

—¿Y quién querís vos que se entienda en estos asuntos?

—¿Yo? No veo...

—Siguro que tata Dios no compriende de riego.

—Sí; pero en cambio a don Robustiano le sobra lay y maña.

De esta suerte transcurrió el tiempo, y poco a poco han salvado la distancia que los separaba del lugar de la compuerta. Esta se anuncia en un paraje totalmente cubierto de árboles, más sombrío aún que la parte recorrida del camino. El agua, revolviéndose ante la resistencia de la compuerta, produce un ruido parecido al del trueno sordo y lejano. Pero ahí próxima está; y previo reconocimiento del sitio, los hermanos desmontan y apresúranse a abrirse camino a través de un espeso entrelazamiento de ramas y troncos que les obstruye el paso.

Diego, que se ha adelantado, forcejea con desesperación por conseguir que la compuerta ceda; pero inútilmente. Después de muchos afanes repara que ésta se halla amarrada a uno de sus quicios por un grueso alambre, cuyo nudo intenta deshacer con sus manos rudas de campesino; pero también fracasa. Intrigado por la resistencia que aquel lazo le opone, recurre al cabo de su rebenque para servirse de él a manera de palanca. Apóyalo al quicio y presiona. Súbitamente rasga el aire la fuerte detonación de un tiro, y Diego, agitando los brazos en alto, se incorpora esforzadamente para desplomarse luego en el bordo arenoso de la hijuela. José, horrorizado por el suceso, arrójase sobre su hermano balbuceando palabras de consuelo. Pero Diego, notándose mal herido, se apresura a decirle que lo suba a su animal para tornar cuanto antes a casa. Así lo hace José, maquinalmente; tal es el desconcierto de su espíritu.

Por el solitario y obscuro camino regresan ambos jinetes. Los caballos marchan juntos: van inquietos, temblorosos, como si comprendieran que sobre ellos pesa la muerte, en su más trágica expresión. Las opacas sonoridades de los cascos, que hunden en la arenosa alfombra, semejan lúgubres voces que hablaran desde lo hondo de la tierra. Envuelve a los caminantes una extraña atmósfera, poblada de vibraciones misteriosas y de apagadas lucecillas que parecen verse a la distancia con intermitencias de agonía. Ayes y sollozos muy quedos se entremezclan en el ambiente extraterrenal que circunda a los hermanos, como si las voces de su propio dolor flotasen en las sombras.

José, con la mano izquierda, empuña las riendas de los dos animales, y con el brazo derecho rodea y mantiene el cuerpo desfalleciente de Diego, que agoniza descansando la cabeza en el hombro de su hermano.

Hombres y animales parecen haber comprendido la necesidad de apurar la marcha.

A poco, preséntase a la vista la tranquera de la casa de los Almeida. Apoyada en ella de codos está la vieja madre, aguaitando la llegada de los mozos. Aquella detonación de arma de fuego, oída poco después de que sus hijos salieran, le ha llenado el corazón de funestos presentimientos.

Antes que pudiera reconocer el grupo de los que se allegan, oye la voz de José que le dice:

—Vení, mamita, arrimate. ¡Qué desgracia más grande!

Temblorosa y consternada acércase la viejecita y recibe en su regazo el cuerpo yerto de Diego. Ni un gesto, ni un solo grito revela el inmenso dolor que la suerte le depara tan brutalmente. De pronto desahoga su pena en un llanto apacible y copioso, y clama dulcemente su reproche:

—¡Ay, mi Dios! Lo compriendo, sí, lo compriendo todo, mi Diego. En su crimen encontrará su castigo, ese viejo pillo, asesino, que me roba agora el fruto de mi amor.

—Así ha de ser, mamita. Ya se arreglará la justicia para descubrir la trampa de esa maldita compuerta. Vamos, pó, llevémoslo.

Y madre e hijo entran el cuerpo del muerto a la casa, tratando de acallar los sollozos ante el profundo silencio que reina en el lugar.

III

Llega la mañana, fresca y luminosa. El sol asciende mansamente derrochando lujurioso sus rayos de luz sobre campos y cultivos.

Bajo el amplio alero de la casa de los Almeida, las pocas personas que acudieron a compartir el dolor de la familia, contemplan, extasiadas, el mágico florecer de viñas, árboles y plantas, embriagadas por el agua que absorben sin cesar, y que, al duro peso de una existencia querida, se extiende entre los verdes plantíos, bajo el claro cielo matinal que en ellas refleja las blancas brumas fugaces.

Sin un céntimo

Aunque Horacio Claurie no había pagado a su sastre, ni a su planchadora, ni a su asistenta, ni su abono en el restaurante en donde comía, comprobó que no le quedaba ni un céntimo en el bolsillo.

Pero era la una de la tarde, y Horacio pensó que había llegado la hora de comer.

Se sentó en la terraza de un café para aguardar a que pasase algún amigo que le prestase veinte francos o lo convidase a almorzar. Todos los que pasaban eran desconocidos.

A la media hora de estar allí Horacio empezó a desconfiar de su suerte y a preocuparse. ¿Cómo iba a pagar el vermout que había tomado?

No pudiendo pagar el vermout, Horacio hizo lo que cualquier persona sensata en su lugar. Pidió otro vermout. El problema era el mismo y, por tanto, era inútil privarse de un segundo vermout.

Al ver vacía su copa, Horacio cambió de mesa, ocupó otra en el interior del café y encargó unos entremeses, y luego pidió de comer.

El camarero le presentó la carta. Horacio pensó que si encargaba un almuerzo modesto era más fácil que desconfiasen de él, y se decidió a pedir un almuerzo de hombre rico. No hay que decir que le sirvieron con la consideración que se debe a un buen cliente y que Horacio almorzó y bebió opíparamente.

Al acabar de comer estaba en la situación de un hombre que habiendo caído desde un quinto piso dice al llegar al tercero: "Hasta aquí todo va bien".

Después del café y los licores, Horacio empezó a pensar que había hecho mal sentándose en aquel restaurante. Ya no tenía apetito y vacilaba en pedir la cuenta.

El gerente se acercó, y presentando la cuenta, preguntó a Horacio:

—Espero que al señor le habrá agradado el "chambertin".

—No es malo — contestó Horacio, pensando aprovechar aquella circunstancia para entablar conversación con el gerente y ponerlo poco a poco al corriente de su situación.

—Es la primera vez que vengo a este restaurante; pero he quedado contento y volveré. Estoy de paso en París. Vengo dos o tres días cada semana para asuntos. Soy de Lille. Me llamo Van Broke.

Un hombre como otro cualquiera, pensó Horacio, disponiéndose a hablar de sus fábricas del Norte.

—¿Van Broke? — dijo el gerente—. Espere usted... Me parece que tenemos una carta a su nombre desde hace un par de semanas. No tenemos ningún cliente que se llama así.

Horacio Claverie iba a protestar y a declarar que la carta no era para él, puesto que no se llamaba Van Broke; pero ya el gerente le hacía entrega de un sobre.

Claverie, decidió a todo, la abrió y leyó:

"Querido Ricardo: Perdona que te haya hecho esperar tanto tiempo. Acabo de recibir mi prima de embarque y salgo ahora mismo para Marsella, y de allí, a Saigon. Te adjunto los 500 francos que te debo. El camarero me ha dicho que sueles venir alguna que otra vez por aquí. Ya te escribiré cuando llegue. Un abrazo de tu buen amigo "Eduardo".

Horacio permaneció un momento silencioso, y luego dijo al gerente:

Ya sé lo que es.

Y llamando al mozo:

—¡Camarero! ¡Cóbrese pronto! Tengo prisa.

Y regiamente puso sobre la cuenta un billete de 500 francos.

Jean BOUCHOR

TERAPEUTICA

—Tiene usted que observar una dieta relativa. Tome carnes blancas, pescado, patatas, caldos y verduras.

El enfermo. — Y eso ¿antes o después de comer?

SERVICIO DOMESTICO

Un inglés, toma a dos criados andaluces, que se pasan el tiempo estudiando el modo de no hacer nada.

Despertose el señor una mañana y dijo a uno de ellos:

—¿Estás ahí, José?

—Zi, zeñó.

—¿Qué haces?

—Nada, zeñó.

Entonces se dirigió al segundo y le dijo:

—¿Estás ahí, Juan?

—Zí, zeñó.

—¿Qué haces?

—Ayudá a José.

—Muy bien — respondió el inglés—; cuando concluyáis ir a dar un paseo, que todo no va a ser trabajar...

ACCIDENTE DE TRAFICO

El policía (sacando la libreta).— ¿Su nombre?

El chauffeur. — Hermenegildo Iturriberrriontacoechea y Aristumendigorrieta.

El policía.—Bueno, por esta vez no le pongo la multa.

La catedral donde no podían entrar las mujeres

La Catedral de Durham es la más importante y la mejor situada de todas las de Inglaterra. ¡Qué de recuerdos evoca!

El Gran Cnut o Canuto subió descalzo la cuesta para pagar tributo al famoso santo de Northumbria al que hizo valiosas cesiones y regalos. Nos recuerda al rey Duncan de Escocia, para ponerla sitio y apoderarse de sus riquezas a quien más tarde San Cutberto supo castigar por su osadía, pues todo su ejército fué deshecho y las cabezas de sus soldados fueron colocadas en postes en la plaza del mercado. Luego el obispo Eadred, que al regresar de su visita al rey Hardicnut y haberse gastado grandes tesoros en la Catedral para obtener su obispado, cae enfermo a la puerta del templo para morir a poco.

También nos recuerda al buen obispo romano, Guillermo de Carilef huyendo de la persecución de Rufo, por frecuentar la amistad de Guillermo de Normandía, en cuyo tiempo comenzó la construcción de la catedral, por la cual vamos a echar una rápida mirada, de la que sólo quedaban ruinas.

Llama la atención la admirable posición que ocupa en lo alto de la colina cerca del castillo que fué en otros tiempos palacio episcopal. Alrededor de la hermosa estructura se extiende el cementerio de la antigua catedral que nos trae a la memoria las terribles leyenda sobre las mujeres que se atrevían a ensuciar con sus pies el sagrado lugar.

Porque San Cuthbert odiaba a esa segunda parte del género humano, y prohibió que ninguna mujer penetrase en el recinto de la catedral bajo severísimas penas.

Una noche, Gamel y su esposa Sungeova, al regresar de un festival cruzaron el cementerio para evitar un rodeo de muy mal camino. La mujer en medio del sagrado recinto lanzó un gran grito y perdió la razón. Al amanecer del mismo día, había dejado de existir.

Cuentos análogos a éstos se relatan aún por docenas en la ciudad de Durham.

A la puerta del Santuario hay un aldabón que figura la cabeza de un león con una argolla pendiente de la boca. Ese aldabón, como otros muchos en Inglaterra eran como las cadenas en ciertas iglesias, universidades y palacios de España. El criminal que huyendo de sus perseguidores se agarraba al aldabón o a las cadenas, quedaba a salvo, tenía derecho de asilo. Esta costumbre databa ya de los tiempos de Moisés cuando estableció las ciudades asilo. Había igualmente en aquel tiempo, asilo en el altar de las ofrendas y los griegos y romanos tuvieron también lugares inviolables.

Durham, que encierra en su Santuario el incorruptible cuerpo de San Cuthbert, tiene también su asilo y lo alcanzaba todo aquel que tocaba la argolla del aldabón, como los judíos cuando ponían las manos sobre los Cuernos del Altar.

Los monjes tenían establecida una guardia permanente para abrir el portón en el momento en que el aldabón sonase y al penetrar el criminal en el pórtico, las campanas repicaban para anunciar a los habitantes de Durham que un hombre había encontrado la paz y la salvación bajo la protección del santo patrono. Entonces se vestía al fugitivo con un hábito negro y la cruz amarilla del santo en el hombro izquierdo y se le llevaba a una celda, en donde permanecía encerrado siete días. Durante ese tiempo si no se conseguía el indulto se hacían arreglos para hacerle salir del reino. Entonces cargado con una cruz de madera iba conducido de puesto a puesto de guardia hasta la costa ,en donde se le embarcaba para otro país.

El sepulcro y el ataúd donde se conserva la momia de San Cuthbert fué abierto en dos ocasiones: en 1541 y últimamente, en nuestros días, en 1899.

El cuerpo del santo es el de un hombre muy alto y aparec cubierto con un hábito de indescifrable color. Entre las manos tiene la cabeza del rey Oswaldo y sobre el pecho se ve un altarcito de plata, un peine y unas tijeras.

Aparte de la citada tumba, en la Catedral de Durham no hay ninguna otra..

El mismo obispo Guillermo, el que edificó el gran templo no quiso ser enterrado en él.

"De ninguna manera — dijo en sus últimos momentos", nunca el cuerpo muerto de un hombre ha permanecido ni siquiera una hora en el recinto, donde yace el incorrupto cuerpo de San Cuthbert y mucho menos enterrado aquí.

Hemos indicado la tradicional aversión de San Cuthbert hacia las mujeres y la prohibición de que entrasen en el recinto de la Catedral. Sin embargo, para no negar el auxilio y consuelo de la religión a la bella mitad del género humano, hacia el lado occidental al extremo de la nave se ve una línea azul que va de columna a columna que indicaba la barrera hasta la cual podían llegar las mujeres en tiempos posteriores.

Mas tarde, tuvieron una capilla especial que les destinó el obispo Hugo de Puiset o Pudsey. El obispo tuvo la idea de edificarla al final del ábside normando que en aquel tiempo formaba el lado oriental de la Catedral, y, en efecto, allí empezó a levantarla pero vió que los cimientos no podían sostenerla porque, sin duda, "San Cuthbert no quería que las mujeres tuviesen una capilla tan cerca del lugar donde él estaba enterrado". Por esto se edificó en el lado opuesto.

Es una de las capillas más preciosas que se pueden imaginar. El contraste entre la sombría magnificencia de la gran nave y esta capillita elegante, casi coqueta, es indispensable. Es como si los dos edificios, catedral y capilla Galilea, que así se llama, se hubiesen edificado expresamente para representar los contrastes característicos entre el hombre y la mujer.

Mateo de París, al hablar de el obispo Hugo no le dedica una sola buena palabra, le representa como un hombre al que sólo preocupaban las glorias mundanas.

Cierto es que obtuvo de Ricardo I., que andaba buscando recursos para las Cruzadas, el condado de Northumberland, lo cual divirtió mucho al rey, pues varias veces repitió lo que dijo al obispo al entregarle la espada simbólic del condado: "He hecho un joven conde de un viejo obispo". Sin embargo bien se puede perdonar al obispo Hugo su ansia de riquezas cuando vemos el uso que hizo de ellas.

Dió las tierras de su condado a San Cuthbert y gastó todo su oro en la Catedral y el castillo embelleciéndolos grande y artísticamente.

A él se debe esta verdadera joya religiosa de estilo normando, única en Inglaterra, en donde tanto tiempo fué menospreciado el sexo débil.

Al mismo obispo se debe igualmente el puente Evet y las murallas de la ciudad, así como los hospitales de Durhan y de Northalerton.

Hay que confesar que el cronista, no fué muy justo al pintarnos como una figura egoísta al obispo Hugo. Era, repetimos, un verdadero artista, pues solamente con su buen gusto, se podía planear nada tan hermoso, tan puro como aquella selva de níveos pilares y bellísimos arcos esculpidos.

* * *

Durham es un condado de Inglaterra cuyo territorio fué incluído por los antiguos sajones en el reino de Bernicia que se extendió después hacia el sur para formar la Nortlumbria. Los acontecimientos más notables de su historia están relacionados con las guerras sostenidas entre Escocia e Inglaterra.

La capital del condado es Durham, situada en una elevación casi circundada por el Wear. A esta circunstancia debe su nombre, Durham en su forma primitiva, medio céltica, medio danesa, y que significa "altura en una isla".

La sede de Durham, una de las más antiguas de Inglaterra, estuvo primeramente en la isla de Sindyfarme, donde la estableció S. Aldano, en 635, cuando San Oswaldo, evangelizaba aquel país.

En 875, el obispo Eardulfo abandonó el lugar, junto con los monjes a causa de la irrupción de los dusos y se estableció en Chester - le-Street. En este lugar permaneció la sede por espacio de más de cien años hasta que a fines del año 995 se fijó en Durham el obispo Aldhum.

Para depositar las reliquias de San Guthberto levantó una capilla que después fué la suntuosa catedral a que nos referimos anteriormente, y que ha sido uno de los lugares más visitados de Inglaterra.

PACENCIA

Por Juan Bautto

Después que se hubo concluído la penosa y larga faena del día en la estancia "La pezuña del Diablo", se reunieron, como de costumbre, alrededor de una gran mesa, todos los peones. A los pocos instantes apareció la adiposa y negra cocinera haciendo grandes esfuerzos para traer una tremenda olla que contenía la comida "pa los muchachos".

Con los ojos bien abiertos, ávidos, miraban los peones la presa que a ellos le tocaba sin preocuparse para nada de otra cosa que no fuera la comida. Sin esperar a que estuvieran todos servidos, se lanzaba cada uno, hambriento, a devorar su pitanza. Don Cirilo, el más anciano de todos fué el último en serle servida su parte.

No tardó en dirigir una mirada fulminante a la cocinera que, nerviosa, le derramó un cucharón de sopa encima. El viejo declaró con rabia mal contenida:

—¡Claro! Mesmito que a los perros: cuanto más viejos y sarnosos, más maltrataos.

—Cáyese la boca, viejo insolente! Las gracias debría darme que le sirvo como a los demás. ¡Mirelón al viejo pretensioso!

—¿Diande, yerba? Andá catinga; si creo que ando mal del estómago dende q'estás vos aquí.

Herida en lo más íntimo de su "amor propio" de cocinera, volvió la negra a la carga, lanzándole al viejo, epítetos de calibre que éste retrucaba haciendo especialmente alusión al color de la cocinera. Previa intervención de varios se logró apaciguar en parte los exaltados ánimos de la negra, que no cesaba de exclamar:

—¡Me la vas a pagar, pulguiento! ¡Pulguiento!...

—Tenga pacencia ño Cirilo; la vida es ansina y ansina hay que vivirla,—dijo uno que hacía un momento que contemplaba cómo el viejo monologaba.

—Eso es, ¡pacencia! Si hace años hijito, que están teniendo pacencia miles d'hombres como yo. ¿Y qué rimediar con eya? Que los pisotean más. Riconozco, Ciriaco, que hay que resignarse. Pero al último, el hombre debría sublevarse, hacerse valer.

Todos los presentes, conforme iban dejando de comer, se acomodaban para oír las palabras de don Cirilo.

—Y a prepósito d'esto tengo algo que decir, que nunca les he contao. "Era yo un mocetón. Veo que les parece mentira eso. Ahura, claro, mi están viendo tuito achacao por el reumatismo, encorvao por el peso e'los años, con el pelo y la barba larga y descuidada. Pero, creamén, yo tamién juí mozo como ustedes, juerte y bien plantao; me sabía afeitar cada quince auroras y... tamién me lavaba. En aquel tiempo, una vez en que no había trabajo del que yo sabía rializar, me ocupé de lo que caia. Me juí a cavar pozos. ¡Que iba' hacer! Había que tener pacencia... Un día, cansao, y casi muerto e'hambre. ¡Ay, muchachos, el hambre qué fiera qu'es!, me acerqué a un rancho. Salió una negra mugrienta como esa que tenemo aquí, y le prigunté si necesitaba que le cavara el pozo.

—"Venía 'a cavar..."

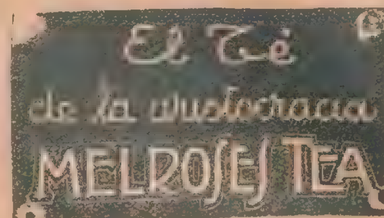
—"Yo te voy a cavar un aujero en la piojosa..." — me interrumpió el tipo.

—"Pero vea que yo..."

—"Cayate sotreta e'l diablo".—

Dió la casualidá que tenía que hacerlo cavar. Y arreglamos pa que juera yo al día siguiente a trabajar. Dejé la soga y otras cosas que yevaba y me juí. Al otro día me levanté muy tempranito y me encaminé a la casa. Golpié y no salió naides; luego yamé y tampoco. Por último, pensando que no me haberían oído, dentré. No se veía a naides adrento el rancho. Iba a yamar otra vez, cuando un chinazo grandote que tenía los pelos como cerda y los dientes como salidos pa'juera, se vino p'ande yo estaba.

—"¿Qué estás haciendo vos acá?" —me dijo en un tono que medio me hizo perder el equelibrio.



volvió a interrumpir. Me estaba por salir e'las casiyas cuando el muy canaya me dijo cuasi gritando: "¡Ladrón e' porra! ¿Y entoavía queres hacerte el inocente? ¿Querés engañar a mi autoridá? Te va a costar carito. A mí no me engaña naide."

Había sido un melico. Yegamos a la comesería y me entregó a un sargento.

—"¿Por qué lo trai?" priguntó y el que me yevaba contestó:

—"Por violación eidomecilio, tentativa e'robo y atentao a l'autoridá!

—Angelito, ¿y po ayá, por el cielo, ¿cómo están?—golvió a hablar burlándose el sargento, y dandomé un empujón me metió en una ofecina. Ayí estaba un escrebiente begotudo, el que había oído la conversación y apenas yo dentré él se paró.

—"¿Y te animaste a ir a robar a un propio melico?—me dijo—.¡Se necesita ser ladrón!"

Quise defenderme de aqueya terrible acusación, pero un bárbaro trompazo del escrebiente me tiró e' cara contra l'escretorio. Dolorido y sangrando de una herida, me levanté medio como borracho pa que me yevaran a patadas a un inmundo calabozo donde yoré por primera ocasión en mi vida. Al fin, dispués e'dos días me hicieron comparecer ante el comesario.

—"¿Ansina que vos te metiste en la cueva e'l lobo?...

—Vea, señor, yo no juí a robar nada ¡es mentira. Yo...

—Cayáte sinvergüenza, — me decía el fiero melico que presenciaba el interrogatorio, — si no te hubieran agarrao "enfragante" podías escabuyirte mintiendo, pero así..."

Y como la palabra e' un melico, por más crápula que sea, vale más que las diclaraciones el cien detenidos, juí condenao a tres años e' prisión por un hombre que administraba justicia. En vano yoré diciendo que se fijaran, que cometían una injusticia.

—Tuitos dicen lo mesmo. — decía el comesario, y me chupé los tres años que jueron como tres siglos e'amargura. Por eso, muchachos, digo: ¡pacencia!... ¡pacencia! Si yegara el día que se riunieran tuitos los hombres disgraciaos por culpa e' los otros hombres, ¡qué lejos está ese día muchachos!, los oprimidos, los que yaman chusmas y pulguientos, entonces sí, pero mientras haiga maulas, cobardes, gayinas con cara e' hombres, no queda sinó tener siempre pacencia, mucha pacencia... hasta con esta mulata e' cocinera que me sirve último como a los perros y de yapa me tira la comida encima...

RIACHUELO

Este pobre balandro de amarillo
De un solo gallardete en el mesana,
Espera resignado, hace ya tiempo,
La dicha de tener alguna carga.

Nunca cambia por otros este sitio.
Con los foques y las velas remendadas
No sale del rincón, como esa imagen
Que en la proa conversa con las aguas.

¡Cuántos barcos amigos han partido
Y volvieron de nuevo a donde estaban!
¡Cuántas veces oyó de las sirenas
El adiós para tierras muy lejanas!

¡Pobre barco pintado de amarillo!
Si en mi mano estuviera, yo te daba
La enorme, inmensa dicha que tú esperas
De tener, aunque poca, alguna carga!

Valentín MENDEZ CALZADA

LA PEQUEÑUELA DE ENFRENTE

Enclenque, feúcha, vestida con desechos, calzados los pies diminutos con unos viejos zapatos de corte elegante, los altos tacones lamentablemente torcidos...

Brega toda la mañana en la limpieza de baldosas y bronces, para que luzca la fachada y se den piste sus patronas, solteronas más feas que Picio y que agriadas por la perpetuidad de su presente estado civil, viven alimentando rencores y fraguando malignidades.

Algunas mañanas de frío y ventisca, he lanzado una ojeada a través de los cristales, para contemplar la figura escuálida, las manecitas amoratadas y la crencha rebelde de la mísera criaturita, inconsciente de su propio desamparo.

Con sus ojos azorados y sus zapatos en derrota, la pobrecilla tiene un aire cómico que provoca la sonrisa de muchos, pero que aconseja el corazón de cuantos contemplan con ansia de amor y de justicia, la caravana de elegantes automóviles, donde sobre el almohadón acolchado bosteza sus nostalgias de libertad, el diminuto Pomerani, luciente y cuidado como una joya!

Isabel CREUS

(Continuación de UNA CURSI)

el pliego de música abierto era "Stella Confidente", y con la cabeza echada atrás, en un suspiro entregaba a Dios su alma en forma de paloma.

El mayor estupor se pintó en el semblante de los visitantes. Cuando el marqués se disponía a decir "C'est affreux!" se miraron los tres; en sus ojos aparecía un espontáneo "¡Qué cursi!" Pero, un gesto de Blanquita los detuvo y, cayendo de rodilla apoyada en la fría escultura, la Marquesita de Liria lloró largo tiempo.

No se atrevían a interrumpirla su madre y esposo, cuando ella levantándose depositó allí la corona, y escribió en las cintas blancas con su lapiz de oro y para que ambos lo entendiesen:

"!Elle Etait faite pour le ciel!".

DE CONFUCIO

Los ilustres antepasados, cuando querían aclarar y propagar las virtudes más altas en el mundo, ponían en orden sus propiedades. Antes de poner en orden sus propiedades, regulaban sus familias. Antes de regular sus familias, se cultivaban a si mismo. Antes de cultivarse a si mismos, perfeccionaban sus almas. Antes de perfeccionar sus almas, trataban de ser sinceros en sus pensamientos, extendían sus conocimientos. Tal investigación de sus conocimientos, consistía en la investigación de las cosas, y en verlas tal cual eran. Cuando las cosas eran investigadas así, sus conocimientos se completaban. Cuando sus conocimientos eran completos, sus pensamientos se hacían sinceros. Cuando sus pensamientos eran sinceros, sus almas se perfeccionaban. Cuando sus almas se perfeccionaban, se veían en sí mismos cultivados. Cuando ellos mismos estaban cultivados, sus familias se regulaban. Cuando sus familias se regulaban, sus propiedades se ponían en orden. Cuando sus propiedades estaban en orden, el mundo entero se llenaba de paz y de felicidad.

VIENTOS HELADOS

Estos vientos helados de la montaña
tienen un algo puro que es de los dos.
¿Sabes, esposa mía? No es cosa extraña...
Tienen un algo nuestro por ser de Dios.

Esta calma nuestra, esposa, llena de ensueño,
es toda una montaña de eternidad,
en la que tu poeta, tu único dueño,
incendia los chaguares de la crueldad.

Es toda una montaña donde al instante
de pasado el incendio devorador,
yo, tu poeta y dueño, mi nieve errante
de angustia vuelco en tu alta cumbre de amor.

Me hielo... y es helado mi gran suspiro.
Te hielas... y es helado tu suspirar.
Mi suspirar y el tuyo forman el giro
de los helados vientos de mi cantar!

Con los vientos helados de la montaña
cruzan el ancho valle del buen vivir,
y oh esposita adorada, — no es cosa extraña, —
van a entibiarse al fuego del porvenir;

porque son crudas rachas de sufrimientos;
porque los sufrimientos son de los dos,
Y porque en ellos fluyen nuestro tormentos
y en los tormentos flagra la luz de Dios!

Alberto G. OCAMPO

CARMITA

Por Laura Cortinas

(Capítulo de la novela de este título, obra que obtuvo el premio a la mejor producción de esta índole, instituído por el Ministerio de Instrucción Pública de la República del Uruguay.)

Sacrificio.—

El día proyectado, pusiéronse en viaje el doctor Michelena y Carmita hacia el hospital de Cognac. Raúl, que había sido avisado, esperábalos con impaciencia.

El doctor Michelena examinó minuciosamente al enfermo y quedó muy satisfecho del examen; secundábalo el doctor Moreau, médico de sala.

—Tenga confianza, amigo, — le dijo Michelena al enfermo. Tenga confianza, que lo curaremos.

Raúl muy emocionado, dijo: —Todo se lo deberé a Carmita y quiero volver a ver la luz por verla a ella. Doctor, cúreme usted, que yo vea sus ojos, su cara.

—Parece que quiere usted mucho a su enfermera? — dijo el doctor Michelena.

—Con toda mi devoción y con toda mi adoración.

—Raúl, dijo Carmita, el doctor cree que debemos avisar a tus padres; él desea que se encuentren en la operación y habría que telegrafiarles de inmediato para que tengan tiempo de venir.

—Sí, Carmita; tú lo harás. Aquí está mi cartera, y en el bolsillo chico encontrarás la dirección; manda un telegrama bien explicativo y diles que tenemos muchas esperanzas.

—Ahora, desde mañana se quedará usted en su cuarto y sería mejor en cama, por la posición, — dijo el doctor Michelena.

—Sí, doctor, como Vd. quiera; pero que vea yo a Carmita.

—Es una obsesión, dijo ésta sonriendo y después saldremos con que no le guste, que soy vieja, que soy fea ¡oh! quién sabe qué desencanto le espera!

—Carmita es una flor, Carmita es una dulce y bella mujer, — dijo Michelena; bien la ha presentido usted, Raúl.

—Doctor, dijo Carmita, hay otros enfermos que esperan ansiosos su diagnóstico.

—Estoy a sus órdenes, Carmita.

—Vamos, entonces, cuando Vd. quiera.

—Carmita, quédate tú un momento, dijo Raúl; deja que el doctor Moreau acompañe al doctor Michelena.

—Sí, señorita, puede quedarse usted; yo le acompañaré, dijo el aludido, que era el médico de sala, y despidiéndose salieron.

—Acércate a mí, Carmita; ponte bien cerca. ¡Cuatro días sin tenerte a mi lado! Me han parecido un siglo! ¡Cómo te he extrañado! ¡Cuánto te quiero, Carmita; mi Carmita...! ¿Y tú?

—Yo también, Raúl, te he extrañado mucho, mucho! He pensado en tí en todos los momentos,—dijo Carmita, sentándose muy cerca de Raúl y acariciándole las manos.

—Pero tú no me quieres como te quiero yo... ¿Será porque estoy ciego? Pero ahora voy a curarme, Carmita, y estoy ansioso por mirarme en tus ojos, por ver qué hay en ellos para mí. ¿Verdad, Carmita, que tú me vas a querer mucho?... Y presionaba sus manos amorosamente.

Carmita lo acariciaba como a un niño. —Sí, Raúl, voy a quererte siempre, pero tú tendrás después a tu madrecita y quizá ya no me reclames tanto a tu lado.

—¿Ves, Carmita, como tú me quieres siempre como a un niño? Y yo te quiero a tí como un hombre, Carmita. Carmita, bésame otra vez en los ojos y yo estoy seguro que veré.

—El día que vayan a operarte, Raúl.

—No Carmita, quiero que sea ahora. Bésame, bésame con amor, Carmita, y espera el milagro.

Carmita besó largamente sus ojos.

—Tú lloras, Carmita, decía Raúl, palpando sus mejillas... Tú lloras... tú me quieres... dime que es verdad...

—Sí, Raúl, yo te quiero.

Y besáronse sus labios amorosamente.

* * *

París, Setiembre 25 de 1916.

Gladys queridísima: — Mi destino se cumple; vuelvo otra vez a mi centro de gravedad; vuelvo al convento. Esa carta para la Hermana Rita, cuya copia te dejo, me precederá algunas horas en el viaje de retorno.

Todo está decidido. Todo está preparado. Mañana llegaran los padres de Raúl, y no deben encontrarme aquí; antes me habré marchado para siempre. No intentéis detenerme ni seguirme, nada conseguiríais y sufriría terriblemente; créeme, Gladys muy querida, es lo único digno que he podido hacer en esta cruel hora que estoy viviendo.

El doctor Leroux ha llegado y asegura que Raúl recuperará la vista; ¡qué alegría tan grande sentimos los dos! Y cómo deseo que así suceda! Poco importa que mis ojos lloren, con tal de que los suyos puedan volver a ver.

Es necesario que tú vayas mañana a presenciar la operación; hay que tener valor, Glady. Le dirás que la emoción me ha vencido, que estoy enferma y le ruego que me perdone... pero cuando esté ya fuera de todo peligro, cuando sienta la alegría de volver a ver el sol, entonces cuéntale la triste historia de mi vida y dile que lo he querido mucho, mucho y como él quería que lo quisiera.

Raúl me olvidará; es muy joven y si yo fuera débil y me quedara quizá su propia juventud me heriría más tarde.

A su madre dile que la vida me puso otra vez en su camino; pero que me aparto de ella como la primera vez; "nada me llevo sino mi sufrir".

A su padre le dirás que... no, a su padre no le digas nada; él lo comprenderá todo.

Yo sé que ustedes sufrirán también con mi alejamiento y con mi resolución porque me quieren, porque son buenos y lloro la pena de ustedes tanto como la mía; pero es necesario que se tranquilicen. Yo estoy segura de que encontraré en el convento que me guardó de niña, como guardó también mis sueños, mis ilusiones, la tranquilidad y la alegría. Mi fe de niña, consolidada en el dolor, ha arraigado muy hondo y allí seré feliz.

Que tú encuentres en la vida la perdida o no encontrada felicidad es mi más ardiente deseo. Todos, todos marchamos buscándola con loco afán en todos los derroteros como al pájaro azul de la leyenda... y como en ella quizá la llevamos en nosotros mismos.

Mi vida podrá resumirse en aquellas admirables palabras de Kant: "Dormía y soñé que la vida era belleza; desperté y advertí que ella es deber".

Gladys queridísima, te besa muchas veces y también a los viejos tíos.

CARMITA.

LA CUADRIGA DEL VIENTO

Está la noche grávida de un presagio maligno.
El cuerno, de la luna guarda el conjuro mágico
Y el ciprés, penitente, levanta el duelo trágico
De su silueta inmóvil, como un abstruso signo.

Tengo un presentimiento penoso que no puedo
Precisar con palabras; por una sugestión
Fatídica, en la calma nocturna, el corazón,
Como un niño perdido me tirita de miedo.

Nada turba el misterio de la noche, lo mismo
Que si todo durmiera con un sueño de lápida.
De súbito, crispándome, en una fuga rápida
La cuadriga del viento despedaza el mutismo

Con el bracear de sus diesiséis remos ágiles
Sueltos en una marcha diabólica, que casca
La hojarasca
Como cristales frágiles.

La sombra de una nube la extraña escena integra.
El ciprés, ululando con angustia que pasma,
Se asemeja en las sombras a un enorme fantasma
Bajo el trágico amparo de su túnica negra,

. . . .

Paso el viento. La luna sobre el cielo se advierte.
A su paz misteriosa la noche se reintegra.
El ciprés alza, inmóvil, su gran silueta negra...
¡En su carro de sombras ha pasado la muerte!

Jorge Enrique RAMPONI

SANGRE FRIA

Unos minutos después de haber estallado un incendio en un hotel, uno de los huéspedes se unió a un grupo que estaba mirando el fuego y se burló de la excitación que todos demostraban.

—No había razón para excitarse —dijo—. Yo calculé el tiempo que necesitaba para vestirme, encendí un cigarro, no me gustó el nudo de la corbata y me lo hice de nuevo. ¡Si estaría yo tranquilo!

—¡Notable! — observó uno del grupo—. Pero dígame, ¿por qué no se puso el pantalón?

EN LA JOYERIA

—Esta cruz de brillantes, ¿qué precio tiene?

—Mil quinientos pesos.

—Me parece cara...

—¡Por Dios, cómo va a ser *cara* si es *cruz!*

La palabra ausente

La decoración es de forzosa mishiadura. Una catrera sin colchón y debajo, como dos mellizos en la mala, los tarros bostezan de puro aburridos. Un cacho de marroco se oxida sobre la mesa en la compañía lúgubre del mate forfait de paraguaya y en la consola Wico, olvidado, se desmaya un pucho.

La palangana guarda nostalgiosa la abolladura de la última bronca y el almanaque, plantado en MARTES 13, señala la mala suerte que vuelta a vuelta le aplica golpes de furca a Nicanor, el pobre reo que tiene el alma desolada como el cotorro, la mirada empañada de tristeza como el espejo y el estado de ánimo lluvioso como el día.

Agapito lo contempla con una facha de circunstancias.

—Nicanor... vos no sos el muchacho alegre y confiado de antes... ¿Se puede saber qué te pasa?...

—Saliva.

—Vos sabés que en la buena y en la mala vas a encontrar en mí un hermano. Abrite y largá el royo de tu desdicha. No puedo verte así.

—Mirá pa otro lao.

—¿Ahora te la vas a tomar conmigo...? ¡Avisá!

—Agapito. Dejame tranquilo con mi entripao. No quiero controvertir...

—¿Qué batís?

—Que no quiero discutir. Me reventaría sulfurarme al cuete con un amigo por cuestiones políticas.

—Conmigo, Nicanor, no te podés trenzar. Peinamos la misma idea.

—¿La misma? !Piantá de la luz, piantá!

—Yo también soy del Parque...

—...¡Goal, como Caggiano... ¿A qué resulta que vos también tenés una foja de servicios de grupo y esperás un puestito burocrático pa cuando suba el joevi... ¿Agapito: hace rato que te estoy tomando el tiempo. Vos — como dijo el otro— sos un radical del buyón, un radical a la violeta. Rascate el coco y meditá un momento. ¿Te acordás donde te conocí?...

—Habrá sido en cana.

—Pegando carteles en el Bajo. Vos eras agente electoral y protegido de Gangui... ¿Radical? ¡Hay que ver a estos radicales que ven en cada boina blanca un uniforme de cartero pa rebuscarse la davi! ¡Avisá si vos querés también una senaduría por Buenos Aires!

—Veo con profunda tristeza que estás dudando de mis arraigadas convicciones políticas. No te v'y a negar qu'el finao Gangui me hizo muchas gauchadas... Y te v'y a ser franco: yo era agente electoral de grupo; me sugestionaban las empanadas a la criolla y el viniyo que corría desinteresadamente por las noches del Comité. Además, tengo un atenuante: era menor de edá.

—También los otros, los que son de tu misma laya, eran menores de edá... Serían... ¡Esos que hasta ayer, nomás, fueron conservas puras y hoy los junás perorando del Parque y del verbo radical. Don Leandro, Don Hipólito... ¡Cuántos lances que se tiran en sus nombres...! ¿Vos lo conocés a Horacio?

—¿A Horacio? Lo conozco desde hace rato. Fué socio en mi tiempo de "La copa de leche".

—Agapito... Pa mi que se te viene la marona en el coco y vas a dir a parar a Vieytes. Te hablo de Horacio, pico de oro; de Horacio, el Mirabeau del radicalismo, el orador definitivo, el analizador implacable de las grandes metidas de pata de los hombres del régimen... De Horacio, el único hombre que hubiera hablao un mes y dos y tres si fuera preciso, pa evitar la aprobación de los diplomas de Guzmán y Paz, dos viviyos del acomodo...

—Oyhanarte...

—El mismo. Descubrite.

—Tenés razón.

—Es el hombre derecho como el arte manda. El parlamentario irreemplazable. ¿Qué me significa a mí un senador radical irigoyenista que no lleve en la sangre el amor a la causa? Horacio, el elocuente no hubiera dejao pasar en silencio, los papeles fraguados de los dos flamantes senadores. Ronco se hubiera quedao... Esa es mi bronca, hermano. Aquí, en este país que es un ombú, cualquier tipo se encarama... Yo no v'ya discutir los méritos de nadie, pero sí, quiero gritar con toda la voz que tengo, que los diputados platenses olvidaron la responsabilidad política en un momento dado. Yo no sé si Horacio hubiera agarrao viaje, pero, lo que sé es que la banca del senado debió entregarse al hombre que por sinceridad política y por méritos propios, ha llegado a ser el primer parlamentario en mi patria.

—Hablás como un libro... Olvidate de mi pasao y creeme, hermano. Vos hablaste de Horacio y yo agrego que donde bala ese toro, no bala ningún... torelo.



Ateneo Femenino de Buenos Aires

Acaba de constituirse en esta capital una entidad con el nombre que señala el título.

Nace con un considerable número de socias fundadoras, la mayoría de ellas literatas, universitarias, periodistas, poetisas, destacadas artistas y un núcleo selecto de damas y niñas amantes del arte y del estudio.

La mejor intelectual argentina ha dado un amplio paso hacia bellos horizontes con la iniciativa apuntada.

Entre los objetivos espirituales que llenan la mayoría de las asociaciones existentes en el país, esta institución novísima cumplirá otros fines completamente desconocidos aquí. Por ejemplo, figuran en sus estatutos, la fundación de un Banco para exclusiva utilidad de las socias; propiciará y organizará excursiones al interior y exterior, entre ellas viajes a Europa, con notables reducciones en los gastos, con pasajes marítimos y ferroviarios y alojamientos de primera categoría, facilitando los trámites consulares. Propónese realizar labor pedagógica y obra franca y decidida de claro nacionalismo y acercamiento e intercambio femenino latino-americano.

Su Junta directiva se halla compuesta en la siguiente forma: Presidenta, señora Lola S. de Bourguet; poetisa laureada, intelectual de vastos prestigios; Vicepresidenta, señorita doctora Isabel Creus; talentosa educacionista, y literata; secretaria, señora J. M. de Zalazar Pringles; distinguida dama de nuestra sociedad; Tesorera, señora Cleofé Pereyra de Goicoa; escritora costumbrista de méritos relevantes; Protesorera, señorita Rosario Beltrán Núñez; admirable poetisa y escritora.

En breve la comisión dará a la publicidad la organización de las comisiones de Cultura, Cooperación, Fiestas y de Prensa, adscripta a secretaría.

Hay muchos elementos femeninos de calificación que se hallan dispersos, que han de coincidir con los simpáticos y laudables propósitos de ésta nueva asociación, y seguramente moverán las voluntades y las inteligencias y estimularán los comunes ideales. Las mujeres de toda la república que simpaticen con la idea pueden enviar sus adhesiones y solicitar los datos que crean pertinentes a la secretaría provisora instalada en la calle Pueyrredón número 1753, Capital Federal.

Cuento judío

Sentados ante la mesa del restaurante un católico, un protestante y un judío, discuten acerca de quién es más valiente. Todos ellos afirman ser mucho más valerosos que nadie. El dueño del local, llamado para servir de árbitro en aquella discusión, rehusa aceptar.

En este momento se abren las puertas del restaurante y un tigre, que sin duda se acaba de escapar del circo próximo, aparece dando unos saltos imponentes. En un abrir y cerrar de ojos, todo el mundo desaparece del local. Unos se meten debajo de las mesas, otros escapan hacia la calle, otros se encierran en los retretes. Solamente el judío permanece clavado en su sitio. Pasado el peligro, el dueño del restaurante avanza hacia él:

—¡Oh, señor Jacob! Verdaderamente sois el hombre más valeroso del mundo. Os felicito. Pero... ¿cómo habéis hecho para no levantaros de la mesa?

—Muy sencillo: tenga usted en cuenta que todavía no me había comido el postre.

Buscando el beneficio

—¿Sabéis que me han robado el auto?

—¿Y por qué no lo denuncias a la policía?

—Estoy esperando a que el ladrón lo pinte.

El hombre tatuado

UN LLAMADO URGENTE

El rostro de Dereck Lawson expresaba una gran preocupación cuando dejó de hablar por teléfono y se volvió hacia su ayudante para decirle:

—Baxter, ¿quiere llamar a un automóvil? Tenemos que ir al Gran Hospital Central inmediatamente. Parece ser que han llevado allí gravemente herido en una riña con arma blanca, a un hombre. No existe dato alguno para que pueda ser identificado... pero le han encontrado en un bolsillo una tarjeta mía. Las autoridades del hospital piensan que yo pueda conocer al herido, o que por lo menos pueda darles alguna luz para orientar las pesquisas y hallar a su heridor.

Squib Baxter no perdió tiempo y un cuarto de hora después de recibir el llamado telefónico, Derk y Squib se hallaban junto a la cama del herido, quien no recobró el conocimiento para explicar qué era lo que le había pasado.

—Lo más singular del caso, — dijo el médico que lo había atendido, dirigiéndose al detective, — es que el cuerpo de este hombre tiene un curioso y bello tatuaje. Mire, señor Dereck. ¿Ha visto usted jamás una cosa más bonita?

El médico al decir esto abrió la camisa del desconocido y quedó al descubierto su pecho. Eran unos dibujos intrincados que formaban un atrayente conjunto. Una obra maestra de tatuaje. Pero el detective no reparo tanto la atención en ello como en una pequeña mancha rojiza que se destacaba sobre el corazón.

—¿Qué es esa marca, doctor? — preguntó. — ¡Parece como si hubiesen arrancado de ahí un trozo de piel!

—Es cierto! — dijo el doctor después de un breve examen. — Al pronto parecía como si hubiese sido una lesión sufrida durante la lucha. Pero ahora que observo bien, veo que tiene usted razón. La piel ha sido arrancada cuidadosamente.

—Usted me dijo que han encontrado en uno de sus bolsillos una tarjeta mía. ¿No es así, doctor? ¿Puedo verla?

El médico desapareció durante algunos momentos para regresar con la tarjeta pedida y Dereck al examinarla pudo ver que tenía escrito con lápiz algunas palabras. Era una de sus tarjetas profesionales.

—En efecto, esta es una de mis tarjetas... Pero, ¿cómo puede haber llegado a poder de este hombre? Yo no lo he visto en mi vida... ¿No ha notado usted estas palabras escritas con lápiz, doctor? Están casi borradas, pero acaso con una lupa...

Con mayor interés Dereck examinó de nuevo la tarjeta y no sin grandes trabajos logró descifrar lo que estaba escrito.

—Por lo que yo puedo alcanzar a leer, esto dice así: "La historia de este hombre es muy curiosa y merece la pena investigar... C. A. L." ¿Cuál de nuestros amigos posee esas iniciales, Squib? ¿Recuerda la escritura?

—¿C. A. L.? Déjeme pensar un poco... — dijo el ayudante. — Está Lenton y sus iniciales son C. A., jefe.

—Claro está! De él debe ser. Telefonee y pregúntele si ha dado alguna tarjeta mía a un hombre tatuado, en los seis últimos meses.

Squib marchó a cumplir la orden mientras tanto el detective continuó su examen.

A poco volvió el ayudante diciendo.

—He hablado con Lenton. Recuerda muy bien a este hombre a quien conoció hace algunos años. Dice que hace unas semanas fué a verlo, le contó una historia muy original y le pidió un consejo. El señor Lenton dice que pensó en usted en seguida y le dió una de sus tarjetas para que fuese a consultarlo. Si vamos a su escritorio él nos manifestará todo lo que sabe..

El detective salió del hospital para ir a casa de su amigo.

—Me ha causado una gran sorpresa todo lo que me ha dicho por teléfono Squib — exclamó, después de saludar a Dereck, — y el hecho de que Jackson haya sido asesinado me demuestra que era cierto lo que me dijo. Voy a repetírselo a usted.

Parece ser que Jackson, — así se llama el herido, — salió de Inglaterra hace algunos años con la intención de ingresar en la Legión Española que combate en Marruecos. Permaneció en ella luchando como un valiente durante un tiempo hasta que en unión de otros dos camaradas decidieron desertar en la primera oportunidad que se presentase. Uno de sus compañeros era un árabe, el otro un francés, y durante varios meses estuvieron aguardando la ocasión para poner en ejecución su plan. Llegó el momento esperado, pero las circunstancias estaban contra ellos. No conocían el terreno y se perdieron en las montañas. Por un extraño capricho del Destino, después de andar errantes varios días llegaron a un templo en ruinas y medio muertos de hambre y de sed se refugiaron allí. ¿Cuál no sería su sorpresa al descubrir en un sótano un tesoro como jamás podían haberlo soñado?

El detective se sintió impresionado por el relato, pero consideró oportuno no interrumpirlo.

—Consideraron que no era ocasión para retirar el tesoro, ya que no sabían que sería de ellos, y entonces acordaron un plan. Llevarían el tesoro a otro lugar más seguro en el desierto, volverían a la Legión y dirían que habían sido hechos prisioneros, pero que habían logrado escapar y seguirían luchando hasta que terminara la guerra.

Como garantía mútua y para no llevar documento que pudiera caer en manos extrañas se tatuaron sobre el pecho una parte del plano del sitio donde dejaban oculta su fortuna. De esa manera para buscarla tenían que reunirse los tres.

Las cosas sucedieron como habían pensado, y todo quedó en calma.

—Ahora me explico porque le han arrancado a Jackson una parte de la piel. Era la que correspondía al plano general. Sin duda ha sido uno de sus dos camaradas. ¿El francés? ¿El árabe? ¡Quién sabe aún! ¿Pero qué hacía Jackson en Londres?

—Parece ser que habían quedado de acuerdo en que al terminar la guerra se reunirían en Argel. Jackson y el francés acudieron a la cita, pero el árabe faltó. Jackson resolvió entonces venir a Inglaterra para buscar un detective que le ayudase en sus investigaciones y vino a verme; entonces fué cuando yo le dí la tarjeta para que fuese a hablar con usted.

—No hay duda, entonces. Uno de sus dos compañeros es el asesino. Pero ¿cómo buscarlos? ¿Además, qué interés puede tener para nadie ya el asunto?

Las cosas hubieran quedado ahí si algún tiempo después no hubiese leído el detective un suelto que le llamó la atención.

En el río Sena, en París, había sido hallado el cadáver de un individuo cuya identidad no había podido ser establecida. Como datos curiosos, decía el suelto del diario, que el cadáver tenía un curioso tatuaje en el pecho y que justamente en la parte de encima del corazón le faltaba un trozo de piel.

¡Era la repetición del caso de Jackson!

—¡El árabe! — murmuró Dereck. — El es el traidor y el asesino de sus dos compañeros. ¡Squib odio a los traidores! Vamos a ir a Marruecos y trataremos de descubrir a ese canalla que quiere ser poderoso a expensas de sus compañeros.

EN LAS MONTAÑAS DEL RIFF

Antes de embarcarse, el detective fué al director del hospital quien le informó que momentos antes de morir, Jackson había murmurado algunas palabras entre ellas, una maldición contra Alí Ben Hassan. ¡Aquél era el nombre del traidor!

Una vez en Argel se dedicaron a buscar entre los soldados de la Legión, uno que hubiera conocido a los tres amigos, o que supiese donde se hallaba el templo en ruinas para tratar de orientarse en la búsqueda del árabe.

Un antiguo suboficial de la Legión que había combatido en unión del árabe y de los dos asesinados, se ofreció a servirles de guía hasta las ruinas del templo, pero les manifestó que era grande el peligro, ya que se hallaba en pleno territorio ocupado por las tribus que aún quedaban rebeldes.

Montados en camellos emprendieron una marcha peligrosa y difícil a causa de los bandidos, de lo accidentado del terreno y del calor sofocante. Después de tres días de viaje llegaron a un punto donde convinieron en dejar los camellos para seguir a pie el trayecto que faltaba hasta el templo. Llegaron allí en una noche clara, y de pronto Dereck lanzó una sorda exclamación.

Delante de ellos a un centenar de metros marchaba un árabe.

—¡Alí Ben Hassan! — dijo en voz baja el detective. — Observemos. Saca una caja. ¡Ha encontrado el tesoro!... Vamos a...

—Cuidado, jefe. Se acercan unos jinetes... Son muchos. Detienen a Alí. ¡Luchan!... ¡Cae el traidor!... Ahora buscan en el suelo... ¡Sacan otras cajas y arrojan el cadáver de Alí Ben Hassan al hoyo que han hecho!... Ya se marchan llevándose el tesoro...

—¡El traidor ha pagado con la vida su delito!

Pocos días después el detective y su ayudante se hallaban de regreso en Inglaterra.

—¿Encontró el tesoro Dereck?— preguntó Lanson después de la comida con que celebraron el final de la aventura. — ¿Vió al árabe?

—Sí y no... — dijo el detective. —El asesino de Jackson pagó su culpa. Vimos el tesoro, que ahora se halla en un lugar de donde no volverá. Su amigo el tatuado ha sido vengado, y así termina uno de los casos más curiosos en que he intervenido.

EVA

Yo soy igual que Eva. Me siento primitiva
y admiro a nuestra sabia madre Naturaleza,
que puso en mis arterias la sangre roja y viva
y en mi alma este sentido puro de la belleza.

El amor lo he vivido con su fuerte rudeza;
mi carne es toda ella vibrante y sensitiva,
y si tengo del agua la sencilla pureza,
del sol tengo la llama que mi color aviva.

Detesto los placeres torpes y artificiales;
amo en los dulces labios ardientes y sensuales
el beso que hecho ritmo es como una canción,

porque, al igual que Eva, me siento primitiva,
y cuando el aire azota mi frente pensativa
repercute en mis nervios su loca vibración.

Rosario SANSORES

José Asunción Silva

GLOSA

Por Pedro César Dominici

José Asunción Silva [illegible] racas a fines de 1894 con el [illegible] de primer secretario de la [illegible] ción de Colombia. Su figura esbel- ta y aristocrática, un tanto inclinada al andar, con cierta actitud indolente; su elegancia algo afectada unida a cierta timidez de modales; sus levitas grises y chalecos polícromos, le hicieron conocer pronto de las gentes; ejerciéndose en él aquel admirable espíritu, célebre entre los caraqueños, de dar motes o señalar con apodos a las personas distinguidas; ya por contraste, basando el sobrenombre en una cualidad de que carecían; por defecto moral o imperfección física; o simplemente por recuerdo de algún hecho público o privado en el que el aludido o sus parientes habían actuado de protagonistas. A nuestro poeta le llamaron los caraqueños "la Casta Susana"... No había intención malévola al llamarle así *sotto voce*, porque Silva, de negra barba nazarena y voz varonil, en nada recordaba a la honesta señora del episodio bíblico: pero en su aspecto exterior y en sus gestos habituales, revelábase aquella femenilidad que era solo el reflejo que caracteriza a los niños mimados y educados entre mujeres, a quienes se reprende con caricias y se baña, peina y perfuma muchas veces al día. Su vida en Caracas, entregado a la monotonía social diplomática, apenas podía solazarse espiritualmente con alguna visita a la Academia de la Lengua, o al Salón Azul de "Cosmópolis". Mostrábanse hostiles en la Academia a su manera de versificar, calificándola de absurda e impropia de la tradición castiza. Lo cual solía hacer decir a Silva, cuando estaba entre jóvenes, que "su revolución" consistía en imitar la métrica de las fábulas de Iriarte... Ignoro si José Asunción Silva tenía perfecta conciencia de la obra reformadora que había emprendido; pero escuchaba sonriente sin discutirlas, opiniones adversas, sin que pudiésemos afirmar que iba guiado por exceso de modestia o por exceso de orgullo. Construía su obra y la ofrecía al público, como el escultor la estatua, dejándola enclavada en el jardín o en la plaza, y alejándose, sin interesarle ya lo que de esta se pensase, para contemplarla muy de lejos como el esbozo de otro artista... Experimentó sincera sorpresa cuando encontró en torno de nuestra Revista "Cosmópolis" un núcleo bastante numeroso de escritores incipientes, que le acogieron con entusiasmo, saludándole como a noble y alto cantor de la Belleza... Su célebre "Nocturno" que había visto la luz tímidamente en una hoja periodística de la provincia Colombiana, fué lanzado a América en nuestras páginas; y discutido y comentado por nuestro grupo en los diarios, creándole de súbito al poeta, inesperado auge en los centros sociales; del cual debió gozar Silva en callada fruición: en aquella mezcla de frivolidad y elevación intensa que formaba el fondo de su alma... Los versos raros del "Nocturno" sirvieron de pretexto para críticas de escritores, plebeyos de espíritu, que repetían por doquier el extraño "leimotiv": "y eran una sola sombra larga, — y eran una sola sombra larga. — Más no faltaban, ni entre aquellos mismos de la diatriba emponzoñada quienes enmudeciesen al paso del poeta, recordando la sugestión profunda del canto de:

"a mi lado, lentamente, contra mí ceñida toda muda y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas,
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura,
caminabas;
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca;
y tu sombra,
fina y lánguida,
y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectada, sobre las arenas tristes,
de la senda se juntaban..."

En dos ocasiones fuimos invitados Pedro Emilio Coll y yo, por el poeta, a visitarle en el lujoso cuarto que habitaba en el Hotel Saind Amand, ornamentado por él con pequeños detalles de exotismo placentero; algunos *bibelots*, — el vocablo estaba en plena moda en aquella época de parisiano encanto, — había rosas semimarchitas en alta copa de cristal. Bebimos café, y nos obsequió con cigarrillos egipcios de boquilla dorada. Ni Coll ni yo fumábamos. Es posible que ni Silva mismo fumase. Pero aquello era de buen gusto; y no teniendo *hatchis* ni ámbar, nos forjaban ilusión, aislándonos hacia noble ambiente literario. Silva vivía por y sobre los libros, es decir, cultivaba su jardín interior sobre las frondas del *modernismo* francés de Teófilo Gautier, a qien imitó en su poesía "ARS":

El verso es vaso santo; poned en él tan solo
un pensamiento puro
en cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes
como burbujas de oro de un viejo vino oscuro,

de Mallarmé, en su hermetismo sugerente; de Verlaine, en su cálida melancolía escéptica y sedienta de nuevos sonidos... Percibíase cierta preparación escénica para nuestra visita. Pero era innegable que, si José Asunción Silva hubiese podido, habría edificado linda mansión en donde hospedar amigos, y propender al culto del Arte, por el convencimiento de aristocracias sugeridas entre escritores y artistas de elección. Silva nos leyó fragmentos de una novela en la que el personaje principal analizaba constantemente sus sensaciones; de una psicología intensa, pero con sencillez de estilo; en marcado contraste entre las senesaciones que estudiaba, voluntariamente raras y sutiles, y la forma de prosa sin eufemismos ni bellezas de léxico. No recuerdo el plan de la obra, ni lo que intentaba desarrollar el autor; pero es indudable que aspiraba a escribir *algo extraño;* algún conflicto enfermizo de su fuero interior; alguna tragedia del dolor inspirada, quizás, en aquel párrafo subjetivo de una de las escasas páginas de prosa que nos legó el poeta...:

"el suspiro que viene a todos los pechos humanos cuando comparan la felicidad obtenida, el sabor conocido, el paisaje visto, el amor feliz, con las felicidades que soñaron, que no se realizan jamás, que no ofrece nunca la realidad, y que todos nos forjamos en inútiles ensueños."

También nos leyó Silva estrofas del soberbio canto titulado "Al pie de la estatua" de Bolivar, dedicado a Caracas, que comenzaba:

Con majestad de semidiós, cansado
por un combate rudo
y expresión de mortal melancolía
álzase el bronce mudo,
que el combate del tiempo desafía,
sobre el marmóreo pedestal que ostenta,
de las libres naciones el escudo."

Al final, ya para despedirnos, casi de madrugada, Silva nos recitó muchas de sus "Gotas amargas", algunas de las cuales no han sido publicadas, porque el poeta las sabía de memoria, negándose a copiarlas para que no viesen la luz pública. Las recitaba con mirar malicioso, deseando sorprender el efecto que produciría en el oyente. Eran dignas de figurar entre las que sus amigos de Colombia lograron coleccionar, pues no estaban entre los papeles de Silva, dignas de "Lentes ajenos", "Cápsulas", "Psicoteraupéutica", "Zoospermos" ó "Egalité"... casi populares en nuestra América;

El pobre Juan de Dios, tras de los éxtasis
del amor de Aniceta fué infeliz.
Pasó tres meses de amarguras graves
y tras lento sufrir,
se curó con Copaiba y con las cápsulas de Sándalo Midy...
Enamorado luego de la histérica Luisa
rubia sentimental, se enflaqueció, se fué poniendo tísico,
y al año y medio o más se curó con bromuro y con las cápsulas
de éter de Clertán.
Luego, desengañado de la vida
filósofo sutil,
a Leopardi leyó y a Schopenhauer
y en un rato de esplín
se curó para siempre con las cápsulas
de plomo de un fusil...

UNA SORPRESA

Paseábase el joven Gastón por la avenida del Bosque de Bolonia cuando tropezó con un diminuto zapato de mujer. A fuerza de dar vueltas a su hallazgo pudo descubrir que estaba marcado con unas letras en las que podía leerse claramente: Emilia Logred, 84, rue Mondoré.

Algo le sorprendió que la propietaria de la prenda hubiera caído en la extravagancia de marcarla; pero pensó que cada persona tiene sus costumbres y que él no estaba muy al tanto, dada su timidez, de los detalles íntimos de las mujeres.

El joven Gastón entró en un café, pidió recado de escribir y, después de trazar unas líneas las entregó juntamente con el zapato hallado en el Bosque, a un mensajero de su confianza para hacerlos llegar hasta su dueña.

El mensajero se presentó en el sitio indicado, preguntó por la señorita Logred y pronto se encontró en presencia de una señora cuarentona y repulsiva. Cuando esta señora rompió el sobre que le presentaba el mensajero leyó:

"Señora: No se puede ver nada tan delicioso como la prenda que os adjunto. Quisiera tener mil iguales para hacerlas objeto de mi admiración más exquisita. A vuestros pies, Gastón Menetier."

—¡Oh, qué lirismo! — exclamó Emilia Logred cuando acabó de leer la carta.

Y acto seguido se apresuró a preguntar al mensajero las señas de Gastón y si éste era comerciante.

—No, señor: tiene más de cuarenta y cinco mil francos de renta.

—Está bien; puedes retirarte. Hoy no he perdido el día.

* * *

Quince días después, Gastón, que no había olvidado el encuentro del zapato, y que pensaba ir a rondar el domicilio de Emilia Logred, se estaba afeitando cuando su criada entró muy extrañada diciendo:

—Señor, ¿dónde vamos a colocar todas las cajas que han traído para usted en un carro?

—Debe de ser un error — dijo Gastón, corriendo hacia el vestíbulo sin acabar de afeitarse.

—¿Es usted D. Gastón Menetier? — le preguntó el que había llevado las cajas presentándole la factura—. Pues aquí tiene usted; son treinta y dos mil francos.

Y le entregó un papel, que Gastón leyó. Decía así:

"Casa Emilia Logred. Especialidad en zapatos de señora. Calle de Mondoré, 84. Don Isidro Menetier debe: Por mil pares de zapatos, con arreglo al pedido hecho en su atenta del 7 del corriente, según modelo que adjuntaba, treinta y dos mil francos. Recibí: Emilia Logred."

Entonces fué cuando Gastón se dió cuenta de que aquel nombre en el que pensó con tanto amor era el de la propietaria de una fábrica de calzado, y que la prenda que él había devuelto fué tomada como modelo para el gran pedido que le entregaban ahora, y que no tuvo más remedio que abonar religiosamente.

Jules CLARETIE

o aquellas que terminan:

"Juan Lanas, el mozo de esquina
es absolutamente igual
al emperador de la China
los dos son un mismo animal"...

Notas breves y escépticas, exentas de sensualismo, y en el fondo, moralizadoras, resultaban sus "Gotas amargas",; desencanto de aquel fino espíritu, que desdeñó los vicios, y supo sonreír piadosamente ante la vida; porque sabía que en sus propias manos estaba el despojarse libremente de ella...

De cortos meses fué la permanencia en Caracas del prímer secretario de Legación, embarcándose con licencia a bordo del trasatlántico "Amérique", que, sorprendido por una tormenta, se estrelló contra las rocas frente al puerto de Barranquilla. Silva perdió allí sus novelas y poesías inéditas; y llegó a Bogotá con esa nueva tristeza que, no obstante, fué la menor de sus preocupaciones, en el afán de reconstruir la antigua fortuna de la familia, mermada por los últimos malos negocios de su padre. Nuevos dolores debía encontrar al contacto con la realidad, con el desempeño que le guiaba: la quiebra de la casa comercial, el desvanecimiento de un proyecto, que llevaba de Caracas — creo que se trataba de explotar cierta tierra colombiana, arcilla o greda, propia para cerámica — y su orgullo sereno, exacerbado por la complacencia con que los bogotanos comentaban sus tristezas. Mil nimios detalles inadvertidos para sus amigos, fueron creando el núcleo invisible, de la tragedia cercana... Silva se aislaba cada vez más... Buscaba en los libros lo que los hombres le negaban. Y al contemplarse a sí mismo solo y desconocido en su patria y en su hogar, era, como el ciego extraviado, prolongando la vista en el extremo del báculo que hacia el abismo le llamaba...

En la mañana del domingo 27 de Agosto de 1896, mientras su familia estaba en misa, José Asunción Silva, elegantemente vestido, acostóse en el lecho, y disparóse un tiro en el corazón... Que fué aquel acto premeditado, acariciado quizás semanas enteras, lo prueba el haberse hecho pintar por su médico el sitio exacto que el corazón ocupaba en el organismo humano, y su exacta conformación. Y lo atestigua su obra poética, de dulce escepcionismo sonriente, desdeñoso e irónico,..

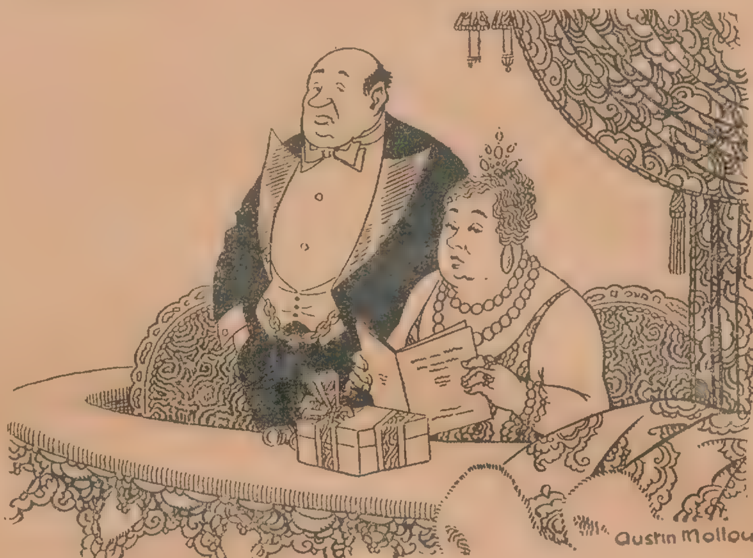
Hace años, en plena conflagración europea, nos encontramos en el Claridge Hotel de Londres, Baldomero Sanín Cano y yo. Asistíamos al banquete en honor de un audaz empresario de negocios de nuestra América. Hablábase de proyectos fabulosos, de millones de libras esterlinas, de buques colosales, de oro y de petróleo... Infatigables sucedíanse los oradores con aquella facundia infinita que poseen los ingleses en ese género de oratoria, en la cual superan en mucho a los latinos; pudiendo afirmarse que de cien comensales, noventa tomaban la palabra. Elogiábase la fuerza del dinero, el porvenir de las industrias, el predominio del comercio, levantábanse planes formidables de dominación y de riquezas... Al finalizar el banquete pude acercarme al amigo de José Asunción Silva. Y hablamos, también incansablemente, del poeta y de su obra, de su vida y de su muerte... El tema de la poesía de Silva era, en aquel ambiente ardoroso de ambiciones desencadenadas, como el perfume lejano, el hálito fragante que penetrase por la ventana entreabierta de un jardín contiguo... A veces interrumpíamos para estrechar alguna mano que se nos tendía, mientras alguién nos insinuaba al oído por cuántos millones podía girar aquella mano. Y luego continuaba nuestro frescor de primavera... Más tarde, pedimos nuestros abrigos... Y continuamos nuestra charla, marchando *de frac*, paso a paso, por la ciudad en tinieblas, víctima de la guerra; sin que un sólo momento viniese a nuestros labios la más leve alusión al banquete que nos había reunido... Continuábamos hablando de Silva con obsesión tranquila, como de algo natural y placentero, como si hablásemos de los canales de Brujas o de las góndolas de Venecia bajo un fulgor de luna...

Todas las leyendas sobre el motivo del suicidio de Silva son vanas e infundadas. La pasión de amor por su hermana Elvira ha sido inventada por quienes juzgaban que no se puede ser artista genial sin lacras que ocultar, y que las leyendas, para engrandecer, deben de ser forjadas con cieno... Mal pudo influir la muerte de Elvira en el suicidio del poeta, cuando Silva puso fin a sus días seis años después de la muerte de Elvira... Y apartando la mostruosidad de la invención: Os imagináis a Romeo suicidándose seis años después de la muerte de Julieta?...

El mismo Silva tuvo empeño en manifestar que no creía en ese género de muertes cuando dice en su "Idilio":

"Ella le idolatraba y él la adoraba
se casaron al fin?
No señor, ella se casó con otro
Y murió de sufrir?
No señor, de un aborto.
Y el pobre aquel infeliz.
Le puso a la vida fin?...
No señor, se casó seis meses antes
del matrimonio de ella, y es feliz..."

Tampoco es cierto que Silva hubiese sido impelido a despojarse de la vida por la sugestión del libro de D'Anunzio "El Triunfo de la Muerte", ni que fuese hallado sobre su mesa abierto. Su ilustración era vastísima conociendo toda la gama moderna del lirismo romántico de toda suerte de suicidas para impresionarle las tristezas sensuales del personaje del novelista italiano. La verdad es que el poeta estaba preparando un estudio sobre Leonardo de Vinci, y encontráronse en la alcoba algunos libros que trataban del eximio artista del Renacimiento, una de las más fecundas energías vitales que ha producido la especie humana, y en cuyo estudio mal podía vislumbrar el poeta colombiano desengaños ni debilidades... La idea del suicidio gime en éxtasis sonriente desde su infancia, en el alma de José Asunción Silva, y palpita armoniosa en el dulce arrullo de sus versos... Porque más cercana yace la idea de una muerte voluntaria bajo el agua glauca del lago, que en el río torrencial, o sobre el mar impetuoso. Ante éstos persiste en nosotros el instinto de defensa y de lucha, mientras ante el agua dormida nos invade la extraña sensación de un largo sueño reparador... Bella, agua dormida fué la obra poética de Silva, lago manso y doliente, poblado de ocultos peligros, bajo cuyas ondas su alma meditabunda y cautelosa debía sucumbir.



—¿Qué están tocando?
—La novena Sinfonía de Beethoven.
—¿Lo ves? ¡Por tu culpa hemos perdido las otras ocho!

Los crisantemos

A fines del siglo XVIII, Pierre Blancard, capitán de la marina mercante francesa, mandaba un barco, con el que dos veces al año iba al Extremo Oriente a buscar las especias, las sedas brochadas, los objetos de marfil y todos los productos de la China, de los que se hacía un gran comercio en Marsella.

El capitán era aficionado a las flores. En uno de sus viajes, en 1789, descubrió una planta, de la que llevó a Europa tres ejemplares. Esa planta, de hojas verdes curiosamente recortadas, daba en el Otoño flores sin perfume, pero de una asombrosa riqueza de colorido.

Blancard puso sus tres plantas en el jardín de la casita que habitaba en Aubagne, cerca de Marsella. Dos, murieron. La otra prosperó, y el capitán, que ya se había retirado del servicio, se aplicó a cuidarla, tanto y tan bien, que pronto tuvo una magnífica plantación de las exóticas flores.

Y pasó el tiempo, y llegó el Imperio.

Blancard supo que la emperatriz Josefina amaba las flores. Un buen día, el capitán colocó cuidadosamente en el fondo de una caja, y sobre un lecho de tierra y de musgo, algunas de sus más bellas plantas, y las llevó a la Malmaison. La emperatriz Josefina aceptó el obsequio.

Las plantas, replantadas, florecieron. Pero aquellas flores no tenían nombre. Se llamó a los más eminentes botánicos los cuales propusieron que se las denominase *crisantemos* (*chrysanthémes*), a causa de la coloración dorada de sus pétalos.

Desde entonces, la ciencia y la aplicación de los jardineros de Europa ha mejorado considerablemente las dos especies y ha multiplicado hasta lo increíble la bella flor.

ACUARELA

La tarde,
esa trágica azul que se arrebola
para morir, hoy muere en un alarde
de púrpura y de ola.
Bajo las transparencias de sus tules
hechos de claridades temblorosas,
abre los regios labios azules
para exhalar un vómito de rosas.

Enamorada de las olas, muere
dardeando de luz al mar sonoro,
y cada dardo luminoso hiere
el corazón del mar — espuma y oro —
Se envuelve en gasas amarillas. Luego
baña la sien en el azul-marino
y deja sobre el mar en raro juego,
perlas, oro, azafrán, ópalo y vino.

Luis VAZQUEZ DE CUBERO.

MI ULTIMO SUEÑO

Por Miguel Toledano

No es posible que yo acierte a describir con perfección como era el misterioso personaje que se presentó ante mí, apenas me quedé dormido. Era un anciano de copiosa y argentada barba, que caía en graciosos rizos sobre el amplio y robusto pecho; el cabello, blanco y sedoso, resplandecía con fuerza, tomando apariencias de nimbo al encuadrar la arrogante y modelada cabeza. Todo su rostro revelaba inexplicable dulzura y su despejada frente delataba de tal modo superioridad e ingenio que, insensiblemente, movía a veneración profunda, que no llegaba a temor, porque sus azules ojos miraban acariciando. Bien se echaba de ver que aquellas canas habían causado admiración y respeto a muchas generaciones; pero aquel extraordinario viejecito erguía tan majestuosamente su bien proporcionado busto, que pronto se adivinaba que el tiempo, ese implacable destructor, era impotente para aminorar los inacabables bríos del anciano.

Yo no había visto hasta entonces a aquel viejo singular y, sin embargo, me parecía tener a un antiguo y buen amigo que fué poco a poco adquiriendo tono y figura, hasta quedar convertido en el retrato viviente del viejecito cariñoso y bueno, que nos enseñan a respetar y querer en nuestros primeros años. El sonreía para alentarme, pero yo no llegaba a recobrar el ánimo, porque después de reconocerle, recordé, con miedo, que, los que de "EL" me habían hablado, mas me enseñaron a temerle por cruel que a desearle por bueno. Falto de palabras, quise mostrar mi admiración cayendo a sus pies arrodillado, pero el anciano se apresuró a detenerme y con imperioso tono, que me hizo olvidar al viejecito bondadoso, para pensar en el Dios Colérico, me dijo al propio tiempo que me marcaba mi camino con el dedo:

—Tu sino es caminar, caminar siempre; no te detengas, sigue adelante.

—Y, ¿a dónde iré, Señor? — me resolví a preguntar.

—¡Dónde has de ir sino adonde fatalmente caminan todos los hombres!

—¿Dónde acaba mi camino?

—Ese es mi gran secreto. Camina con confianza, sin vacilaciones; sufre y camina, que el punto de llegada no está muy lejos.

—Tendré que seguir errante y sin compañía, sin rumbo y sin tener quien me guíe.

El viejo sonrió de un modo extraño. Acabó de reir y dijo:

—¡Siempre habéis de ser tan ciegos, nunca aprenderéis a ver! Abre una vez los ojos y aprende, para no olvidarlo, quien te acompaña en tu penosa excursión.

Miré y me quedé anonadado. Casi tocándome con su descarnado cuerpo, infectándome con su nauseabundo hedor y helándome con su hábito, estaba un repugnante esqueleto, que se cubría de la cabeza a los pies con un amplio sudario que sólo le dejaba libre dos grandes y sombríos huecos, correspondientes a los ojos, con los que parecía mirar con afanosa constancia.

El temor más intenso se apoderó de mi alma y, por natural concatenación de lúgubres pensamientos y de infinitos temores, me pareció que el espectro se aproximaba tendiendo hacia mí sus amarillentos y crujientes brazos.

El anciano volvió a sonreír y me tranquilizó, diciendo:

—Todavía no, no temas. Camina, sin olvidar que viajas acompañado y este recuerdo te dará energía; mas, ten presente, que la primera parada que después de partir hagas, la ha de aprovechar tu compañero para estrecharte en formidable y eterno abrazo.

Maquinalmente empecé a moverme. El anciano había desaparecido después de pronunciar su postrer mandato; el espectro no se veía tampoco; pero adiviné que me espiaba de cerca, porque sentía aún el frío que penetraba en mi cuerpo y me helaba el corazón.

Tenía ante mí una hermosísima pradera; las flores la perfumaban, el sol, como nunca esplendoroso, la alegraba con sus rayos, el canto de los pájaros, mezclado con el débil murmurio de los arroyuelos producía inefable y jamás oída sinfonía. Correr por allí era tan delicioso, que no me limité a andar, sino, que alocado y ciego emprendí vertiginosa carrera y ¡desgraciado de mí! con tal rapidez marchaba, que ni pensé en detenerme a saborear las bellezas que por todas partes se me ofrecían, ni acerté a ver que al poco tiempo llegaba al final de la pradera y el sol se quedaba atrás, se perdía el aroma de las flores, que yo había neciamente destrozado con mis pies, y la música dejó de oirse. Acabó la pradera (!era tan corta!) y se me ofreció a la vista una alameda, a la que corpulentos y añosos árboles daban aspecto sombrío. Vacilé un momento y ya pensaba volver atrás, cuando oí resonar potente la voz del desaparecido anciano que me gritaba: — "Adelante, siempre adelante".

La alameda no era más que un corto paseo, ni alegre ni triste, que ponía en comunicación la inolvidable pradera con un angosto callejón, que no acierto a comparar con nada porque nunca hasta entonces había visto camino tan espantoso. Limitaban por los lados el tétrico callejón dos altísimas murallas de grueso y negruzco granito; ambas paredes se elevaban hasta perderse en la inmensidad del horizonte donde casi se juntaban para no dejar paso más que a un débil rayo de luz que, no sirviendo para alumbrar el terreno por donde yo caminaba desconcertado y a tientas, acababa de hacer más penosa la excursión, porque me llevaba a pensar en el sol potente y vivificador que hasta entónces me había alumbrado. El piso, desigual y guijoso estaba además plagado de víboras ponzoñosas, y cada paso que daba equivalía a una tortura que me causaban a un tiempo las cortantes aristas de las piedras y el aguijón agudo de los reptiles.

Quise buscar relativo consuelo a mis dolores oteando con ansia para hallar la salida, y mi mirada se perdió en la obscuridad más espantosa, volví la cabeza para solazarme con la contemplación del pasado, y me encontré con la obscuridad de nuevo.

Tuve miedo y quise retroceder. Apenas me detuve, oí a mi lado terrorífica sonrisa y espantoso tablilleo. Me acordé de la advertencia del anciano, y, creyéndome ya en los brazos de mi feroz compañera, grité con desesperación y eché a correr desolado; mis pies desnudos se posaban sobre puntiagudas piedras y mis brazos chocaban con los punzantes salientes de las paredes, pero yo no me detenía. Por dos veces caí sudoroso, rendido, medio muerto y, sin tomar ni el tiempo preciso para pronunciar un ¡ay!, me levantaba y seguía corriendo, temeroso de que me alcanzara el espectro amenazador. No sé cuanto tiempo duró aquella cruel huída; tal vez unos pocos minutos, yo jugara que fué un siglo; sólo sé que no acabó hasta que falto de alientos, porque con la sangre que vertían mis heridas me abandonaron las fuerzas, con el corazón que me golpeaba el pecho con la fuerza de un batán, las fauces abiertas, los ojos desencajados, me arrojé al suelo dispuesto a perderlo todo. La formidable voz del anciano llegó de nuevo a mi oído para advertirme que quien sin lucha ni padecer se entrega, renuncia insensatamente al galardón ofrecido: "Un poco más y has triunfado". Hice un esfuerzo sobrehumano y corrí de nuevo.

Momentos después llegaba a una pequeña abertura que daba salida a aquel maldecido túnel. ¿Qué me esperaba en premio de mi constancia? No iba a tardar en saberlo.

Avancé resueltamente y ¡fiera desilusión! desemboqué en un recinto mil veces más sombrío que el callejón que acababa de atravesar; aquel extraño paraje estaba sembrado de cruces y repleto de cadáveres: no era más que un cementerio.

—¡Por fin llegamos! — exclamó otra voz a mi espalda.

Era la de mi fúnebre perseguidora que, al hallarse con la presa codiciada, arrojó lejos de sí el sudario y ciñó con furia indecible mi endeble cuello con sus prepotentes brazos.

. . . .

El miedo me despertó. Me palpé con afán y me restregué los ojos para extinguir el recuerdo de la horrible pesadilla. Quise olvidar este sueño, pero yo no sé con que fuerza han quedado profundamente esculpidos en mi memoria hasta los nimios detalles, que muchas veces, despierto, vuelvo a pensar en la siniestra peregrinación, veo el tétrico cementerio como fatal único punto de llegada de la fatigosa senda que se llama vida, y, en vez de atemorizarme, es mi alentadora esperanza el macabro y salvador abrazo de la constante y precisa compañera del terrorífico viaje.

LA CANCION MAS ALTA

Es la canción más alta la de esta hora mía
que eleva ante el retoño de la luz que crece
el arco desnudo de una nueva alegría
saliendo es criatura que marcha hacia la muerte.

La maduró la noche y la amadrina el alba.
Como un símbolo dulce sobre el pecho del día
encontrará la tarde la curva de su gracia
y la hundirá en la sombra, desmadejada en fibras...

José Pedro HEGUY VELAZCO

Necrológica

Un sujeto pronuncia en el cementerio un sentido discurso ensalzando las cualidades de un amigo suyo a quien van a enterrar.

—¡Descansa en paz! — decía.— ¡Has dejado una amante esposa en este mundo! ¡Has dejado el cariño de tus hijos! ¡Has dejado a tus amigos!

—Oiga usted — dice un oyente, —agregue usted que me ha dejado a mí también con una cuenta pendiente de pago.

Conocimientos útiles :: *Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

Papel luminoso. — Póngase a secar y mézclense después por pulverización, tres partes de gelatina, tres de bicromato de potasio y treinta y siete y media de sulfuro de calcio. Mézclese una parte del polvo resultante con una pintura líquida, pero espesa. Una o dos capas de esta pintura, aplicadas con una brocha sobre papel o cartón, lo harán luminoso en seguida.

Para proteger el hierro forjado se obtiene una pintura muy elástica con la siguiente receta. Se mezclan 12 kilogramos de negro de marfil bueno con 9 litros de trementina, pasándolo por el moledor de colores o entre cilindros para conseguir homogeneidad perfecta. Se aclara en seguida con 4 1|2 litros de barniz color de oro y 13 litros de trementina y se pasa la mezcla repetidas veces por el moledor, porque es esencial que la pintura tenga la consistencia lo más fina posible.

Se aplica a los objetos de hierro forjado, bañando éstos en la preparación o dándosela con un trapo.

Fotografía sobre madera. — Prepárese la siguiente solución:

Gelatina	1 gramo
Jabón blanco	1 „
Agua	64 „

Se funde la gelatina al bañomaría y se disuelve en seguida el jabón, cortado en pedacitos; luego se filtra.

El soporte de madera, fijado convenientemente, se cubre con esta mezcla, cuidando de que la capa extendida tenga muy poco espesor y de la mayor igualdad posible, secándola al abrigo del polvo.

Con ayuda de un pincel ancho se extiende de una sola vez, de manera que no se formen estrías, la solución siguiente:

Albúmina	96 c. c.
Agua	72 gramos
Sal amoníaco	3'6 grms.
Acido cítrico	1 gramo

Y después de dejar secar esta preparación, se disuelve un gramo de nitrato de plata en ocho de agua destilada.

Puesta la tabla de madera horizontalmente con la superficie preparada hacia arriba, se vierte la solución de plata, igualándola con un agitador de cristal, y transcurridos cuatro o cinco minutos de contacto, se vierte el excedente en un frasco. Esta operación se hará con luz amarilla débil y el secado, a obscuras.

Expuesta la tabla bajo el negativo que se desee reproducir, hasta que adquiera un tono un poco más fuerte que el que en definitiva se quiera conservar, se lava durante diez minutos en un agua con cantidad abundante de sal, poniendo hacia abajo la superficie sensible. Luego, se lava en agua pura y se fija en hiposulfito al 15 por 100. Después de eliminado éste, se deja secar y se obtiene una fotografía bastante fina, que puede destinarse a usos industriales o artísticos o, simplemente, como obra de aficionado.

El desagradable olor de la bencina desaparece casi por completo echando en ella polvo de carbón vegetal, sacudiendo bien la vasija que la contenga, y filtrándola después para separar el carbón. Si se quiere que el olor desaparezca del todo, debe emplearse, en vez de carbón, plumbato de sosa, que se hace fácilmente disolviendo óxido de plomo en sosa cáustica; pero este procedimiento obliga a rectificar después la bencina para que no queden residuos del ingrediente empleado.

Para pegar el estaño a la madera, se funden en un recipiente de hierro de paredes gruesas 1 parte de cera amarilla, 2 de goma laca en escamas y 0.1 de aceite de linaza hervido, moviéndolo toda hasta la completa disolución. Una vez fría la masa se vierte sobre una placa de metal humedecido o sobre una piedra, se amasa y se forma con ella unas barritas.

Limpieza de cuadros al oleo antiguos. — Se lava y limpia bien una patata cruda, se seca, se parte en dos mitades y se frota no muy fuerte con una de ellas toda la superficie del lienzo.

Cuando se seque la patata se la corta una rebanada para poner al descubierto otra superficie fresca, repitiendo la operación cuantas veces sea necesario, hasta dejar el cuadro cubierto de una especie de barniz, que se quita luego con un trapo suave o un trozo de seda.

Sacar lustre al calzado negro la primera vez que se usa es muy difícil, como nadie ignora. Para facilitar la operación se frotan bien los zapatos con un pedazo de limón, se dejan secar y luego saldrá el brillo con bastante facilidad.

Para quitar de las barricas el gusto de madera, llénense con agua de cal, añadiendo dos gramos de potasa por cada 50 litros de capacidad que tenga la pipa. Se deja reposar el líquido en el tonel durante una semana, y luego se vacía y se lava muy bien con agua clara. El agua de cal y potasa que se ha empleado no debe desperdiciarse, pues sirve para muchas veces, sobre todo si se tiene cuidado de añadir un poco de cal y de potasa cada vez que se va a limpiar un nuevo tonel.

Solución gomosa elástica y que no se seca. — Se hace con estos ingredientes: goma arábiga, 93 partes; jabón blando, 8 partes; glicerina, 3; ácido salicílico, 1 parte. Este último se disuelve en 20 partes de alcohol y luego se añade la glicerina y después el jabón blando. La goma se disuelve en suficiente cantidad de agua para que resulte una especie de jarabe, y se mezcla con la primera solución.

La goma resultante se conserva muy bien y además de ser muy elástica, pega muy bien.

Para limpiar cualquier superficie esmaltada, un procedimiento muy práctico consiste en hacer una pasta con crémor tártaro y agua, extenderla sobre la parte que se quiere limpiar, frotar muy bien, y en seguida enjuagar con agua clara, que se tendrá cuidado de secar pronto.

Tinta diamante para escribir sobre cristal. — Se mezclan tres partes de sulfato de bario y una parte de fluoruro de amoníaco en un plato, y se añade ácido sulfúrico en cantidad suficiente para que descomponga el fluoruro de amoníaco y forme una mixtura semifluída que se echa en un recipiente, bien sea de cristal revestido interiormente de parafina, o bien de plomo o de gutapercha, y se aplica con una pluma de escribir.

EL AUTOPARAGUAS

—Y usted, ¿a qué se dedica? — le pregunté.

—Yo, a sacarme las cosas de la cabeza. Tengo una cabeza... que, vamos, que no me la merezco.

—Sí, ya se ve...

Me miró con luz en los ojos.

—Se ve, ¿eh?

—¡Toma!

—Pues, mire usted, yo no lo creía. Francamente. Yo creía que, vamos, no voy al decir que tuviera uno cara de cualquier cosa; pero, en fin, ¿que sé yo?..., no tenía yo la impresión de que se me veía en la cara la cabeza que yo tengo.

—¡No lo dije para tanto!

—No, ya ya. Pero ya ve usted, no sabe uno a veces lo que tiene. ¿Quién me iba a decir a mí que con tumbarme en la cama y cerrar los ojos me iban a salir ideas en la cabeza como si fueran granos?... Ya ve usted, los hay que se pasan la vida estudiando. Yo no abro un libro. ¡Palabra!

—No, si le creo a usted. ¡Basta que usted lo diga! Y aunque no lo dijese...

—Bueno, pues ya ve usted. Yo, como le digo, no abro un libro. Pero las ideas me brotan que... Ya ve usted lo que me ha pasado con el autoparaguas...

—¿Y qué es eso?

—Pues verá usted lo que es bueno. Yo me había fijado en lo molesto que es tener que llevar paraguas cuando llueve...

—Hombre, ¿pués sabe usted que es una gran idea?

—Sí, pero aguarde usted. Con que voy y me digo: La molestia procede de tener que llevar el paraguas en la mano. La solución es el huevo de Colom, con eme, porque parece que era catalán, aunque, a decir verdad, que fuese catalán o gallego, o hasta italiano, no hace a mi idea. La solución, decía, es que el paraguas lo lleve otro.

—Sí — objeté—; pero ese otro...

—¡Aguarde usted, hombre de Dios! ¿No le dije a usted que mi cabeza no es como las de los demás? Voy y me digo: En lugar de ese toldillo redondo del paraguas lo hago cuadrado, y en lugar de un solo mango le pongo cuatro.

—Una especie de palio, vamos...

—Lo que usted dice. Pero aquí viene lo bueno. Este palio lo pongo sobre una plataforma, a su vez sobre ruedas. De esta manera el peso del toldo protector de la lluvia circula del modo más ligero posible, que es, como usted sabe, sobre ruedas. Esto me permite disponer cómodos asientos para el dueño del autoparaguas, así como para su familia y amigos, pues en estas condiciones ya comprenderá usted que se puede hacer el toldo tan grande como se quiera.

—Sí, pero todavía no sé quién es el que va a apencar con las molestias de propulsar el aparatito.

—Pues lo va usted a saber inmediatamente. Un motor de explosión. Cálculo que con cinco a diez caballos se puede muy bien llevar a una familia entera. Claro que el que quiera ir con prisa o subir cuestas podrá darse el lujo de adaptar a su paraguas quince, veinte o más caballos, todos los que quiera. Para permitir velocidad dispongo unas ruedas con neumáticos, y en previsión de que se estropee alguna rueda el aparato llevará una de repuesto al costado. Si hace buen tiempo se podrá bajar el toldo, por un sistema de bastidores articulados, y para la noche el aparato llevará por delante dos linternas eléctricas. Así he resuelto el problema del autoparaguas.

—Pero, oiga usted: ¿usted me está tomando el pelo o qué? Eso que usted se ha sacado de la cabeza es un automóvil.

—No, señor. No tiene nada que ver con automóviles ni otros aparatos por el estilo.

—Pues ¿en qué se distingue el automóvil de eso?

—¡Toma, en que el automóvil no lo he inventado yo!

Salvador DE MADARIAGA

Notas cinematográficas

Una notable escena de la nueva película de Carlitos Chaplin "El circo", que Artistas Unidos estrenará mañana.—

Una de las más brillantes situaciones de la última película de Charlie Chaplin se basa en la ocurrencia de un caballo rencoroso que, no pudiendo tolerar a Carlitos, lo persigue tenazmente tratando de morderlo o golpearle con la cabeza en las espaldas. He aquí como su veraneo en Catalina, el gran cómico ideó el modo de encuadrar la escena, que impresionó a su regreso al "studio".

Carlitos ha llegado, huído a un circo, a cuyo personal, buscando su salvación, ha debido incorporarse. Esa mañana, yendo a sus ocupaciones, encuentra a su enemigo el caballo que, a pesar del afable saludo que Carlitos le dirige, confiando en que su amabilidad le obtendrá la paz, se precipita sobre él y le propina un violento cabezazo.

Perseguido por el caballo, el pobre hombre huye bordeando la pista, escurriéndose por las carpas, saliendo del picadero para buscar asilo contra su furia. Frente, al fin, a una jaula, penetra en ella y cierra la grilla en el hocico de su enemigo, grilla que movida a resorte se cierra automáticamente por el exterior, aprisionándolo.

El caballo, burlado, se aleja a paso lento.

Satisfecho de haberse desembarazado de su enemigo, Carlitos mira a la derecha y sus ojos expresan el terror que le ocasiona la visión de un león dormido en el fondo de la jaula. Se precipita hacia la puerta, que no puede abrir; busca con la vista a un empleado del circo que lo liberte, pero no ve a nadie; no se anima a llamar por temor a despertar al león. (Aquí en la cinta, aparecen grandes primeros planos de su rostro, que busca un medio de evadirse, que estudia la conformación de la jaula, hasta que descubre una pequeña puerta a la izquierda de ella). Carlitos acaba de introducir una parte de su cuerpo en la otra jaula y se cree ya libre, cuando observa con terror a un tigre que lo mira rugiendo. Vuelve a la jaula del león, y pensando que éste puede haber observado su tentativa de fuga, se le dirige con obsequiosa sonrisa, como excusándose de haber querido dejar de hacerle compañía. Fuera de la jaula, un perrito ladra, atraído por los manejos de Carlitos. Este espantado, pensando que el ladrido va a despertar al león, le indica con signos que se calle, signos que hace recrudecer los gritos del animal. Para lograr su silencio, Carlitos no trepida en retirar un hueso enorme del lado mismo del hocico del león, arrojándoselo al perro, el cuál, encontrándolo tres veces más grande que él, aulla lamentablemente. (En esta parte de la película hay un gran plano de desesperada figura del personaje).

Carlitos imaginando que el animal tiene sed, trepa por encima del león, agarrado a los barrotes de la jaula, y se apodera de una larga escudilla de agua, y está con ella tratando de conservar el equilibrio, cuando se acerca al sitio Myrna, la "ecúyere", Carlitos le indica que abra la puerta, pero la muchacha, horrorizada al ver la posición de su compañero, se desvanece. Y he ahí al pobre hombre, escudilla en mano, tratando de hacer callar al perro, y lanzando, de lejos, algunas gotas de agua al rostro de Myrna para que vuelva en sí. Hace tanto y tan bien que el león despierta (grandes planos del león furioso y de Carlitos aterrorizado). Retrocedido hasta la extremidad de la jaula, Carlitos, seguro de que ha llegado su última hora, mira con verdadero terror al león, que huele sus grandes zapatos, luego sus piernas y su cuerpo todo, mientras refunfuña con disgusto. La fiera mira a Carlitos en los ojos, y el po-



Lo que queda intacto. — (Caricatura de "World").

bre hombre se cree obligado a sonreirle tentando, como última providencia, ponerse en buenos términos con ella. "Chaplin, ha dicho uno de los críticos, ha de ser el único actor en el mundo que pueda realizar una tan perfecta transición al expresar un limitado espanto primero, y una lamentable sonrisa luego, con la que trata de conmover al león". Pero Carlitos no interesa al rey de los animales, que desdeñosamente vuelve a su rincón. Dándose poco a poco cuenta de lo sucedido y notándose aún con vida, siéntese animado de un inmenso valor. La ecúyere vuelta en sí, corre a la puerta de la jaula, pero Carlitos ya no tiene miedo. Le expresa que ya no hay necesidad de apresurarse, y, magnífico, se va a retirar, dirigiendo antes pequeños saludes protectores a la fiera. Ya libre la entrada, se acerca a ella lentamente, aunque antes de salir quiere deslumbrar a Myrna, con su valor. Se acerca al león como para acariciarlo, pero éste, excitado, lanza un rugido formidable. Y Carlitos de un salto se encuentra despavorido, fuera de la jaula, donde solo con su adorada es posible que le declarara su amor si el caballo, vuelto al sitio, no se precipitase hacia él, que no tiene más remedio que correr con toda la rapidez que le permiten sus cortas piernas ante la estupefacción de Myrna.

Tal una escena de "El circo". El gran realizador no se adapta a un argumento determinado; basado en un plan general, deja a la inspiración hacer el resto. Y es maravilloso ver a Chaplin idear, poner en escena e interpretar su obra.

Arte, Gloria y Fortuna son las diosas inseparables de Carlitos Chaplin. — Como nació Carlitos al séptimo arte hasta su reciente producción, "El circo", su obra maestra. — Artistas Unidos, que Carlitos Chaplin es uno de sus componentes, se apresta a estrenar, la última producción del gran bufo.

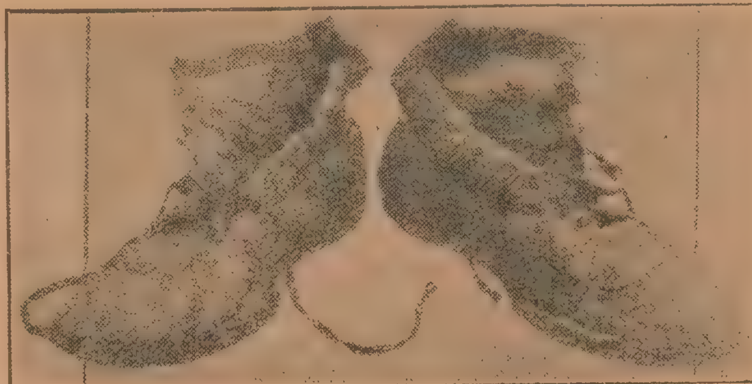
Se titula "El circo", y como todo estreno del inimitable cómico, es un acontecimiento, nada mejor, ni más oportuno que recordar su vida desde que nació al Séptimo Arte.

A los ocho años de edad, el pequeño Charlie, trabajaba ya, formando parte del "número" de su padre... Imitaba a los actores ingleses de aquella época, y hacia de ellos caricaturas muy afortunadas... Pero el padre murió, y la madre no halló contrato... Entonces comenzó para Charlie y para su hermano Sydney, una época de miseria... La madre cosía, y los niños iban a recoger y a entregar la labor, recorriendo largas distancias, por día, por las calles de Londres... De estos años, inolvidables, le quedó a Charlot, la profunda melancolía que presta a su comicidad una de las razones del éxito... el teatro... Tenía diez y seis años, cuando ingresó en la pantomima inglesa, cuyos intérpretes necesitan ser actores, bailarines, acróbatas, prestidigitadores y payasos... Y con los sketschs, tradicionales de esa pantomima. "La vuelta del borracho", "El prestidigitador torpe", "Una noche de club", y otros semejantes, se formó la personalidad artística inicial de "Charlot"... La compañía Karno fué a Nueva York en 1910, y Chaplin que seguía en ella, se interesó mucho por las películas cómicas presentadas entonces por la Biograph. Dos años después, y al término de otra expedición a los Estados Unidos, Chaplin comenzó su carrera cinematográfica, en los "Keystone Studios", bajo la dirección de Mack Sennett, contratado por un año. Durante estos doce meses, Chalot impresionó cuarenta películas que fueron más que nada, otros tantos esquemas ideados en torno a un tipo todo sorpresas y paradojas. Pero en tales esquemas, aparecía la nueva fórmula de la comicidad cinematográfica, basada en un carácter y una acción perfectamente definidos e inteligibles, sin necesidad de los largos y complejos epígrafes, que hasta entonces precedían a las escenas De los Keystone Studios, Chaplin, pasó a la Escasany en 1913. En quince meses aparecieron otras once creaciones, del ya famoso actor. Más tarde, en 1916, Chaplin comenzó, por cuenta de la "Mutual", la serie de doce películas, estudios en que la figura siempre cómica de "Charlot", se eleva ya sobre su primer nivel, y aparece con trascendencia filosófica. Esta ascensión, se acentuó rapidísima, en los años que mediaron desde 1917, hasta 1922, y que fueron empleados por Chaplin, para realibar las ocho películas contratadas por la "First National".

Posteriormente a esta labor, comenzó Chaplin a trabajar, asociado a Douglas Fairbanks, y a Mary Pickford, y solo después. "Una Mujer de París", y la célebre "Quimera del Oro", obra maestra de la cinematografía actual, fueron las últimas producciones de Chaplin, antes de iniciar la impresión de "El Circo", formidable esfuerzo, que el mes próximo, veremos reflejada en los cines, Petit Splendid, Palace Theatre y Cine París.

Como se esperaba, obtuvo gran éxito la película "Ramona". Puede considerarse como el trabajo maestro de Dolores del Río. — Artistas Unidos dió a conocer en varios cines, la producción "Ramona", por Dolores del Río. Mucha confianza se depositaba en el éxito de esta película que figura entre las mejores del excelente programa que durante el año actual explota Artistas Unidos, y es justo consignar que se vieron ampliamente cumplidos los pronósticos favorables que se formulaba acerca de "Ramona".

El público acogió con evidente agrado la nueva producción de la gran artista de "Resurrección", y "El Precio de la Gloria" y terminó en su emoción no ocultada el grado de sentimiento que surgía de la trama simple y poderosamente dramática de "Ramona".



El par de zapatos más valiosos del mundo: valen un millón de dólares.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 21 — CHARADA

Quinta sexta: Señora de la familia.
Primera segunda: Emperador.
Tercera segunda: Se queda.
Ma tercera cuarta: *Para boxear.*
Sexta quinta tercera: Acierto.
Primera segunda tercera: Grabado.
Quinta quinta: Mono.
Todo: Indispensable en los periódicos.

N.o 22 — JEROGLIFICO

P ANCHORENA N

N.o 23 — COMPRIMIDO

NOTA 100 i 50

N.o 24 — FRASE HECHA



N.o 25 — CHARADA

—Fijate que *prima-dos-tres cuatro* arma ese *segunda*. Cuidado que es *todo!*
—Ya lo creo *prima* tan *quinta-quinta* que de cualquier cosa se asusta.

N.o 26 — COMPRIMIDO

ME NOTA NOTA 2

N.o 27 — JEROGLIFICO

IV BCCDD
I' DI 2

N.o 28 — CHARADA

Tres cuatro estaba guisando
y le dijo a su sirvienta:
—*Prima dos* esto, Asunción,
—Tiene poca sal.
¡Se aumenta!
—Tiene un pelo.
—¡Será suyo!
—¡Una *una cuatro! ¡Prime-*
(ra!

N.o 29 — COMPRIMIDO

Sor C

N.o 30 — JEROGLIFICO

N a a OS

N.o 31 — COMPRIMIDO

IOO
JO JO JO
JO JO JO
JO JO JO
JO JO JO

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 10 — Casamiento
" 11 — Desdenes
" 12 — Asfaltado
" 13 — Falsificar una firma
" 14 — Monomio
" 15 — Viajero
" 16 — Entre gallos y media noche.
" 17 — Sindicados
" 18 — Romano
" 19 — Camila
" 20 — Qué no se habían inventado los paraguas.

La vida doméstica en la antigüedad

El calor y la cegadora luz del sol son los enemigos de que hay que librarse en Egipto. Los antiguos habitantes del valle del Nilo sabían cómo construir sus casas para conservar en ellas un fresco relativo y una luz tenue que no molestase. Pequeñas ventanas, muy cerca del techo aseguraban la ventilación de las estancias sin dar entrada a los ardientes rayos solares.

Después de despojarse de las sandalias a la llegada, y antes de sentarse para el festín, se detenían en el lugar de las abluciones, plataforma en la que un esclavo, echaba agua a sus pies para quitarles el polvo del camino y luego se lavaban las manos en el servicio que otro esclavo les presentaba, y, después, todos se sentaban a la mesa colocada entre enormes columnas pintadas de rojo que sostenían el techo azul tachonado de estrellas. Guirnaldas y flores de loto pintadas a intervalos en las blancas paredes completaban el decorado con las puertas de armazón o marco amarillo cubiertas de inscripciones y sobrepuertas con la típica cornisa egipcia pintada con rayas rojas y verdes.

Estas puertas, daban acceso a las habitaciones particulares y a los pabellones exteriores orientados al Norte y al Poniente, donde se reunía la familia después de la puesta del sol para gozar del fresco de la noche.

La mesa del festín aparecía llena de panes, frutas, manjares diversos, aves asadas, especialmente gansos, vegetales cocidos, lentejas, etc. Los invitados se sentaban en magníficas sillas de alto respaldo, ricamente tapizadas o en banquetas. Ellos mismos se servían con los dedos; según la costumbre oriental.

La cocina estaba fuera del local, de donde se llevaban los manjares, pero había una especie de brasero portatil que se colocaba entre dos columnas, en donde un cocinero iba asando aves durante el banquete.

El vino se sacaba en grandes ánforas adornado con guirnaldas de flores de loto y de allí pasaba a recipientes más pequeños.

Una esclava, se ocupaba durante todo ese tiempo de manejar los perfumes y ungüentos para los convidados.

Terminado el banquete, venían los músicos y las bailarinas, y poco antes, los esclavos dejaban libre el local, retirando mesas, vasijas, recipientes de perfumes, brasero, sandalias, tapices y demás artículos que pudiesen molestar a espectadores y artistas.

Al pasar a las casas griegas se veía a la izquierda un pozo de piedra con un pilón para lavar y más allá el busto de un dios, Hermes, sobre un pedestal. Una enorme higuera forma como un dosel de verdura, a cuya sombra varios esclavos se ocupan de sus respectivos menesteres. Varias puertas conducen a la panadería, al almacén o despensa y a otras dependencias de la casa.

Al otro lado de la puerta de entrada, a la derecha, está el edificio con las habitaciones de la familia.

Un pórtico abierto, con par de hermosas columnas dóricas, soporta el primer piso de la casa, en donde están las habitaciones de las mujeres. La planta baja se reserva para el jefe de la familia y la servidumbre masculina. Allí recibe a sus amigos.

El pórtico es en sí una gran antecámara, a veces adornado con frescos, trofeos guerreros y obras de arte, cuya cantidad depende de la riqueza y posición del amo de la casa. Esta antecámara, es el sitio de reunión favorito de la familia. En verano, grandes cortinas colocadas en los huecos que dejan las columnas, impiden la entrada de la cegadora luz del sol, conservando fresco el ambiente.

Allí, el dueño despacha todos sus asuntos durante el poco rato que pasa en la casa, pues los griegos, pasaban la mayor parte del día en la calle. Estaban tan metidos en la política y en los asuntos religiosos, que las discusiones en el agora y las ceremonias en el templo les tenían ocupados casi todas las horas del día.

Mientras el forastero hace todas estas observaciones, el joven esclavo que nos dió entrada, regresa después de haber pedido al amo la venia para conducirnos a su presencia, regresa y nos conduce a lo largo del peristilo, alza las ricas cortinas bordadas y nos anuncia.

La casa que aquí describimos es la de un ciudadano rico, y está hecha según el plano de una casa descubierta en Priena, ciudad jónica, en la costa occidental del Asia Menor.

La casa romana que vamos a describir, apareció en Pompeya bajo una gran capa de cenizas después de haber pasado los siglos que median desde la gran catástrofe que destruyó la ciudad el año 79 antes de Jesucristo. Es la casa de los Vetios, una de las mejor conservadas de Pompeya.

Muy mejorado por la civilización y el buen gusto, decorado con brillantes colores, el atrio de la época pompeyana apenas se parecía a los primitivos romanos; pero se conservaban en él las partes esenciales del lugar.

El pilón, en medio del atrio, cuadrado por lo general, era el "impluvium", y la abertura en el techo de la misma forma y sobre aquel, el "cumpulvium".

A un lado del impulvium había una estatuílla, casi siempre de Cupido, que hacía de frente, sostenida por un pedestal de mármol, que en un principio era el hogar o altar donde se ofrecían sacrificios a los Lares domésticos o dioses tutelares de la casa.

Detrás de la estatuílla del dios del Amor estaba el "cartibulum", mesa de piedra o mármol en donde se colocaban las viandas cuando la familia comía en el atrio.

Frente a la puerta de entrada al atrio otra daba acceso al peristilo, y de él se pasava al "viridarium" o jardín, y en un ángulo otra puerta daba paso al "tabulinum" que venía a ser el despacho del amo de la casa.

PAPEL Y TINTA

"Carmita", por Laura Cortinas. — Montevideo. —

La obra que acaba de obtener el premio a la mejor novela, en el concurso del Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay, tiene un gran desaliño en la forma, pero alma, mucha alma. Una se identifica con la simpática protagonista hasta sufrir con ella, en toda la fatalidad de su vida sacrificada a un deber, exagerado si se tiene en cuenta lo poco que hace la mente cuando se vive con el corazón enloquecido... Pero hay en la realidad demasiadas aberraciones sentimentales, miles de casos reñidos con la lógica, para reprochar a Laura Cortinas ese inflexible dominio sobre sí misma con que la figura principal de "Carmita" llega a desesperarnos. Un prejuicio absurdo es el asesino de la juventud lujosa de la protagonista. Otro prejuicio da luego en tierra con su última ilusión de dicha. El lector — o mejor, la lectora — sin ser sentimentaloide, se rebela al sacrificio repetido y estéril... Pero también la vida nos presenta casos criticables, equivocaciones que parecen nimias y que, sin embargo, provocan toda una tragedia, situaciones de medio segundo que son responsables del vuelo definitivo de la felicidad casi alcanzada... También la vida nos dice cuántos son los crímenes del prejuicio y de las religiones.

Laura Cortinas sabe construir: distribuye bien los capítulos después de dar el tiempo necesario a los sucesos y la expresión adecuada al grado de emoción que quiere trasmitir. En esto posee habilidad de veterana. Interesa, atrae, envuelve al lector y no lo suelta hasta el desenlace. Sólo que al terminar hace sentir la mordedura de la angustia, y de la angustia peor: la transpirada por lo que ya jamás será aunque nació para ser... La angustia de lo posible que se hizo inalcanzable por un empecinamiento que nos prestaríamos a destruir, que quisiéramos disolver...

Mucha naturalidad, un gran sentido psicológico y muy hondo perfume de alma femenina, tierna y melancólica, hay también en "Carmita". Las objecciones de alguna gravedad quedan para quien lea la novela con los impertinentes anteojos del gramático... Hay en ella, en realidad, un lamentable descuido de forma. Pero el que busque belleza de fondo, y más que belleza, emoción, tiene en "Carmita" una buena fuente para su avidez.

Alicia PORRO FREIRE

"El secreto de los tiempos", por Enrique de Gandía, 1928.

"El secreto de los tiempos", es con seguridad la primera obra de este género que publica un escritor argentino.

Enrique de Gandía ha iniciado en nuestro país un género histórico-novelesco que en Europa tuvo sus grandes cultores, pero que aquí no será imitado por la ardúa labor que requiere y la dificultad, casi imposible, de conseguir la documentación necesaria.

"El secreto de los tiempos" es una novela apasionada y vibrante cuyo argumento se desarrolla en la época más dramática y de mayor obscurantismo de la Edad Media. En ella se revela insospechados secretos de la historia y toda la ciencia oculta de las religiones. Para escribir "El secreto de los tiempos" Enrique de Gandía documentóse largos años en las principales bibliotecas de Europa, debiendo realizar especiales estudios arqueológicos y exegéticos de investigación propia. Es una obra de honda erudición. Encierra estudios críticos sobre historia, religión, arqueología y arte medioeval. Puede considerarse como una evocación perfecta de la vida del siglo IX, de los misterios del Pontificado, de los castillos y cenobios, y, en conjunto, una pintura fiel y colorida de los inconcebibles terrores que precedieron el año mil.

En este libro de Enrique de Gandía, el más mínimo detalle de erudición supone la búsqueda de libros especiales y la lectura de muchos infolios.

Consiste la parte novelesca en la historia de un monje de la Abadía de Fulda, antiquísimo monasterio alemán. La vida claustral, de estudio y meditación, en medio de aquella fiera Europa sumida en la ignorancia, esta exactamente descripta y supone en su autor un conocimiento práctico de las interioridades monacales, que ya reveló en otra de sus obras anteriores titulada "Sin fe y sin paz". Después de haber asistido a una síntesis de raros estudios históricos, arqueológicos y exegéticos sobre los Evangelios, el Antiguo Testamento, los orígenes del cristianismo, la personalidad de Cristo y las opiniones que los antiguos tenían de las cosas espirituales, llegamos a Roma siguiendo al monje Ubaldo, protagonista de la obra.

En este nuevo escenario de la Roma del siglo IX, donde aún perduraban las maravillas de los tiempos clásicos, el monje Ubaldo es apresado por las redes de una noble dama romana y a través de páginas emocionantes asistimos a su caída en el pecado y a la odisea de su huída; su entrada en un antro de herejes, cuyas prácticas constituyen uno de los capítulos, más curiosos y eruditos; su vagar por las calles de Roma, y el episodio más extraño y discutido de la historia eclesiástica: la muerte de la Papisa Juana VIII, tradición histórica aún no destruída, mezcla de fábula y de realidad, que se levanta como un eterno punto interrogativo en medio de las tinieblas de la Edad Media. Son capítulos en los cuales se hace derroche de erudición y de citas de obras semi desconocidas, agotadas y solamente visibles en las bibliotecas de Londres y París.

Termina la novela, con la vuelta del monje a su antiguo monasterio — retorno emocionante y pavoroso—y su muerte después del justo arrepentimiento.

En lo que respecta la historia de las herejías, desde el primer siglo hasta mediados del IX, "El secreto de los tiempos" puede considerarse como un trabajo completo.

Enrique de Gandía demuestra como en una novela de ambiente arcaico puede encerrarse los más serios y críticos estudios de religión y de historia medioeval, sin olvidarse de la arqueología y arte de aquellos tiempos.

Además, pruébase que la erudición no daña en lo más mínimo la literatura por la forma ágil, segura y con que hállase escrito "El secreto de los tiempos".

"La Australia Argentina", por Roberto J. Payró. — Editorial "Minerva", 1928.

En esta obra se describe la Patagonia, la Tierra del Fuego y la Isla de los estados, tales como eran en 1898, antes de que se realizaran los estupendos adelantos de la hora actual; vale decir, que se han cumplido, en todas sus partes, los pronósticos de progreso incalculable que hiciera el autor, cuando escribió este libro.

Esta quinta edición de "La Australia Argentina", de Payró, viene a actualizar de nuevo, aquel concepto del Gral. Mitre — y que figura como prólogo de esta obra, — cuando dice: "No basta ser dueño de un territorio rico, si el hombre no se identifica con él por la idea y lo fecunda por el trabajo, y sobre todo, si el libro no le imprime el sello que constituye como un título de propiedad, haciéndolo valer más". Conviene decir ahora, que fué ésta obra quien le inspiró para escribir "Alegría", obra póstuma de teatro, estrenada con éxito, no hace muchos días entre nosotros.

Esta misma editorial, acaba de reeditar también, la mayoría de las obras agotadas de Don Roberto J. Payró.

"Poesías", por B. Fernández Moreno, 1928.

Con la misma frescura de concepto, y la misma espontánea inspiración de que nos tiene acostumbrado, este nuevo libro del poeta Fernández Moreno; intitulado "Poesía", viene a recordarnos, a revivirnos, diremos, instantes fugaces ya pasados, para nosotros—lector asiduo—, cuando leíamos por primera vez estas mismas composiciones, en éste o aquel diario de la mañana. Pues, las poesías, que comprenden este volúmen, no son otras que las aparecidas en distintas ocasiones, y con diversos motivos.

De las treinta y seis composiciones insertas en este libro, ninguna más sencilla ni más profunda que la poesía inicial: "Soy" con que comienza y termina esta obra. En la brevedad de su estrofa, radica precisamente la gracia del verso.

Hay otras, como "Años", "Ciudad", "Noches", "Arboles de la Avenida" y "Romances de las dos hermanas", para sólo citar algunas de ellas, que sugieren mucho más que lo que dicen sus estrofas. Es que quien las escribió, o los concibió es una poeta de verdad. Por eso sus poesías, ganan en seguida el corazón del lector.

Cualquiera de los versos de "Poesía", trascienden un calor de intimidad y están compuestos en forma clásica. Y, podemos decir también, que en este volúmen se agrupan las mejores producciones de su estro poético; pues en ellas se valoran acabadamente, las altas condiciones que los distingue como un verdadero lírico; y otras veces, como un veraz descriptor o evocador, de lo que han visto sus ojos.

"Poesía", de Fernández Moreno, es un libro que se lee con interés y emoción.

José Mauricio PEIXOTO

"NO QUIERO, NO QUIERO", en el Marconi.

La compañía de Concepción Olona, que está singularizando su actual temporada del Marconi por el noble esfuerzo artístico que importa mantener un cartel permanentemente nutrido por las más altas calidades de la producción española y claro está que ello implica el predominio benaventino, ha enriquecido su repertorio con la obra del epígrafe, una de las últimas creaciones del autor de "Lo cursi".

La obra que nos acupa es de argumento sencillo y de una diáfana simplicidad de ética y de estética. Teniendo a mano múltiples oportunidades para hacer saltar el brillante chorro de su vena satírica, ha pasado de largo por frente a los viveros del ridículo, sin detenerse a sacar provecho, atento únicamente al logro de su finalidad, sencilla y suavemente emotiva.

El tema de esta interesante obra de Benavente, es el surgimiento del amor materno como expresión del más fuerte sentimiento de la mujer, en medio de los errores, las pasiones, los apetitos y las locuras de que ella—sensitiva y apasionada—es capaz.

Se deduciría como moraleja de esta obra, que hasta el amor, no ya sólo en su fundamento biológico sino también en la casuística de su fenomenología, está supeditado "a fortiori" a los hondos e irresistibles impulsos de la maternidad, en el alucinante magnetismo prenupcial y en el celoso e inquietante instinto de eternidad que prolonga en el hijo el instinto de conservación de la madre.

Pero este asunto ha sido puesto en la obra sin transcendentalismo, con esa filosofía humilde y llana de proverbio, que fluye como una esencia ideal de muchas obras de Benavente. Amena y fácil, la acción se desenvuelve derechamente hacia un final inevitable y previsto, pero que a pesar de ello emociona porque es la realización de un ideal de justicia y de bien.

Concepción Olona, que tiene el secreto de la simpatía escénica para imponer todos los personajes que encarna, halló expresiones felices para su rol lleno de dificultades. Muy atinada en su desempeño la actriz Asunción Nieva en su caracterización de muchacho travieso. Juan Catalá, muy sobrio y rectilíneo en el mantenimiento de la psicología del preceptor y correctos los demás.

LAS COSAS RARAS DEL LICEO

En el teatro de la plaza del Congreso, se viene cultivando lo raro, y lo bueno es que con éxito. Claro está que no se trata de cosas demasiado raras, sino de un viaje en varios sustos, del gabinete de una adivina o de otras cosas por el estilo, pero al fin y al cabo son cosas raras o por lo menos, poco comunes.

La especialidad parece ser la de los títulos largos como este: "La taza de caldo (sociedad catalana de ayuda a los menesterosos)" de Vicente G. Retta. Este título corresponde a la última novedad del Liceo, estrenada hace pocos días.

En el número próximo haremos crónica de dicha obra y de la actuación de las huestes de Pierina Dealessi y Federico Mertens.

TEATROS

RUGGERO

Decididamente Ruggero es uno de los más formidables campeones de la risa en el teatro nacional, pero no porque él sepa reír, sino por lo que hace reír a los demás.

En "El teniente Peñaloza, "Un tipo que gusta a las mujeres" y "Locos de remate", consigue mantener al auditorio en permanente hilaridad.

La última pochade de Sargentti, "Locos de remate" ha venido confirmando el éxito que obtuvo el día de su estreno y todo hace parecer que se mantendrá largamente en el cartel, mientras "El teniente" ya famoso hace méritos por su longevidad para escalar la más alta jerarquía.

"EL CADENERO", EN EL NACIONAL

La sugestión y el dominio que sobre un hombre de temperamento apocado ejerce un amigo de cualidades opuestas, el que consigue hacerle casar con una excelente chica y hasta descubrir el sincero amor que se ocultaba cobardemente en su pecho, constituyen el asunto de esta pieza que, con procedimientos de buena ley consigue entretener al auditorio, proporcionándole entre momento de hilaridad y de noble emoción, una hora entretenida de amenidad y de arte.

Pero no se ha limitado el autor, Camilo Darthés, a escribir una pieza de mero pasatiempo para hacer reír a un auditorio complaciente. Dentro de lo que permite la índole de la pieza y su extensión, ha tratado de bosquejar caracteres y lo ha logrado, sin sacrificar, empero, el carácter jovial y divertido de la obra. Constituye, por tanto, un meritorio esfuerzo el realizado por el autor, quien ya tuvo otro éxito muy significativo en la misma sala con otra pieza de igual género en fecha no lejana. Nos referimos a "El viejo Hucha".

La compañía de Pascual Carcavallo, cuya equilibrada composición le permite abordar con seguridades de acierto obras del más diverso carácter, interpretó con eficacia esta producción.

"SAN JUAN MOREIRA", EN EL COMICO

Un rotundo y merecido éxito alcanzó en el Cómico el estreno de este sainete en verso, de Vicente G. Retta y C. Paz, ofrecido por la compañía de Arata. Una notable pintura de ambiente, un asunto que si no es muy original tiene siempre aspectos inexplotados, personajes llenos de aparente realismo, escenas hábilmente hilvanadas en las que alternan con discreción las notas de dramaticidad, de sentimentalismo y de gracia, todo ello escrito en verso fácil es inspirado, hacen de esta pieza un gran acierto que justifica los aplausos con que el público la recibió.

Se pinta en ella un rincón de arrabal porteño en los comienzos de este siglo arrabalero, en el que hasta ahora imponen su grosera hegemonía las democracias estéticas. Los autores han querido conservar la tradición y dentro de tal propósito mueven a sus personajes con arreglo al figurín psicológico que ha llegado hasta nosotros a través de la literatura y la fantasía populares. Claro está que ello no es un demérito en piezas de esta índole, donde no es posible entrar a husmear con narices de historiador.

Muy buena la interpretación, en la que lescollaron Luis Arata, Berta Gangloff, Mecha Delgado, Leonor Rinaldi, Carlos Boulier, F. Varela, Arias etc.

GUSTO "LA LEY DE LAS MADRES"

En el Ideal, la compañía de Angelina Pagano hizo conocer la nueva pieza del Dr. Ricardo A. Paz, que lleva el título del epígrafe. Como puede sospecharse, el autor, que ha dado varias obras interesantes a la escena nacional, plantea una vez más los derechos maternos de la mujer, en un caso en que, por las circunstancias que lo rodean, el propio crimen que comete la madre para rescatar a la hija magnífica el personaje y, en cierto modo atenúa su delito. El Sr. Paz es abogado y, ello no obstante, su comedia dramática no resulta únicamente un alegato jurídico; es también una obra humana, que entre otras virtudes posee la de estar bien desarrollada, correctamente escrita y contener una buena dosis de emoción, distribuída sobriamente en el proceso escénico, para culminar en una alta nota de dramaticidad final.

La solución del conflicto puede ser discutible como casi todas las soluciones; pero a nuestro parecer la pieza se desenvuelve dentro de una lógica aceptable del punto de vista teatral y tanto la protagonista como su cónyugue han sido bien sorprendidos de la realidad. La universalidad del problema puede ser el punto más discutible, sobre todo por los espíritus que proclaman la tolerancia como la mayor virtud humana.

El sentimiento maternal provoca reacciones diversas, según los temperamentos femeninos; pero lo que no puede discutirse es la superioridad del mismo sobre todos los otros afectos. La capacidad de sacrificio, perfil destacado en la mujer madre, se trueca en ocasiones en fiereza cuando, como en el caso de Marta, heroína de "La ley de las madres", un cúmulo de circunstancias dolorosas arman su brazo y, en parte, justifican su crimen.

Angelina Pagano comunicó extraordinario relieve a la protagonista, acreditando, una vez más sus admirables aptitudes de actriz dramática, tantas veces demostradas en su carrera artística. A su lado, actuaron correctamente las Sras. Blanca Alonso de los Ríos y la Darsoy. Entre los actores sobresalieron Mariño y Moya, que trasmitieron a sus respectivos papeles bastante importancia. El público saludó con largos aplausos el final de la comedia, llamó al autor al palco escénico y le obligó a usar de la palabra.

"PROSPERO, CHE", EN EL NUEVO

Los viejos cronistas conocemos de antemano los días de estrenos nacionales el plato que se nos va a brindar, por el autor que estrena. Ya tenemos clasificados a la mayoría de los productores de carteles, por sus obras anteriores. A veces, claro está, experimentamos una sorpresa. Por lo general, desagradable... Quien nos había dado siempre obras finas, de pronto nos ofrece un mamarracho. Con el Dr. Pico, autor de "Próspero, che", que acaba de estrenar Casaux, el cronista nunca se equivoca. Sabe que este escritor es pulcro y delicado por naturaleza y que mantiene su cuerda, a despecho de los que la pierden deliberadamente.

"Próspero, che", es una comedia apacible y simpática. Está limpiamente construída, no le sobra nada escénicamente y el pequeño asunto conserva su interés hasta que se resuelve. Un santiagueño ingénuo, llegado a Buenos Aires por primera vez, se impone a la consideración y respeto de la familia de su propio hermano, que se burlaba un poco del "pajuerano", gracias a su talento poético. Tal el tema. Poca cosa, sin duda, pero bien hecha.

Casaux, muy bien y discretamente secundado por los elementos de su compañía.

CINE EN EL AVENIDA

Los esfuerzos de la compañía de zarzuelas y revistas de Valero, no lograron encaminar el público hacia los espectáculos del Avenida, de suerte que el director resolvió levar anclas y tentar fortuna en provincias, para donde acaba de partir.

Interin se arme otra combinación teatral, en la sala de la avenida de Mayo se pasarán películas españolas, habiéndose comenzado con "La hermana San Sulpicio", cinta basada en la novela de Palacio Valdéz.

GRAND SPLENDID

Las veladas del domingo 8 y de la fiesta patria, llenaron de familias de la aristocracia este grandioso salón, que podría llamarse la catedral del cine, por su amplitud, excelencia de las películas y distinción del público.

En esta semana, las carteleras brindarán admirables producciones del teatro silencioso, pudiendo desde ahora descontarse el éxito de las funciones.

CAPITOL

Se han exhibido en estos últimos días interesantísimas cintas, que atrajeron una numerosa concurrencia. Mientras la empresa prepara exclusivas que se propone ofrecer de grandes marcas, los carteles se llenarán con buenas producciones ya celebradas en otros cines.

GLORIA

Mucho público frecuenta este cine de Max Glückmann que ofrece interesantes espectáculos y renueva diariamente su cartel para mantenerlo atractivo.

Se preparan interesantes novedades que han de atraer a muchos aficionados a la película.

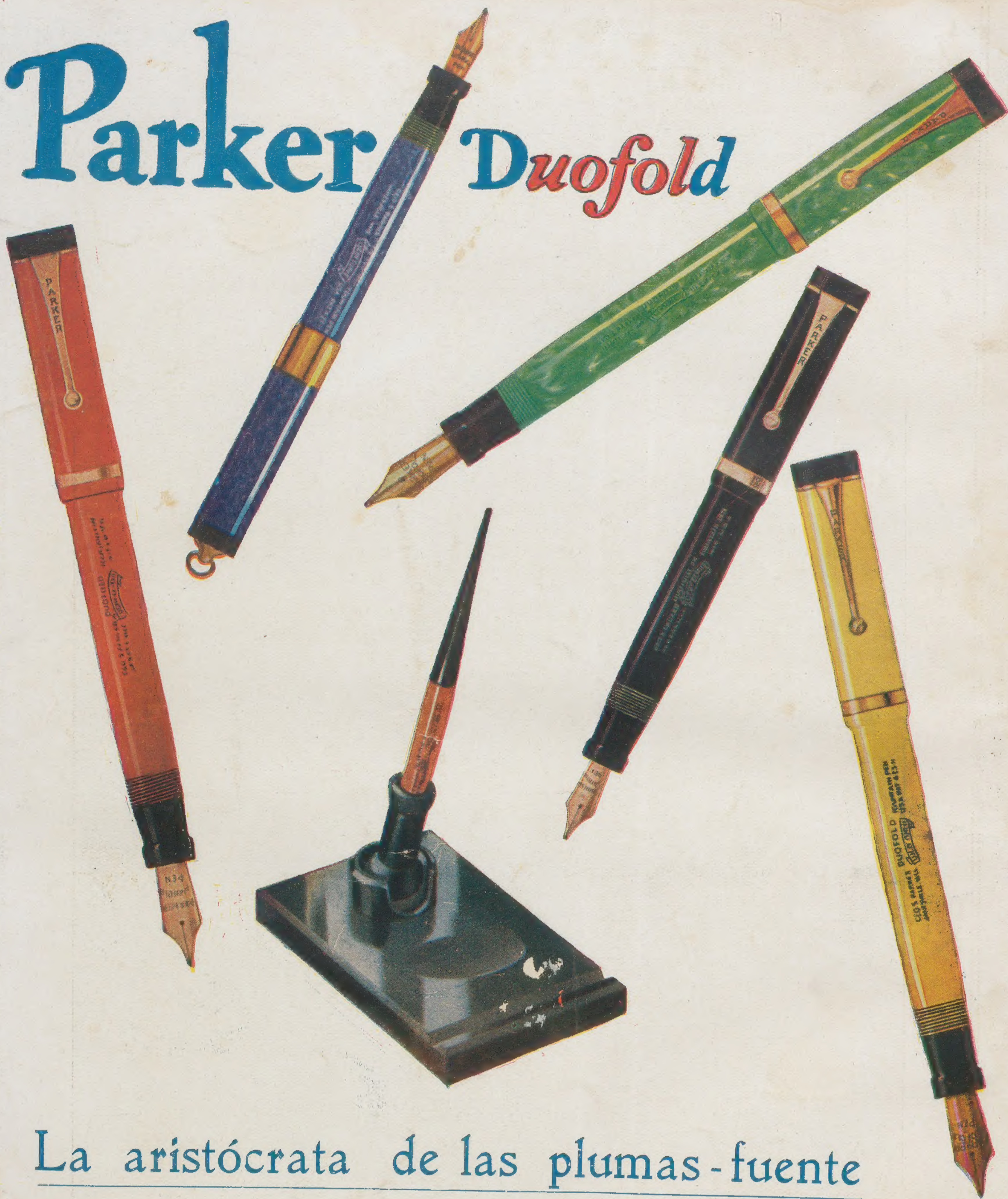
PARC

Dos películas de éxito anuncia esta sala: "Ramona", por Dolores del Río, y "Paz en la tierra', por Pola Negri. Ambas, al ser estrenadas en los cines centrales, obtuvieron una buena aceptación, que se repetirá seguramente en este salón de Palermo, que tiene excelente concurrencia.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 — Modelo Martial y Armand — Blusa de popelina de seda azul trabajada con pliegues nervaduras. Cinturón de gamuza del mismo tono y hebilla bisutería. — 2 — Blusa de raso verde Veronesse, adornado con un bordado de seda negra. Collar de ónix negro. — 3 — Pull-over de jersey de lana color gris claro guarnecido con crespón de China azul ultramar. Falda del mismo crespón; monograma de la blusa bordado en crespón de China azul.



La aristócrata de las plumas-fuente

UNICOS DISTRIBUIDORES:

THE RIVER PLATE SUPPLY Co.

769 - Moreno - 775 38 - Mayo - 2815 Buenos Aires

Agente Exclusivo en el Uruguay: Pablo Ferrando. Sarandí 675. Montevideo.

Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. Perú 1746.